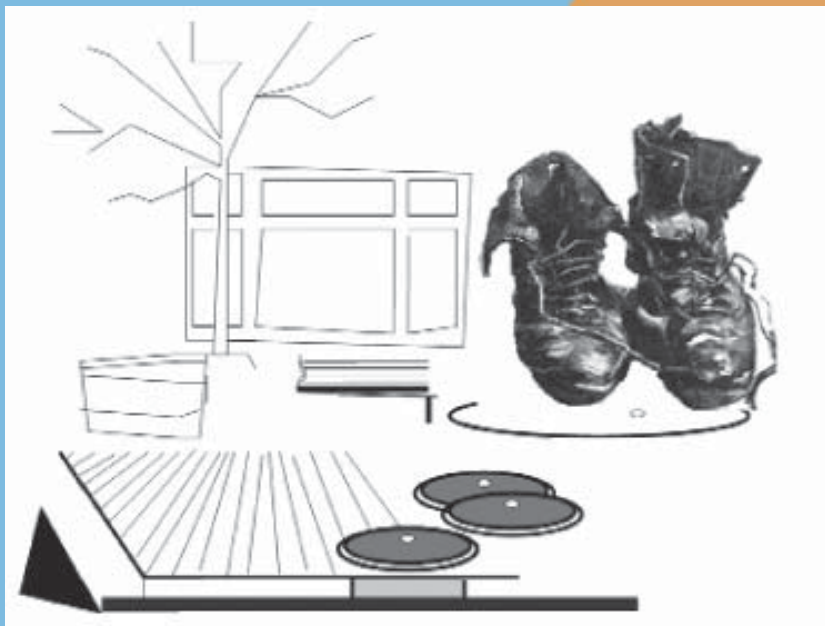


VIÑETAS CLOAQUENSES



Celín Cebrián nace en Casas Ibáñez (Albacete).

Estudia Derecho en la Universidad de Valencia y es diplomado por la Escuela Superior de Artes y Espectáculos de Madrid en Realización TV y Dirección Cinematográfica.

Además de escribir relatos, novela corta, el guión *El viento en la colina* y colaborar en revistas y publicaciones con artículos especializados en cine, ha publicado cuatro de sus obras: *El cuento del Tío Cosme*, *El cometa*, *Trozos/Trazos: diario de un instante* y *El club de los Gómez*.

Celín Cebrián

VIÑETAS CLOAQUENSES

Celín Cebrián

Diseño de portada: Matures y Edurne Catania

Maquetación: Leticia Labrador

Primera edición: 2011

Título de la edición: Viñetas cloaquenses

Copyright © 2010 Celín Cebrián

Impreso en España

Imprenta: Impresionart

Prohibida la reproducción total o parcial
sin expreso consentimiento del autor.

A mi hija Candela

Las cloacas son la conciencia de la ciudad.

Víctor Hugo (*Los Miserables*)

Aquel día la huelga general se llevó a cabo. Las calles, desde muy temprano, eran pura desolación, silencio, desiertos urbanos. Se mantenía el servicio eléctrico, el del agua y el gas, pero no así el de telefonía, ya se tradujera en móvil o fija. Y como única excepción a la regla, baste señalar el coche escoba del Ayuntamiento —cabe decir que no sin recelo: “los piquetes son los piquetes, déjate de cuentos”, se decía para sí el trabajador de la contrata—, al que le siguió por sorpresa un chorreante fudre —conducido por otro incondicional chiflado—. Entre ambos, le fueron proporcio-

nando al pavimento un merecido y abrigantado lustre (“huelga es sinónimo de pulcritud”, repetía el osado operario). Por tanto, en referencia a lo de zarcear, salvo lo reseñado, nada más que mencionar, ya que ningún otro cacharro salió a la calle, por si las flais.

Aquella mañana de aquel día, cuando todavía no eran las once, Jonás dormía. Por la ventana, entreabierta, se filtraba una tenue luz. El silencio en la habitación, era absoluto.

Media hora más tarde, las ropas de la cama comenzaron a moverse. Era el lento despertar de Jonás. De siempre le costó mucho despabilarse. Tras bostezar y abrir los ojos, sacó sus brazos a la superficie de una forma casi automática. Era tal el suplicio de abandonar la cama... Se restregó los ojos como un bebé. Después hizo lo de siempre, lo que hacía todas las mañanas: mesarse los cabellos, tocarse los perendengues, rascarse aquí y allá, soltar un ¡aaahhh! muy parecido a los de Tarzán, y salir de la cama imitando a una tortuga ninja. Y en cuanto abandonaba la cama,

¡clac!, la radio. Manía o costumbre, pero en cuanto se levantaba, ponía la radio. De toda la vida, bueno desde chico, una de las cosas que más le encantaban era ponerse los pantalones acompañado del tiroriro de los informadores. Era tanta la pasión por el bicho que, no sólo se sabía de memoria el dial de todas las emisoras, sino que tarareaba de carrerilla cada una de las sintonías, al compás de las cuales terminaba de vestirse. Nunca lo hacía de un tirón: la camiseta de tirantes, los calcetines, los zapatos...Y mientras se ataba los zapatos, la publicidad: — “¡Radio Tess-8! ¡La radio!”. Y a continuación las ofertas, las gangas, lo que se vendía y se compraba, o lo que se rifaba si llamabas desde el móvil (a 0´84 céntimos el minuto, pero tendría que ser otro día, claro) para que te diesen el timo de la estampita o una tontada, un chisme, porque el mundo venía a ser una tómbola universal: — “Señora, si su lavadora...”. Y Marconi asustado al comprobar en lo que se había convertido el invento: una máquina sin bozal por la que salía el eco del consumismo, la cosa subliminal y el engaño, qué pericoloso, bambino. Y

más bla, bla, bla. Y Jonás a medio vestir. Y entonces cogió la radio -un transistor portátil-, y se metió en el baño, dispuesto a afeitarse. Y en tanto que la brocha se paseaba por el cutis como una escoba de salón y Jonás tarareaba un tango muy traído y llevado (“siglo XX, cambalache, problemático y febril...”), la radio seguía vendiendo, por aquello de que la voz de siempre fue una herramienta muy mercantil: —”Joven: la agencia Búfer te presenta sus nuevas ofertas. Viaja barato y seguro. No desaproveches la oportunidad que te brindamos”. Y todo así, o mucho así. De pronto, cuando la navaja se deslizaba por la parte derecha de la cara como una hoz sobre la mies, la publicidad fue interrumpida para ofrecer un avance de las noticias más importantes. Y la primera noticia hacía referencia, cómo no, a la huelga, que al parecer estaba siendo secundada por el noventa y nueve por ciento (aunque ya se sabe que, a veces, entre las estadísticas y la mentira sólo hay un paso). Y ya no hubo más noticias. Y no las hubo porque Jonás, tras soltar la navaja de golpe sobre el lavabo (con lo que dejaba el afei-

tado a medias), apagó la radio. Se lavó la cara para quitarse el jabón y alcanzó una toalla. Después, quizá absorto ante la noticia, clavó su mirada en el espejo. Parecía estar in albis. Así permaneció un buen rato. Al volver en sí y caer en la cuenta, se puso a refunfuñar en voz alta: —”¡No puede ser! ¡No puede ser!”. Sí podía ser. La huelga general, como se había venido anunciando, se estaba llevando a cabo y, por lo visto (bueno, más que por lo visto, habría que decir por lo oído), afectaba a toda la ciudad. Y lo raro era que Jonás, un adicto de la radio, no se hubiera enterado. O si estaba enterado, que sería lo más lógico, que se le hubiera pasado por alto. Tenía que hacer algo: ¿pero qué hacer?

Salió del baño a toda prisa, y se fue derecho hacia la ventana. La abrió con sumo cuidado, y miró hasta donde alcanzaban sus pupilas: arriba, abajo, al fondo...; pausadamente..., a izquierda, a la derecha, ojeada general, otra vez arriba, de nuevo abajo... Miró cada tramo de aquella ciudad de una forma exhaustiva, descriptiva, detectivesca.

Estacionado estatutariamente en aquella ventana hitchcockiana como un búho en una rama, no perdía detalle de aquel fresco, de aquella city: unos árboles de pasada..., cuidado, ¿qué hay allí?, ¿y aquello...? Si la huelga era general..., eso quería decir que pararía desde el currante número uno hasta el último de la fila, rayando la jubilación, de una larga lista de colectivos laborales o destajistas. Por lógica también, no abrirían sus puertas al público los dos bancos que había en la barriada, ni la polle-ría de la esquina, ni el establecimiento de las quinielas que había enfrente del quiosco de los helados y refrescos, que también estaba closed, y ni qué decir del colegio que había detrás de parque, de la sesión matinal de los cines..., y lo mismo o parecido cabría pensar de las clases en la auto escuela, los arreglos de las costureras de la retoucherie, la tienda de comida rápida para llevar... Sólo asistían a la vida o rutina diaria los pajarillos de los árboles. Por tanto, la cosa iba en serio, muy en serio.

Jonás, agobiado por la situación, se echó sobre la cama. Pensativo, con la mira-

da en el techo, iba terminando de vestirse. Y entre prenda y prenda, no cesaba de darle vueltas: ¿qué hacer? ¿Cómo encontrarme con Laima?

¿Ir andando hasta la estación de trenes, cruzando calles, salvando inconvenientes, exponiéndome a no se sabe cuántos percances, más los problemas que pueda tener si me encuentro con algún piquete, inclusive con la Policía..? No sé, qué quieres que te diga... Y más un tipo como yo, que, como diría Montero Glez, no se fía ni de su polla, que es a fin de cuentas la única que no le puede dar por culo. Qué coñazo con la puta huelga. Por el momento, no me queda otra salida que seguir pensando.

Entre planteamientos y estrategias, bartuleos y cálculos, Jonás estaba ya muy mareado. Si a eso le añadimos una nueva idea que llegaba como un flash o el consejo de un sabio que murió hace más de doscientos años y que aparecía escrito en el aire por arte de magia, la cabeza parecía una coctelera o una olla de acero inoxidable a punto de entrar en

ebullición. En ésas, ¡paff!, un relámpago, una luz cruzó su mente. Se puso de pie y exclamó: —”¡Ya está! ¡Ya lo tengo! En dos horas y unos minutos me plantaré en la estación de trenes. Quizá sean dos horas y..., unos trece o catorce minutos, pero a eso de la una y cuarto aproximadamente, seguro que estaré allí, como todos los días”. Jonás había dado en el clavo. Sin más dilación, regresó al cuarto de baño, acercó el taburete a la pared y alcanzó la cisterna. Se agarró a ella y, tras mucho patinar en los azulejos, y mucho apañárselas y sudar, elevó su cuerpo pesado, que no mosca, y se introdujo en su interior con una decisión pasmosa: argonauta. Pero, claro, como era un tío tan grande... Con tanto ímpetu o tanta prisa, a Jonás se le había olvidado que la cisterna, cuyo borde superior le quedaba por la mitad de las espini-llas, no era una piscina. Mas lo bueno del caso era estar dentro y que no se rompiera con el peso. Si aguantaba unos segundos más... Con sumo cuidado, sin apenas moverse, Jonás fue bajando su mano derecha. ¡Eeeehhh! ¡Aaaahhh! Bajó otro poco la mano, y otro poco

más... Vamos, un último intento, que ya casi está (se decía para sí). Y..., ¡chumfff!, tiró de la cadena: glup, glup, glup... Ayudado por la esca-sa agua que no había sido empujada hacia fuera o absorbida por las ropas, Jonás descendió hasta la taza del retrete por un delgado tubo que en aquellos momentos parecía la típica serpiente de un documental zampándose un conejo. Una vez que hubo desembarcado o aterrizado —como se prefiera— en la taza, comenzó a ponerse en jarras para que la taza dilatase, y pudiera engullirlo. Y la taza dilató, y tragó. Ya dentro, Jonás atravesó la estrecha puertecita del quiosco de orinas inodoras e impuras, franqueó el último recodo, que era el que venía a separar las tuberías privadas de las públicas, y así, rodando, y rodando, dando vuel-tas en redondo como una pelota, se plantó hecho todo un erizo sin espinas (el animal que inventó el amor, según un poeta sevillí del 27) delante de un gran arco de medio punto, que, ¡voilà!, ¡sorpresa!, no era sino la entrada a los desagües, el hall de las cloacas, donde Jonás, a base de diversos ejercicios de estiramiento,

logró recomponer su figura, así como recobrar su esbeltez.

—¿Lleva usted billete? -le preguntó el portero que había a la entrada y que no se había sumado a la huelga general-.

—No. Supuse que la penetración sería gratuita -contestó Jonás-.

—Pues supuso usted mal, joven. Hay que pagar. Y eso no lo he establecido yo, sino el Reglamento de las Cloacas.

—¿Y cuánto es?

—Depende del recorrido.

—Tengo que ir hasta la estación de trenes para encontrarme con la azulada Laima. Y con esto de la huelga...

—Ya entiendo. Pues la estación queda algo lejos. Al norte. No sabría decirle con exactitud la distancia, pero lo que sí sé es que tendrá usted que atravesar toda la ciudad. Por tanto, el billete K.

—¿Cómo?

—Sí, que deberá usted sacar un billete K, que es el que cubre hasta el Conducto de las Regatas. Y un plus, lo que nosotros llamamos

un suplemento de zona, para el trayecto de las tuberías metálicas.

—¿Y a cuánto asciende todo eso?

—En seguida se lo digo. Son... En total, tres euros. ¡Ah! Y un euro más si lleva usted linterna.

—Sí, llevo linterna.

—Entonces, serán cuatro euros. De ese modo, podrá utilizar cualquier conducto e incluso recorrer parte del extrarradio.

—¿Qué itinerario me aconseja?

—¿Para ir a la parte norte, para..., ir al...? Yo optaría por lo que denominamos la Vía de los Marqueses, a continuación Arcalón, Tubisne, la Cloaca Paidós (denominada Máxima o Imperial en los gráficos antiguos), después el Conducto de las Regatas, y, por último, las tuberías 3, 6 y 9, que comprenden lo que se denomina la zona metálica. Ése es el mejor recorrido, créame.

—¿No tendría usted un plano?

—Sí, sí, le daré uno de los nuevos, que ya están actualizados.

—¿Podría venderme también un paquetito de pilas?

—De acuerdo. Ahora vuelvo.

—Perdone mi indiscreción: ¿usted no secunda la huelga?

— Yo a mis años ya no secundo nada. Sólo tengo ganas de que llegue el día de la jubilación y que me pueda ir tranquilo a mi casa. Además, aquí no suelen bajar los del Sindicato. Yo tengo mi sueldo, pero me llevo un tanto por ciento por las entradas, las ventas.... Con eso está todo dicho. Y si me quieren llamar esquirol, que me llamen. Yo fui solidario una vez y me engañaron. Me he vuelto muy escéptico, joven.

—No, si no digo que... Sólo era una pregunta.

Jonás miraba a su alrededor abriendo más la boca que los ojos. En esos instantes, la temperatura ambiente de las cloacas era agradable. El portero, que se le parecía bastante a Paco el Chupachú, un motero de Jerez muy en la línea de Louis de Founés, continuaba buscando el plano y las pilas: una caja..., y nada; otra caja, y tampoco. Luego los cajones y las estanterías, y... ni por esas. Por buscar, buscó hasta en la registradora. Y todo ese tropel, se traducía en unos tremendos rui-

dos a los que añadir el canturreo de Paco, que, por lo oído, debía desafinar hasta tocando el timbre de su casa. Entretanto, Jonás, que soportaba con paciencia toda aquella barahúnda, encendía y apagaba una y otra vez la linterna, demostrando así su destreza y hábil manejo.

A pesar de las condiciones adversas, Jonás se movía en aquella oscuridad con dotes de luciérnaga o de sereno. Advertía todo—o lo intuía—. El escaso oxígeno de la gruta le obligaba a mantener una respiración restringida, de bajo consumo. Lo más conveniente para no caer en arrepentimientos de última hora, sería aceptar la ofensiva y cruzar las alcantarillas para encontrarse con Laima, la niña azulada, y echarse en la intimidad de sus brazos aunque para ello precisara anzuelos submarinos, volar en una sábana agarrado a la trenza de los sueños, o dibujar una idílica ruta en el cuaderno común de los anillos y los sonetos, en los dulces pasos que se apresuran como el rayo hacia los raíles locos, donde Laima y Jonás izarían sus estrellas, seguros de que no

volverían a atravesar la Historia por los mismos caminos por los que siempre se arrastró la muchedumbre. Lo importante sería progresar, creer en la evolución y no en la divinidad, pisar la decadencia perversa, y romper las murallas del mundo en el que habían nacido. Como afirmara Durruti, ambos llevaban un mundo nuevo en sus corazones en el que siempre habría una sabana de la libertad con la que cubrir la realidad y de ese modo poderla transformar en metáforas.

Laima y Jonás. Ambos venían de viaje: en tren más concretamente. Jonás regresaba de Bilbao y Laima de Málaga. Uno se había desplazado hasta Motrico para ver a su abuela, convaleciente; la otra hasta Ronda, el pueblo donde naciera Adriana, su madre (nada, una visita rápida a la familia y, de paso, descansar unos días). Fue salir de la estación, detenerse en la parada del bus... Y en esa espera hubo un cruce de miradas y.... Más allá de la idea del tiempo, el aire tenía una sonoridad especial, como si fuera una campana que sonaba en el vacío, acercando olores, la angustia y la inten-

sidad del instante... La noche prestaba sus alas al hechizo y dejaba caer su luz, su música vacía, para transmutar lo vago en algo cierto y los latidos en espumas. El amor llegó al primer golpe de vista. Luego vino el conocerse, hablar, salir y entrar, releer sus vidas, las propias de unos jóvenes de veinticuatro y veintidós años respectivamente, Jonás y Laima, una pareja más como tantas otras de la Historia y de la leyenda que fue dejando sus migajas y sentimientos en las hojas y en los rincones del paisaje, el mismo por el que pasaron las manos de la intimidad para poder más tarde contar este capricho del destino, pluscuamperfecto y pretérito, que debiera escribirse con un lápiz de labios sobre el asfalto, el hule de la sociedad, donde, tras las primeras lluvias, los rayos del sol proyectarían su mensaje sobre el edificio de la vida.

Jonás, el héroe que le hizo tragar al inodoro, que venía de visitar a su querida abuela, que ya se encontraba algo mejor, aunque algo más vieja. Laima, la bailarina que tiene arte y temperamento, y que a veces acude a

sus clases tocada de duende y misterio. Hija de Adriana, la chica de Ronda, que vino a la ciudad para dedicarse a ser costurera de trajes artísticos (primero como ayudante; después como propietaria del negocio) y donde conoció a Noberto, un indio mapuche que consiguió llegar a maestro rural y salir de Chile a los pocos meses de la dictadura militar, allá por mil novecientos setenta y cuatro. Sangre azul o araucana; color aceitunado y la mirada de diosa: Laima. Como una montaña. Y Jonás el delfín sobre el que atravesó los mares. Los dos llevan en las venas la sangre de artistas. La una danza sobre sí misma, se compone y se descompone, o se queda inmóvil como una estatua; el otro escribe cuentos, guiones para los cortometrajes de sus amigos..., en definitiva va por ahí dejando su palabra en papeles sucios o medio usados, probándose en artículos que envía al Mono Gráfico (en Burgos), que le publican pero no le pagan, pero que le sirven para forjarse como autor, a deshora, entre el trabajo en un vídeo club de cinco de la tarde a una de la madrugada y el tiempo libre, en el que además lee y

dibuja cómic o juega con algún Robert Fischer del barrio una partida de ajedrez, con chavales que lo tienen por una mezcla de Tarantino y Tim Burton, sin que la comparación sea nada acertada y sin poder evitar (cuando se lo dicen) que él se sonroje un tanto. Y más si el que lo piropea es su padre, al que admira, Juan Mari Beloaga, que tiene una librería/papelería en el barrio viejo de Bilbao y al que ayuda en el negocio su madre, Begoña Arausti. Y si la encargada de dar el veredicto es Laima... Es capaz de ser dura pero no puede evitar temblar como una niña. Son tantos los sentimientos... Pero es muy ecuánime. Siempre acompaña su opinión besando a Jonás en el hombro. También en los labios con tal de sacudirse los nervios y la sequedad. Laima, azulada y danzarina; Jonás, el escribano que necesita batir un récord y llegar a la una y cuarto a la estación de trenes, como siempre, como todos los días desde que ambos decidieron pasar algunos ratos de su existencia en un vagón en vía muerta. Todo comenzó con un paseo... Miraron en su interior, entraron dentro, hablaron sentados, se ama-

ron... Desde entonces, hace meses, aquel vagón hace las veces de casa, de hogar, de cueva... Un lugar donde huir. Poco a poco lo han ido decorando a su gusto y antojo. Inclusive llegaron a ponerle un candado. Por tanto, a la una y cuarto del mediodía, antes de irse a comer o de que Laima vaya a clase de danza y Jonás a echar la partida de ajedrez, aquel vagón en vía muerta es su destino diario, el lugar donde sobreviven al margen de una sociedad que con los años quedará como una batalla perdida de la memoria. Pero no es fácil. Soñar sí; conseguir el sueño no. Pero lo intentan: a pesar de la huelga reinante en la ciudad, de los inconvenientes, de la distancia... Se ponen de acuerdo porque comparten el mismo deseo. Y la misma luz, la misma fuerza... ¿Será el valor psicológico de los colores, como dice en un epígrafe de una novela Kandiski? ¿O será un juego? Lo cierto es que estos dos personajes tienen tanta energía que siempre estarán por encima de los problemas que se les presentan, en la realidad y en la ficción. Como dijo un día el torero Domingo Ortega las grandes emo-

ciones fluyen en una combinación que parece casi imposible entre el riesgo y la estética. De chicos aprendieron que cuando te enamoras de la pobreza, ésta te roba el corazón. Como dos nómadas que caminan en medio de estas palabras, nunca dejarán de creer en esas zonas donde ellos se encuentren en minoría (se *dépayser*), en solitario, en las que la frontera del arte se ensancha. Un par de tipos, él y ella o viceversa, de esos que carecen de creencias y cuyas incertidumbres ante la vida les hacen mantenerse libres. Pero antes de esto, Jonás deberá hacerle una trampa a la vida o a la realidad, con tal de que las cosas y las condiciones jueguen a su favor por unos momentos (dos horas y cuarto). Y no para entrar triunfante en el coda de esta obra y exhibiendo grandezas, sino todo lo contrario: para tratar de contar o dictar una historia de pequeños héroes.

El portero dijo que vendría ahora, pero aún no había venido. En esa aburrida espera, Jonás seguía practicando en la oscuridad del hall con la linterna. Buscaba muros o medianerías jónicas que pudieran tabicarle el

paso. Repitió esto varias veces. En cada intontona, se aproximaba más y más a los cimientos de las tuberías, hasta llegar a rozarlos con las narices. Entonces, apoyaba sus napias en un punto del contrafuerte y, ahí, justo ahí, giraba la cabeza de izquierda a derecha y viceversa — como el periscopio de un submarino—, y con ese jueguito llegaba a saber si estaba bien orientado. Y también la extensión de cada arco, el grosor de las pilastras y el número de respaldos que había en aquel concreto alrededor. Y como el portero no venía, Jonás tuvo tiempo de comprobar todo. Por fin, vino:

—Aquí tiene: el plano y las pilas.

—¡Ah! ¿Ya ha venido usted? Muy bien. Por cierto, ¿qué le debo del plano?

—Nada. Se lo regalo. Buen viaje

— Gracias por todo.

—No hay de qué.

II

Dejando el hall, Jonás se introdujo en el Conducto Principal, variando entonces las condiciones de luminosidad. Por eso caminaba erguido y por el centro del túnel. Llevaba la linterna encendida a la altura de la cadera y muy pegada a la cicatriz de la raja de su apéndice vermiforme para que, en la medida de lo posible, el haz de luz no bailase y pudiera progresar por el medio de aquella acequia subterránea, eludiendo cualquier posible choque o el simple restregón de aquel desfile continuado de boñigas condenadas a las mazmorras o al degolladero. Excrementos o mortadelas que

descendían lentamente y muy atentos, en vilo. En cuanto se despistaban un segundo, tropezaban entre ellos, formando una melêe inaudita. La patanería era tal que las gallinas no dudaban en aprovechar ese impasse para saltar desde sus palos sobre aquella parva de maulas y pen-cos. Ni cortas ni perezosas, comenzaban a picar, y sobre todo a escarbar —porque de siempre les fue más lo de hurgar que lo de jalar—, buscando en aquel oloroso maremagno guindillas, pimientos, lombrices, y alguna que otra lenteja sin deshacer. ¿El microfilm? No, a las gallinas no les gustan los secretos. Preferían las guindillas o algún hueso de aceituna; algo que las entretuviese chupando. Y cuando cesaba el ataque, volvían a formar, si bien entonces la columna no era de reclutas, sino de cojos y mancos, de lisiados, como consecuencia directa del brutal asedio al que habían sido sometidos por las gallináceas. Pero la invalidez o desfachatez no mermaban en nada su pinta, que seguía siendo singular, irresistible. La mayoría de aquellas cagarrutas denotaban un gran estilo. Y olían a mariscos y sucedáneos

envasados; las menos, cantaban a vegetarianos o culos de régimen especial (mucha harina y aditivos, o mucha alfalfa, y, claro, luego no hay un dios que empaquete fácilmente toda esa hierba en el Recto). Y volviendo al desfile, he de decir que era uniforme y estaba muy bien organizado: abría paso un gigantesco hipopótamo en cuyo lomo jugaban al rugby los moscones del Derby contra los del Star Robin. Un encuentro televisado, radiado, de parabólica y satélite, el partido del año o del siglo, de mucha pasta de por medio, de peñas y fascismo (“todo por el deporte”, se dice ¡Qué trola! ¡Juegos/negocios olímpicos! ¡Qué insolencias!), al que habían acudido desde las más lejanas tuberías miles y miles de chinches y pulgas, y también, cómo no, los seguidores ultras del Bitty Moving, que se situaron en la grada sur. Pero ni el desfile, ni el emocionante partido, entorpecieron en ningún momento la marcha de Jonás, que continuaba tras la comitiva, echando alguna que otra mirada hacia delante de aquel Conducto Principal, que, si bien no era excesivamente largo, sí estaba muy concurrido.

Las diminutas orejas del paquidermo eran la referencia, la señal exacta, calculada, el punto de mira respecto al objetivo o la salida, que venía a enlazar con la Vía de los Marqueses, donde la comitiva se detuvo a escuchar la Chica D'Ipanema, un tema que un músico invidente tocaba en su organillo. La comitiva rodeó rápidamente el escenario. Jonás, viniendo desde atrás, atravesó con apuros el séquito, llegó a la esquina, sacó unas monedas, y las depositó en el estuche vacío del organillo. Concluido el tema, Jonás se dirigió al músico:

—¡Qué maravilla!

—No será para tanto...

—¿Y por qué no tocas en el suburbano, en las calles o en las cafeterías?

—Ya lo intenté otras veces sin demasiada fortuna. Prefiero mantenerme errante y poder elegir entre la ironía o la risa, y transformar ese cóctel en corcheas.

—¿El tema es del maestro Antonio Carlos Jobim?

—Sí. Lo escuché por primera vez en Bahía

Blanca. Por aquellos años me sentía feliz mirando la cabeza despeluchada de las palmeras. Desde entonces, no he dejado de tocarlo.

—¿Lo tocarías de nuevo?

—¿Eh...? Te seré sincero: hoy ya lo he interpretado unas cuantas veces.

—¿Y una más? ¡Por favoor!

—De acuerdo, lo tocaré una vez más si sacias mi curiosidad: ¿qué te inspira la garota D'Ipanema, qué secreto misterio guarda para ti?

—Me inspira placer ¡Y sensualidad!, que al parecer y según dicen los entendidos no son la misma cosa. Con ella aprendí el acorde de séptima-novena. Y el resto, ya sabes, eso de una muchacha que te susurra unas palabras de amor...

—Mis recuerdos son distintos, corretúneles o como te llames...

—Jonás, me llamo Jonás.

—Yo, José-Javi. Mi recuerdo, Jonás, es mucho más desnudo y florece en las dramáticas cenizas del ayer como un puñal fermentado: son las últimas imágenes que conservo del mundo. Fue

el comienzo de mi ceguera.

—¿Tú sabías, José-Javi, que el alma está en los ojos?

—Entonces, Jonás, ¿yo no tengo alma?

—Sí tienes, pero está como dormida, aletargada, y tan sólo sonrío a través de las yemas de tus dedos en las noches de luna blanca.

—¿Ahora hay luna blanca?

—Creo que te has confundido con el foco de mi linterna.

—Te equivocas, Jonás, no me he confundido. Sé que tú eres ese satélite centinela de los sonidos ciegos de mi música, que se quedarán flotando en el aire como un recuerdo etéreo.

—¿Hablas de la eternidad o del ocaso?

—Hablo del fin, de la muerte, del último mensaje que te estoy redactando con estos secos labios; hablo del fuego, que no se atreverá con la luna blanca, ni con la música de mi organillo, porque, a partir de hoy, todo esto quedará pinchado por el tenedor rojo de la estima, de la juventud, de la verdad, de la mucha verdad que se ha destilado entre nosotros.

Y sin más, José-Javi volvió a inter-

pretar la garota en una sincera dedicatoria. Había inclinado la cabeza y los cabellos le caían por la frente. Parecía más un loco que un ciego. Se enfrentaba al tema como quien se enfrenta a la muerte. Estaba entregado en cuerpo y alma. Ponía muchísimo oficio y sus dedos galopaban por el teclado como caballos desbocados. Quizá pensase que la ocasión lo requería. Y que antes que se apagase el mundo podría llegar a ser el prodigio que no fue, o el ángel maldito, sin gloria. Tocaba con rabia, como el herido que resucita por momentos, durante unos momentos. Era su venganza. Compás a compás, los huesos del organillo crujían como jamás habían crujido. Y la sensualidad parecía navegar entre aquellas notas apocalípticas como un galeón cargado de oro. Y Jonás, despegado un tanto de la comitiva, escuchaba. A sus espaldas le esperaba un largo y desconocido camino. No tenía tiempo, pero debía continuar allí por cortesía, porque José-Javi estaba tocando otra vez su tema, como le había pedido. Pero el acorde final no llegaba. Y el músico, como envenenado por el

gozo o por su propio desencanto, repetía y repetía. Lo mismo pasaba del coda al da capo dos veces seguidas que hacía un bis del estribillo. Un lío. Aquello ya no era improvisación; era un tremendo lío. Así que... No es que Jonás, marchándose así por las buenas, quisiera hacerle un desprecio, pero debía marcharse. Y ambos lo sabían; como sabían que algo se quedaba sin decir; y que la música y el tiempo se interponían entre aquella fugaz amistad —intensa pero breve como un soplo —; y que el presente los situaba en dos orillas distintas y opuestas; y que todo serían horizontes borrosos y recuerdos. Jonás, consciente de lo mucho que cuesta borrar una lágrima o un instante, se giró y se apresuró a doblar la esquina. No hubo adiós. Atrás quedaban ráfagas de la vida, que eran ya parte del pasado.

¿Quién dice que las esquinas son peligrosas? Te giras y, ¡plas!, el frío acero de una navaja manchega y de Madrigueras entra en tu cuerpo como una Tizona medieval y cristiana, abriéndote en canal como a un moro de la morería. Pero no. Con lo que Jonás se encon-

tró al doblar la esquina fue con una muchacha que vendía flores y cantaba una canción de André Previn, muy al estilo de Audrey Hepburn en “My Fair Lady”. Mas, como ha quedado reseñado, Jonás no tenía tiempo de enamorarse de nuevo, ni de convertirse por unos segundos en el rey chipriota Pigmalión, y mucho menos esperar cinco minutos a que la chica le hiciera un ramo de rosas rojas —todo pasión — para la azulada Laima, entre otras cosas porque sería un estorbo durante el trayecto. Aún así, como si tuviera los zapatos pegados al suelo con súperglú, Jonás se quedó paralizado en aquel vértice tumultuoso y subterráneo a verlas venir mientras decidía cómo y cuándo coger las de Villadiego, o simplemente porque sí, ya que no todo tiene siempre una explicación o un móvil que lo justifique. Puede valer (valga) aquello de que se le habían pegado los zapatos al suelo y tocaba aguantarse, pues aunque intentó imitar al Lázaro bíblico, ni andó ni anduvo. Era como, si de pronto, le hubiera sobrevenido una parálisis mental o se hubiese quedado detenido en el espacio y el tiempo (algo muy

similar a lo que sucede en los sueños, cuando alguien nos persigue y por muchos intentos que hacemos por correr, sin embargo, nunca conseguimos despegar del suelo ni la planta del zapato). El caso era que Jonás estaba allí, en aquella esquina, varado como un cachalote, esperando a los de Greenpeace o a los del National Geografich. Todo al doblar la esquina, entre el Conducto Principal y la Vía de los Marqueses. Y que si un vendedor ofrecía encendedores, otro pulseras de cuero y cuatro paquetes de tabaco; también había un quiosco de la prensa... Y un chisque por veinte céntimos y seis por un euro, todo barato, amigo..., compra... Mecheros que a la de tres ya no funcionan, de dar el pego... Pobrecito, voy a ayudarlo —nos decimos para nuestros adentros —, y, ¡toma castaña!, va y nos la endiña, hoy, mañana y siempre... O lo de tres corbatas/croatas por seis euros (seis por lo del redondeo, je...). Y luego, la gente, harta de tanto colorido y de darse pompeo, se ahorca con ellas. Y los semáforos como locos porque les habían caído dos gotas de las estalactitas del techo, creando un caos impresionante al

coincidir con la salida del partido de rugby, ya que los peatones —ya fueran pulgas, chinches, hipopótamos..., o cualquier bicho viviente — también obedecían sus luces rojas, ambarinas y verdes. Y si a esto añadimos los nuevos desembarcos de ñordas y palominos —al parecer, debido a los nervios y a la huelga, al personal le había dado por jiñar más a menudo y más de la cuenta —, pues qué decir, que aquello no era más que un desmadre, mire usted, por decirlo en plan finolis (pepijo, hiperpijo, superguay, los mismos que dicen y repiten cada dos frases eso de fenomenal@genial.com), justo en aquella bifurcación, en aquel cruce de avenidas, de razas, de luces, de murmullos, de mundos... “Pibe, andáte, cómprame una pulserita..., para tu novia, y se la regalás, y vos y ella juntitos pedís un deseo...”, decía con voz melosa y embustera un muchacho con pintas de Astor Piazzola, que al instante, sin perder la voz ni la compostura, comenzó a gritar: —“¡Tabaco...! ¡Tabaco de Portugal...! Winston, Marlboro, Camel, Fortuna... Compre tabaco barato. Fumar no mata ni crea impotencia; sólo da cán-

cer”. Y los acentos y el deje que se cruzaban, que se mezclaban..., Hassan, Halif, Tarek,..., Néstor, pibe, ¿uruguayo o de Buenos Aires? Che, no confundás, pelotudo... Tú te callas, bonaerense de los cojones, que largas más de la cuenta, unquelele, yo no soy gallego sino del Senegal, y éste de Paquistán, y se dedica al topmanta, lejos de aquí, así que no tienes de qué preocuparte, tonga, y Xu Ziyi es jardinero, como Pu yi, el último emperador de China, y poeta, y ha escrito Cuentos amorosos medievales, y también se dedica a hacer caligrafías, y dice complendes, y glasias, yansi, liyu, pero tampoco tienes por qué preocuparte, porque no ha venido aquí a hacerle la competencia a nadie..., porque todos somos uno, el rumañol, el chiñol, el latiñol... Y la plática que continuaba en la esquina de las culturas, en aquel Babel subterráneo. Y Jonás pegado, petrificado, mirando a todos lados, a ninguna parte, mientras la Hepburn, tan bella como siempre, con ese estilo y esa clase que la definió y la caracterizó, desayunaba diamantes al compás de Henri Mancini y siguiendo las pautas de Truman

Capote (“los artistas estamos marcados con estigmas como las terneras”, el hombre pequeño que dijo grandes frases y paseó con mujeres hermosas), en una esquina, mientras las dos gotitas que anteriormente caían de las estalactitas se iban convirtiendo en una lluvia constante e intensa, y todo se ponía más romántico, abriéndose los paraguas como si fueran nenúfares, y Jonás, como no tenía paraguas, se protegía de la lluvia con sus grandes manos de hombre de las cavernas, de cíclope, desplegándolas como un abanico andaluz y con hechizo. Y el toldo del quiosco que protegía las revistas y los periódicos, la letra del cuarto poder, las palabras densas del nuevo periodismo, que ya no servía como guardián de la democracia, sino como su verdugo, dando paso al terrorismo informativo y a una oligarquía dirigida y manipulada por unos cuantos adláteres, en sus distintas versiones, ya fuesen pregoneros o bufones, encargados de la estética del poder: consignas, mentiras, la letra menuda, los titulares... (Dice un amigo mío, del que omito su nombre para evitar que lo insulten, que lo único verdadero de

los periódicos es el precio y la fecha). “Póngase esto en la primera plana de la primera edición”. A sus órdenes, señor presidente. Pero horas antes, esos pollos buhoneros, ya habían hecho el estudio de mercado, de opinión, la estadística... Y es que los encargados de la maquinaria repasan los cerebros, los legatarios, los receptores..., y también a la madre que nos parió. Luego, a esos cucharas, les dejan publicar una obrita de creación para lavar un tanto su imagen y borrar los reparos y las perplejidades, y sobre todo la humillación, la inevitable vileza que se desprende de ese rol, y les endosan una paga abultada más un plus, una de esas cantidades que convencen al más pintado y que hacen que, luego en privado, acordándose del capítulo III, versículo 10, del evangelio de San Juan, entonces se pregunten para sí: —”¿Qué debemos hacer?”. “¡Gastar el parné!”, le contestó otro pregonero sin reparos, pues el dinero (según el propagandista número dos) era un concepto que sólo adquiriría sentido cuando se gastaba. Y a lo que íbamos o en lo que estábamos, que la lluvia seguía cayendo, y el toldo

protegía la prensa (mejor dicho, a los periódicos), los chicles, las bolsas de patatas fritas y de gusanitos, y también a un puñado de soldados que había elegido aquella pérgola carlos-tercero y borbónica para protegerse del chaparrón. El agua les borraba la culpa. Lo que no desaparecían eran los inconvenientes: que si el chorrito que fluía de la parte alta de la lona caía sin cesar sobre los noticieros y las gacetas más conservadoras; que si el barro ensuciaba el complemento de economía, el cincodías, el heraldo maño..., la vanguardia nacionalista a las órdenes del President de turno (“¡a sóc aquí”), y sobre todo la prensa del corazón de los jueves. Un fango del que únicamente se habían salvado los rotativos independientes, qué potra, sin que de verdad se haya podido saber con exactitud qué es eso de rotativo independiente de la mañana. Y el viento que revoloteaba y descubría el sexo explosivo de una publicación porno, y las miradas que se iban a ella y no a los libretos de los dameros malditos y la sopa de letras (la sopa de bobos o de estrellitas), tampoco a los cuadernillos de crucigramas, en

los que liliputiense es sinónimo de enano. (Por cierto, antes de que se me vaya la olla, ¿sabían ustedes que lo más “in” del momento es un club de alterne de enanas en Sevilla, y que el personal coge el AVE, va, interacciona u observa agarrado a un gin tonic, y se vuelve...?). Miradas lascivas de los transeúntes sobre el pastel o el musulmen, también sobre las bombas de silicona, ya fueran naturalezas femeninas, muertas o plastificadas en el papel couché, entiéndase, pero todas espléndidas, porque con esas poses y esa fotografía y el buen hacer de los chicos de la publicidad, quedaban de miedo, quiero decir de lujo, incluidos los hermafroditas y marimachos, ellos y ellas, que venían en pelota viva, eso sí, todo muy sutil y libidinoso... Y que si a Perengano se le ponía o se le subía (y no la fiebre); que si Perencejo comenzaba a tocarse más de la cuenta la pana del frontis... Y..., mire usted, no se sabe si sería por la lluvia, o por aquel jaleo, o las páginas sexys..., el caso era que le estaba viniendo el subidón hasta a Perico el de los Palotes. Así que con tanto afrodisíaco suelto y embraguetado, por si las cen-

tris, pues el quiosquero se puso manos a la obra, tapa que te tapa, con plásticos y pinzas de la ropa, los penthouses, playboys, interviús... Pon pinzas, quita pinzas, en concreto las de los décimos de la lotería, los bonos del metro, los del bus, y las de unas papeletas para una rifa organizada por unos estudiantes de Agrícolas que preparaban el “viaje del Ecuador”... Y por favor circulen, y el caos y el desmadre que seguían, y Jonás pegado al suelo, pensando en Laima y en el récord que tenía que batir, buscando tresenuno o cualquier sustancia que deshiciera aquel pegamento y lo pusiera de nuevo en camino, lejos de aquella esquina del Conducto Principal, de un Manhattan cualquiera, cuando de las estalactitas seguía cayendo agua y no maná, ni disolvente, que le hubiera venido de perlas. Fue entonces cuando, ¡milagro!, a Jonás se le acercó un limpiabotas, un garçón de unos quince años (parecido a uno de esos chicos que no se cansan de quemar coches y dar hostias en Francia: como ya ocurrió en el 68 y ocurrirá en el siglo XXII de continuar las diferencias sociales), que le ayudó a

sacar los pies de aquellas botas pegadas al suelo, y abandonarlas allí como si fuesen una obra de Antoni Tàpies Puig. El zagal le ofreció una toalla para que no apoyara los pies en el mojado y sucio bordillo de la acera. De su caja marrón y misteriosa sacó otras botas, nuevas y flamantes, y muy parecidas a las que llevaba Jonás, e insistió tres veces al menos en que se las pusiera... Primero se probó la izquierda. Era de su número. Luego la otra. Hablaron de dinero. El chico sólo aceptó lo justo más una pequeña propina. Se dieron un abrazo, sonrieron... Pertrechado para continuar, se perdió entre la multitud sin atender a los semáforos, ni a la lluvia, ni a los muchos otros encantos o perversiones de aquella esquina, y al compás de aquella música de Previn, tarareada por la Hepburn, la chica de las flores, abandonó el Conducto Principal.

III

La Vía de los Marqueses era más estrecha que el Conducto Principal. El color de las paredes oscilaba entre un marrón verdoso con manchas rojizas y un gris perla salpicado de manchas de alquitrán. El techo, de tan oscuro, era invisible. Y el suelo, en los primeros metros, estaba repleto de geranios, que las ratas se encargaban de destrozar. Era tal la aglomeración de plantas que casi no se podía caminar por aquel firme. Por eso Jonás hizo un stop. Detenido, miraba la acción de las ratas, que era demoledora, por si acaso, en un despiste se colaba. Pero debía estar crudo lo de colarse, por no decir negro, porque Jonás no se atre-

vió a dar ni un solo paso. Y aunque intentó persuadir a las ratas, aquellas seguían a lo suyo, devorando desperdicios, y exhibiendo una actitud tan prepotente como egoísta ante el intruso, del que recelaban, y al que obsequiaron con una tanda de burlonas risitas. Y cuando se hartaban de zampar o de reírse, le ofrecían su rojizo culo (eso sí, sin mayonesa), levantando una y otra vez sus serpentinos rabos. Pero Jonás rehusó la invitación, pues no le gustaban las rompegeranios. Y ante el desprecio y la indiferencia de Jonás, las ratas, como ofendidas, se retiraron hacia un lado. Entonces, Jonás apartó con los pies algunos montones de plantas, y atravesó urgentemente aquellos escasos metros del principio. Y tras el principio, la tranquilidad.

Los machos, por contra, permanecían en son de paz, alejados de la bufona y turbulenta actitud de las hembras, y se dedicaban a hacer café de Luwak (Kopi Luwak), que era una especie de gato grande que vivía en unos cafetales plantados por los holandeses en las islas indonesias de Java, Sumatra y Céledes,

doscientos años atrás. Esto hacía que en la Vía de los Marqueses se pasara un aroma único de un café de cuerpo espeso y sabor almibarado, quizás el mejor café del mundo, aunque no se sabía bien el porqué: ¿por su precio o por sus impresionantes cualidades? Un café cuyos granos eran elegidos por el citado animal a medida que los iba ingiriendo, dejando el resto al propio metabolismo, que aprovechaba la carne del fruto y desechaba la semilla en las heces, un fruto que de nuevo volvía a la tierra, una vez tratado de un modo natural por las enzimas y los ácidos gástricos del estómago del Luwak (¡Kopi happens! ¡Uuhhh! Rico, rico...). Las cafeteras estaban ordenadas en batería. El café se servía en cáscaras de huevo con tal que conservara íntegramente el elixir hasta el momento de la imbibición (c.a.f.é.: caliente, amargo, fuerte y espeso; y que, siguiendo los consejos de Alfonso Ussía, ha de beberse en cuatro o cinco sorbos,). La media era de veinte a veinticinco cafés por día. Los roedores eran tan expertos como fanáticos. Cuando los cafés ingeridos rebasaban la docena, les daba una

especie de Parkinson. Jonás bebió tres solos muy cortos y sin azucarillos. Los ratones no aceptaron dinero alguno en reconocimiento al tajante rechazo que había mostrado ante las rompegeranios. Les dio las gracias. Los machos se las devolvieron aumentadas. Hubo incluso uno de ellos, Pericote, que mantuvo una breve pero intensa conversación con Jonás, el mismo que hizo las veces de portavoz y cicero-ne, y que en el último ínterin se ofreció para ir hasta la estación de trenes y poner al tanto de la situación a Laima: punto exacto del recorrido, posibilidades de llegar a la hora convenida, momento mental y físico de Jonás... El roedor insistió: —"por favor, permíteme que corra a informar a Laima; para mí no será una molestia, sino todo un honor". Pero Jonás se negaba, pues quería darle una sorpresa a su amada aunque para ello precisara anzuelos submarinos, galopar sobre el abismo, volar en la sábana de los sueños, lo que fuere. Por otro lado, también comprendía que no podía tenerla en ascuas durante dos horas y pico, sin que supiera lo que había sido de él.

Cuando todo parecía quedar en el aire o en manos del azar, Jonás, ante la insistencia del roedor, dijo "¡de acuerdo!". Y Pericote accedió a llevar lejos la noticia o el macutazo, la mínima y necesaria información. Y hombre y ratón a la par (o ratón y hombre), iniciaron la marcha, caminando uno al lado del otro durante unos cuantos metros, mitad por cortesía y mitad por curiosidad, pues el ratón aprovecharía esos metros para hacerle algunas preguntas más sobre Laima (eso sí, con un mínimo de discreción, no fuera a ...), y de la primera a la segunda, y una pausa, y un rodeo, y otra preguntilla..., pues los dos estaban a punto de separarse para siempre, de tomar direcciones o rumbos opuestos, o al menos diferentes, sin que volvieran a coincidir jamás en la vida: Jonás seguiría el itinerario aconsejado por el portero, y el guarén de Pericote tomaría cualquier senda y, con su cuerpecito y su velocidad, más conociendo todos los atajos y vericuetos, se plantaría en un pis pas delante de la bella doncella, que no era otra que Laima, y le diría lo estipulado o prometido, o lo que estimara oportuno su

lengua, muy alterada con tanta cafeína. Unos metros más adelante, llegó el instante previsto: Jonás se tiró por un lado y Pericote salió como una bala hacia otro distinto para cumplir con el papel de trotaconventos o de hámster parlanchín, en tanto que Jonás volvía a enfrentarse a las cloacas, al túnel del tiempo, en la Vía de los Marqueses.

El buen café animó bastante a Jonás. Con esos bríos, una vez que hubo rebasado la batería de cafeteras, su paso se hizo más decisivo, largo, olímpico. Sin embargo, no le fue posible mantener una constante, pues, durante el siguiente tramo, un número casi infinito de ramas de olivo se lo impedía. Eran tan... Las más grandes formaban ramilletes y sobresalían de los múltiples huecos que se sucedían a ambos lados de la Vía de los Marqueses, donde, según contaba la leyenda, venían a morir las altas clases que habían rechazado el primer sacramento. Algunos, los más ancianos y excéntricos, mataban el tiempo leyendo La parábola del naufrago, de Delibes: don Miguel. —La parábola es lo que les hace morir a los

retardados —decía un noble que, al paso de Jonás, se había asomado por el agujero—.

—¿Y por qué? —preguntó Jonás—.

—Por desesperación, hijo.

—¿Y usted no lee?

—Qué va. Eso es para el que no sabe hacer otra cosa ¿Tú has leído El Quijote?

—Sí.

—Como bien sabes, Cervantes venía a darnos una idea de los dos prototipos de seres humanos que más se repiten en este mundo, ¿no?

—Sí.

—Bien, pues para mí que no fue lo suficientemente agudo. Con todos mis respetos, creo que le faltó simplificar. Ni Sancho, ni el Hidalgo. Yo lo dejaría en uno: Rocinante.

—O sea, que somos unos corceles.

—Somos unas pescadillas fritas por Dulcinea.

—No comprendo.

—Ya comprenderás cuando sientas el último suspiro y te encuentres a las puertas del cementerio de elefantes; cuando ya no te quede ingenuidad o fe; cuando pierdas todo y seas un...

—¿Y qué es el cementerio de elefantes?

—Cualquier sitio desde donde decir adiós. Por ejemplo, estos agujeros.

Aquel noble descuadrado se introdujo en su nicho y Jonás, esquivando las ramas de olivo, prosiguió su marcha. Caminaba y calculaba: le quedaban menos de dos horas para encontrarse con Laima y abrazarla, para pisar de nuevo la decadencia perversa, con el andar cambiado, y romper las murallas de aquel mundo en el que habían nacido. También se preguntaba qué estaría haciendo Laima en aquellos momentos. Tan sólo anhelaba ser el príncipe de sus sueños, el bueno, el del cómic, si bien donde realmente se hallaba en aquellos instantes era en las alcantarillas, en unas ostras malolientes, en la Vía de los Marqueses... Caminaba plenamente confuso, bajo los efectos de la emoción, de la duda, de si conseguiría o no el éxito, si batiría un récord, guiado por la poética luz de su linterna, bajo el túnel del tiempo.

—¿Adónde vas pipiolo? —le preguntó una señora de mediana edad que estaba apoyada en la

pared y escondida entre el ramaje de ramas de olivo-.

—Voy a la estación de trenes —le dijo Jonás-.

—¿De viaje?

—No. He quedado allí con Laima, como todos los días.

—No te molestes en darme explicaciones, chaval. Cobro treinta euros y un paquete de cigarrillos por un servicio completo. Así que apresúrate.

—Lo siento, pero...

La susodicha señora, tenía aires de puta fúnebre y pocos encantos que mostrar. Su vida había sido monótona pero segura. Cada día que pasaba en aquel túnel, se hundía más en la rutina, como se hundía el alfiler en el moño de su abundante pelo. En su haber o currículum constaban tres maridos. Y ahora prefería vender el sexo antes que perder el tiempo en otra relación de éstas en las que es más rápido el alcohol que el amor. O en intentar otro matrimonio, donde además de ella, la mujer, haría falta un buen hombre y un psiquiatra, como le gustaba decir a Norman Mailer. Y no

digamos lo que pensaría Antonio Lucas que, con su estilo provocador, nos alertaría de la existencia de matrimonios biodegradables, que son aquellos que están hechos con un hombre y una rubia de caucho meciéndose en la billete-ra de aquél. Victoria de los Ángeles Farnedo Sánchez de las Eras, la Viti, estaba de vuelta de todo, incluida la vuelta al ruedo. Sólo le quedaba un poco de asma, algo de locura, voz de lija y una mirada de hierro. Primero fue Grande de España, luego roja de Carrillo, a continuación hippie, y más tarde, cuando su belleza lozana se fue disipando en catres descoloridos y húmedos, acogió el destierro con resignación, perdidas ya las fuerzas y las ganas de luchar contra la injusticia. “Victoria de los Ángeles..., le pregunto por última vez (le decía el cardenal de turno, en el juicio de La Rota): ¿ha sido usted bautizada en la Ley de Dios?”. No lo había sido. Y como era una condesa..., al paredón: al destierro. Destino: La Vía de los Marqueses. ¿Dónde queda eso, oiga? En las alcantarillas, bajo una monótona arquitectura; entre las arenas o las paredes del tiempo.

—Señora Viti, perdone por mi comportamiento pero es que... Jonás, me llamo Jonás.

—No te preocupes hijo, estoy acostumbrada.

—Yo, en su día, estuve a punto de colgarme los hábitos, aconsejado por el cura del pueblo.

—¡Buen capellán hubieses hecho tú! Pobres cepillos. No te veo con faldas y planificando el higo femenino.

—Le agradezco esos halagos.

—Menos agasajos y más acción: anda, échame un polvo, Jonás, aunque sea gratis.

La condesa estaba necesitada de carne y sexo, de intercambios y acción. Encendida como una llama eterna y desbocada como una yegua joven y en celo, había abierto sus piernas de par en par por si al chico le apetecía entrar en la chumbera aristócrata de doña Viti, una mujer melancólica, que, ante los escasos trozos de vida que le quedaban, cantaba ese bolero que empieza diciendo “espérame en el cielo, corazón”. Pero Jonás tenía prisa y por nada del mundo traicionaría a la guapa/wapa Laima, cuya opinión conocía (“las personas que se dejan los frascos de gel o champú abiertos

en la bañera son infieles por naturaleza”, le había oído comentar alguna que otra vez). Por otra parte, lo de hacer el amor o follar, así a secas, requería cierta dosis de implicación y mucho trote (cincuenta veces, al menos, para adentro y cincuenta para fuera hasta los primeros gemidos), también algo de deseo, y más con aquella señora, que, si bien estaba renegada de la fe, guardaba cuidadosamente varios barriles de pólvora dentro de su descuidado cuerpo. Tampoco era miedo. Jonás no se sentía ningún esclavo. Era respeto. Y algún reparo que otro: decirle a una mujer que casi podía ser su madre... Pero, ¿sabes lo que te digo? (Jonás parecía escuchar la voz interior), que un favor se le hace a cualquiera pero sin exigencias ni acoso. Fue entonces cuando Viti, experta en estas lides y en otras varias, y viendo al chico algo nervioso, se recompuso, se sacudió las vergüenzas, se acercó a él, dejó su carmín en aquella cara pastoril en un sonoro y tierno beso, le dio un mordisquito en la yugular o en el cuello, y... acto seguido, bajó sigilosamente una de sus manos de bruja hasta la botonería, y le

endiñó un suave apretón en el naípe, el cual, con tanto sí y tanto no, ya había cogido brillo, tono y envergadura (dice Fernando Sánchez Dragó que los estados de la verga son cuatro, a saber: blanda, morcillona, dura y dura con brillo, a los que faltaría añadir un quinto, por obra y gracia y ocurrencia de doña Cristina Almeida, que sería el ¡gatillazo!). Mientras tanto ella, la doña, sin dejar de acariciarse (molto vivace) su castaña pilonga con el dedo índice y zarandillo, apretó un pelín más la tuerca de Jonás esperando que hiciera ¡oh!, ¡ooohhh!, ¡hostiaaa!, y ella ¡ah!, ¡aaah!, ¡a, e, i, o, u...!, clímax y desenlace, y, ya más tranquilos, tener la capacidad de olvidar en milésimas de segundo lo ocurrido. A continuación, la doña le dio un azote en el culo y le dijo: —“¿Qué haces ahí mirándome? Vamos, corre. Laima te espera ¡Pero no te olvides nunca de la pobre Viti, mi amor!”. Y con estas palabras y el humo del pitillo que cegaba aquella atmósfera, Jonás echó a andar. La condesa se quedó allí como una estatua de despojos, apoyada contra la húmeda pared, mirando con aquellos ojos de mujer abandonada a su

suerte cómo se marchaba su niño perdido, sin otra posible carta que cambiara aquel destino adverso y hostil, lentificando la espera y el tiempo, y soñando con el próximo tranvía del deseo o con otra efímera ilusión.

De nuevo en camino, pero ya sin temblores, sin tantas confusiones ni dudas, Jonás decidió detenerse metros más adelante, justo bajo una tapadera de hierro que había sobre la bóveda. Acercó la linterna a la pared y fue descubriendo un sinfín de eslabones incrustados, los cuales llevaban hacia la gloria subterránea, la cima, la escotilla del submarino amarillo, la calle, por fin. Y fue abrir..., un, dos, tres..., y encontrarse con el asfalto, el cielo, los edificios, los árboles..., y con medio cuerpo fuera del agujero, como si se tratase de uno de esos trabajadores de las empresas eléctricas o de telefonía que tantas veces había visto. Obreros ataviados para la ocasión y provistos de herramientas, eso cuando no te encontrabas con los poceros o con los de las contratas del Ayuntamiento..., o con un grupo de butroneros que venían de dar el golpe (Redford/Newman).

Pero todo esto no eran más que delirios porque lo que realmente veía Jonás era la situación de la huelga, que era total. Y que el único ente visible en aquella avenida era el sol, que pegaba de lo lindo ¡Qué huelga más tremenda! No había... ¿Recuerdan aquellos dos locos a los que les dio por salir a abrillantar el pavimento con un coche escoba del Ayuntamiento y un fudre chorreante? Pues no había rastro ni de ellos (¡hay que estar majaras!). Era mirar... ¡Menudo panorama! La tapadera de la alcantarilla en cuestión estaba situada en la acera de la izquierda de la Avenida Rosalía de Luxemburgo, número 73, que hacía esquina con la calle Vicente Puyal Castell, muy conocida por sus edificios modernistas, sus tiendas de anticuarios y la farmacia o rebotica del Ldo. Masip de Pavón, como rezaba en el rótulo de la fachada, con nueve dependientas o mancebas de infarto tras unos mostradores del año de Maricastaña, una caja registradora del Rococó o a buen seguro de donde sacó el dinero la patria para pagar los servicios a los últimos de Filipinas, estanterías con más carcoma que una

pierna con gangrena, frascos de cuando se saqueó el imperio de Nabucodonosor, porcelanas/Porcelanosas y cachivaches de todo tipo, cremas y pomadas, hierbas, hierbajos..., espátulas, básculas, morteros, manípulos..., lámparas de Versailles y luces de wolframio que hacían que la clientela pareciera enferma de por sí, una apoteca en la que el dueño o licenciado (Licenciado Vidriera) nunca estaba, contraviendo la Ley, sin que se pudiera pasar a saludarlo para ver cuál era su jeta, su faz, y preguntarle, de paso, a qué se debía, o cuál era el motivo por el que los de su ramo y otros colectivos recibían desde antaño ese trato de favor por parte de plutócratas del Estado. Cosas de ayer, del hoy, y de siempre, y que nadie arreglaría a corto plazo. Ni tan siquiera creyéndose uno a pies juntillas lo que ponía en un viejo cartel que había en la otra esquina de la avenida y que se resumía más o menos así: "Vote, ciudadano, vote; seguimos avanzando". Se trataba de un pasquín muy grande, ése que siempre olvidan retirar (intencionadamente) las bases del partido en las calles más céntricas por si

aún puede llegarles alguna que otra consigna a los ciudadanos, aunque sea en dosis. De esa manera ya los tienen convencidos para las próximas elecciones. Y todo queda igual, que esgrimiría el anciano Lampedusa en su Gattopardo. Y bajo el cartel, unos cuantos bulevares a ambos lados de un expendedoría de tabacos (otra de las concesiones arbitrarias de cuando la dictadura del Generalísimo), y una hilera de árboles poniendo la nota verde, bonita y naturalista, en contraposición al veneno de los cigarrillos que se encargó de meter en ellos la Phillips Morris y otras tabaquerías a mediados del siglo veinte para tener drogada o viciada a la gran mayoría de la humanidad. Tabaco, lo que se dice hoja de tabaco, poca o muy poca. Productos adictivos y peligrosos, más de ciento cincuenta tipos. Drogas y árboles. La moral, la doble moral, lo que da dividendos y trabajo, aunque mate a más de cuarenta mil personas en cada país cada año. Lo que sobra es gente, diría un ejecutivo cigarrero, y no la Carmen y su músico: Bizet. Pero, los del fumete, no saben que pronto, lo van a tener muy crudo, o muy

negro, aunque fumen rubio, y que los estancos se tendrán que dedicar a vender bonos del bus y tal vez otro tipo de drogas, si al fin las legalizan: una cosa por otra.

Y la fila de pimpollos a la suyo, haciendo de pulmón de la city y sirviendo de casita dormitorio de los pajarillos, amén de ayudar a la composición rectilínea de la estética de una avenida en la ciudad. Como en los cuadros o en la propia realidad, la de Rosalía de Luxemburgo en cuya acera izquierda, sobre el número 73, se hallaba asomado Jonás por el hueco de una alcantarilla, comprobando el alcance de la huelga, pero sin poder pasar por alto un edificio que se elevaba hacia las alturas como un zigurat o una pirámide moderna y triunfal, propiedad de una casa de seguros (otros que también habrán visto el Golpe, porque en verso machadiano todo se consigue golpe a golpe, verso a verso), los aseguratas que saben que no te devolverán nada, a menos que pelees duro con las leyes y sus trampas. Y flanqueando esta arquitectura tan esbelta como segura, dos edificios de medianas proporcio-

nes, para viviendas y, en los bajos de éste, un ambulatorio de la Seguridad Social (ése el primer bloque), y otro puñado de viviendas y apartamentos, más un supermercado de barrio, en el segundo. El Súper, que no el Híper, la clientela de la manzana y los dependientes de siempre, todos conocidos: qué ponemos, Juana, y que si cuarto y mitad de queso, ciento cincuenta gramos de fiambre de pavo, un chorizo para unas lentejas..., y todo así, a poquitos y con confianza, aunque sea algo más caro, y no los otros que están a cincuenta kilómetros, tienes que aparcar, un euro para el carrito, otro para un helado, un cupón de los ciegos antes de entrar, los niños que quieren unas hamburguesas, la mujer o compañera sentimental que te anima a que te suscribas en la adquisición de una enciclopedia o diccionario temático (libros al peso), sin saber si hay hueco en el aparador y si lo hay, en qué van a ser utilizados esos veinte tomos de sabiduría, y cuándo los vamos a leer o repasar si normalmente no leemos, mi amor, y además no tenemos tiempo, cariño... Siempre serás el mismo, Fran, tú y tu ignoran-

cia... Y cuando nos damos cuenta ya hemos firmado una enciclopedia por mil doscientos euros y ... En fin que habíamos ido hasta allí con tal de ahorrar unos céntimos y, entre que siempre se compra el doble de lo que se necesita, o, mejor dicho, cosas que no se necesitan (atraído por las gangas, que luego comprobamos que no lo son), vamos llenando el carrito de marras como si nos fueran a regalar los productos..., que al final, cuando la cajera termina de pasar por los rayos X el último paquete, sientes como si te metieran un palo en las costillas, que no es otro que el que le has dado a la tarjeta de crédito o débito, la pobre, que casi se le derrite la banda magnética al pasarla por el datáfono. De ahí que optemos por lo cercano, la tienda del edificio en la calle del barrio, al lado de la casa de seguros, puerta con puerta con un grupito de mandarines y cagatintas de la Seguridad Social, más una segunda fila, otra, de árboles como era de prever y de recibo: un pulmón a la izquierda y otro a la derecha, como manda la santa madre naturaleza, y el corazón en el medio, que no era otro que un museo y

unos pabellones con sus caballerizas, patios al servicio del duque, entre el Siglo de Oro y el Barroco, con la luz del triunfo y la perspectiva promediada, dándole fuga a la derecha, aire, temas que ya no se pintan ni por encargo porque para eso están las cámaras digitales, que son tan hiperrealistas como lo pudiera ser Antonio López (que no tragaba a Tierno Galván), y que tardan algo menos en tener el retablo o, en este caso, la panorámica terminada. Y a lo que íbamos, que la huelga rondaba el noventa y nueve por ciento de éxito, y que, excepto lo descrito, el panorama era desolador, triste, como un plano vacío, sin fauna, sin destellos de vida.

Y sin rastros de vida a la vista, Jonás llegó a la conclusión de que lo más conveniente sería meterse para dentro y seguir. Pero, ¡alto!: ¿Y qué hacer con la tapa? ¿La dejo así? ¿Estorbará cuando finalice la huelga? ¿Finalizará? ¿Tapo? ¿No tapo? Preguntas... ¿Y...? ¿Y...? ¡Jonás, por favor, decídet de una vez! ¿Eh...? ¡Tapo!, fue la última palabra que se dijo Jonás para sí y con coraje. Puso la tapa, y

¡adentroooo! Descendió los peldaños y, más convencido si cabe de cuál era su única opción, su apuesta, sabedor de que estaba en lo cierto y que no se equivocó a la hora de elegir o decidirse por una idea, la suya, la que le pareció más conveniente, prosiguió el buen camino tratando de evitar las últimas ramitas que quedaban a ambos lados de la alcantarilla.

Finalizadas las ramitas, las preguntas, las dudas... El resto de la tubería era muy lindo: lindísimo. A los lados de las paredes, colgaban unos farolillos de melón —con vela incluida—, que daban un aire íntimo y decadente al decorado. Era una decadencia barata, donde no sólo había melones, sino también una pareja de amantes, Fulvia y Milcíades —patricia ella; plebeyo él—, que se mecían sobre una hamaca, lejos de la incompreensión aristocrática. Jonás pensó: ¿otro órdago? Esperemos que todo vaya bien y rápido.

—¿Me dejáis pasar? -preguntó Jonás-.

—¡Ay!, perdona. Nos has cogido in fraganti -dijo Fulvia -.

—Lo siento, no pensaba que.

—No te preocupes. Mira, esto es rápido: quito el seguro; tiro de la carrucha, y tú pasas por debajo —terció Milcíades-.

—Siento molestaros, pero... He perdido ya casi sesenta mi..., ¡hip!, perdón, sesenta minutos, y a la una y cuarto he de encontrarme con la azulada Laima.

—Llegarás, corrétneles, si tú quieres, llegarás.

—¿Y este lecho, este rincón en el que vivir?

—Una paradoja.

—¡Qué poeta!

—¡Qué impedido! Yo soy un poeta impedido. Antes hacía discursos para reyes y presidentes. Fue entonces cuando conocí a Fulvia. Todo iba bien: nos iba bien. Un día hice el mejor discurso de mi vida. Lo recuerdo perfectamente. Estaba harto de poner la lírica al servicio de la mentira. Los discursos no los supervisaba nadie. Aquel presidente comenzó a leer y... Lo demás ya puedes imaginártelo.

—Metiste la pata.

—Metí... ¿Tú sabes que la mejor iniciación parlamentaria es el sexo oral? ¡Es broma! Metí...No sé, volví a ser poeta. Hay quienes

dicen que la poesía está en todas las cosas: en lo feo, lo hermoso, lo repugnante... Así debería ser, pero... Si yo te contara cosas acerca de los discursos...

—Olvídalo. ¿Y qué tal os va ahora?

—Intentamos subsistir a lo Robinson Crusoe.

Jonás, desde el otro lado de la hamaca, se despidió de aquel “mix” formado por una patricia y un plebeyo, y continuó su marcha. No había dado ni dos pasos y, ante la escasa visibilidad, casi se traga una mesa en la que se arremolinaban unos cuantos señoritos, hidalgos y pisaverdes (cuatro sentados y los demás de pie y de comparsa), en una de esas partidas históricas de mus que se suelen jugar a tres vacas y con revancha. Silencio, señas... Las treinta y una, dúplex... Jugador de chica, perdedor de mus. Ahora, era ganar, y se ponían a cantar algún trozo de cualquier ópera, sobre todo del repertorio barroco. Y si esto era así, se debía en parte a que los anónimos y donnadies no supieron nunca a lo largo y ancho de la Historia ponerle música a la fatalidad. Por el contrario, estos infanzones y adalides, ante

cualquier cosita o contrariedad ya estaban hablando del libreto, que mandaban hacer de encargo, ya que ellos sabían poco o nada de contenidos. De ahí que se lo encomendaran a un escribano, pues éste sabía y defendía a toda costa la teoría acueliniana que venía a decir o defender, con cierto rigor, que Edipo creó la tragedia, Shakespeare la escribió (convengamos que el británico no hizo más que escribirla) y Nitzche y Wagner la llenaron de contenido. De modo que a los pobres (y no de espíritu), gana-panes y lameplatos, no les quedó otro remedio que habitar en el olvido, pues, de ahí en adelante y durante unos siglos se cantó a lo anecdótico, quedando olvidadas las grandes catástrofes, las tragedias colectivas..., que, como mucho, el único hueco que tenían en las grandes obras solía reducirse a un fragmento muy en la línea de cualquier estribillo, que mayormente y por lo general era recitado por un coro de haraganes.

—Vamos a elevar la mente. ¿Ponemos a Wagner? —preguntó uno de los jugadores—.

—¿Pero no estamos con la partida de mus?

¡Pues dejémonos de Wagner y de leches! –sentenció con mala uva otro jugador-.

—¡Eso! –saltó diciendo un tercero para apoyar al segundo jugador-. Además, ¿quién dice que no elevaríamos más la tragedia que la mente?

—Si nos mantenemos tan tercos, entonces, seguiremos siendo un producto, como Frankenstein –advirtió uno de los señores que estaban de pie, alrededor de la mesa-.

—El único producto es la decadencia, la nuestra, la caída de un puñado de hombres que aspiraban a ser dioses –terminó diciendo otro señor-.

No hubo música ni ópera, sino que comenzó la revancha. Todos, por el momento, muy serios. El rey de bastos, el siete de copas, el as de oros, y la sota de espadas como una nefertiti faraónica. Con esas cartas no había quien se sacase un amarraco: una china chica..., otra de porque no a pares... La partida y el tapete verde, entre caballeros y no los de la tabla redonda de cuando el rey Artús exactamente, pues estos eran unos impostores de remate que jamás llegarían a encontrar el

Graal/Grial ni a desenfundar la espada Escalibur para reestablecer el orden, hacer cumplir las ordenanzas y proteger al rey. Pero si antaño los poderosos tenían castillos y jinetes y guerreros, los plutócratas sigloventiuno contaban con cuatro leyes y un batallón de mamelucos, requetés y samuráis, comprados y adiestrados como perros rottweilers, que los defenderían sin preguntar por qué o simplemente por un puñado de monedas. El resto, los menos, habitaban en el terciario de las cloacas, jugándose a las cartas la escasa vida que les quedaba, metidos en discusiones de pacotilla, consumiendo nostalgias, recuerdos..., y haciendo buena la frase de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Ignoraban que las cloacas se hicieron realidad con aquel rey déspota, feo, e ilustrado, de perro y escopeta, así como también que por aquel entonces la política del Capitolio pasó a las alcantarillas, que era y es donde habitaban y habitan la sospecha y el alma de los muertos.

—¡A los muertos, cuatrocientos cincuenta y un grados Fahrenheit.

—¡Cállate ácrata!

—¿Qué te pasa a ti, cabezón de la sal?

—Yo no soy de la Ruta de los Foramontanos ni de Cantabria, ¿te enteras? Y he de decirte que la palabra y la verdad de siempre perteneció a los monárquicos.

—¿Tú sabes, Campanilla, en qué se van a quedar las monarquías? En el rey de oros, de bastos, de copas, de espadas...!

La mesa del mus se iba poniendo mitinera y panfletaria, y el más alto de los que estaban de pie, don Rogelio Villamayor de Mera y Lucena, cubierto por un halo de sensatez, pidió a unos y otros que guardasen silencio y se dejaran de monsergas, como si de pronto se hubiera cambiado de bando y de camisa, del negro al rojo, como Sthendall. Pero antes de que se midieran las fuerzas y se formase un frente popular y una ceda gilrrobiana, el barman, que estaba harto de hacer de carabina, y que tenía más mili que Cascorro, descorchó dos botellas de vino marca Prieto Picudo, provincia de León, de viñas que aguantaban bien los cuatro grados bajo cero y a las que no les

importaba que dormitasen bajo sus cepas los lobos con bufanda, oigame, y qué paladar, y no le digo más, pruébelo..., y unos berberechos al natural y unas almendras, que se les metían a toda aquella ricahombría entre los dientes, diantres y córcholis (dos palabritas que solían decir Roberto Alcázar y Pedrín), trae pacá unos palillos, barman de los cojones, y corta un poco de jamón, aunque sea de rata o de lagartija, de lo que veas por ahí, pero pipas y frutos secos no, que para secos ya estamos nosotros, oyes, que si no es por el tinto éste aquí nos dan las uvas sin mojarnos ni los labios. Y a todas estás, ¿donde se había metido Jonás? Si bien parecía llevar unos cuantos minutos esfumado, como fuera de esta historia, de figurante, sin frase, nada más lejos. Seguía allí a pie de partida o de cañon sin perder ripio, eso si, callado, pues había tenido la suerte de que aquellos señoritos le pasaran una copa del Prieto Picudo y no podía desaprovechar la ocasión. Antes de eso, estuvo unos instantes jodido con el golpecito que se soltó en la ingle derecha con la puta mesa, muy cerca del testículo injertado, el de la

prótesis, y con un dolor de mil demonios que le provocaban unas lágrimas muy finitas y frías, como de cocodrilo o maxmordón, magañas de galopín, que se iba limpiando con los nudillos de la mano derecha de una forma muy similar a esas otras veces que nos gotea el lacrimal cuando estamos pelando cebolla. Ahora bien, en cuanto superó ése mal rato, volvió sobre la partidita y a codearse con aquellos viejos viscontinianos, de tuteos y codazos, y déjame ver, un respeto a las canas, joven..., y quítate de en medio, no me sale la real gana, retírese vuecelencia, carcamal del neolítico, cegato, que no te enteras, pues si su señoría pusiera atención comprobaría que aquel señor, Mateu o Martins (que es como le viene llamando hasta ahora su compinche), tiene pares y treinta al punto, lo que quiere decir que, si la cosa se da bien, son cinco amarracos, y, como comprenderá usarced, no le queda otro remedio que cortar el mus, pasar a grande, echar a pares, al juego..., ¿me entiende, ilustrísimo? Si le entiendo, joven. Usted llegará muy alto. Sí, señor. Un tipo listo... Me ha dejado como el rey pasmado, caramba.

Y en esos menesteres andaba Jonás. Hubo un momento en el que le salió la vena reivindicativa y respondona, pero..., nada, en seguida se le pasó. Y ya más relajadito, laxo y entonado con el morapio de León, estaba dispuesto a seguir, a batir un récord, pues sólo le quedaban dos pasos, ¡pataplan!, y se acabó la Vía de los Marqueses. Por tanto, un último trago y un último brindis por los cenetistas y los de Casas Viejas del treinta y cuatro, por vosotros compañeros, por la revolución.

—¡Pero qué son esos gritos, joven! —profirió uno de los nobles-. —El único brindis que se permite hacer aquí es pedir por nuestra salud —aclaró un segundo patriarca-. Así que déjese las laudatorias y... ¿De qué planeta viene usted, pollito? Porque le diré la verdad, la retahíla ésa que trae usted no se escucha por aquí desde el año de Maricastaña. Es tan vieja como Matusalem.

—No, si yo... —titubeó Jonás-. El caso es que... ¡Viva Zapata, mamones! ¡Y así os cuelguen, cabrones de mierda! ¡Por la revolución....! ¡Por nosotros y por nuestros hijos, y por nuestros

compañeeerooossss....!

—¡Qué cosas tiene el vino éste —se decía en voz baja el señor tildado anteriormente de cambiacamisas-. Estos jóvenes... Cuanta euforia. Luego todo se quedará en utopías. Y no digo que no sean necesarias para vivir, pero... ¡Qué complicada hacemos la vida!

Con el sprint verbal que Jonás acababa de soltar, quedaba claro que no podía ni debía quedarse allí ni un segundo más: si lo cogían, lo capaban sin anestesia. Por eso en cuanto pudo salió pitando, huyendo de los insultos de la decadencia y de los últimos dioses humanos. A toda prisa. Como si llevara adherido un cohete en el trasero.

Antes de llegar a la cortina de aluminio que aislaba la Vía de los Marqueses del polar Arcalón, aún tuvo que retirar un par de ramas de olivo de la herencia andalusí y pasar a cierta distancia de los tres últimos farolillos de melón procurando no quemarse la jeta, o la moral, que seguía siendo óptima (aunque había quienes decían —cuatro intelectuales pesimistas— que dicha moral llevaba años hipotecada

porque se la habían jugado en Maastricht). Ya sin ramajes, y sin melones iluminados, Jonás se frotó las manos como cualquier muchacho que no está cansado de ser peregrino, ni de aventurarse, ni muchos menos de escribir una pequeña leyenda o de amar. Retiró hacia un lado una gigantesca cortina de aluminio, y se metió en Arcalón.

IV

Atrás quedaba la tierra quemada, las catacumbas, el oscurantismo más absoluto. Milores desterrados en un trozo de alcantarilla, bajo la ciudad; cavalieri y messía enfrentados a las estrellas, a la luz que ya no verían, excepto la linterna de Jonás, la luna mágica, que les cegaría el alma, la nobleza de sentir, de respirar, de salir de allí aunque hubiesen sido condenados por el canon más injusto del Codex Iuris Canonici. Atrás la Vía de los Marqueses, el bareto o la bodeguilla de aquella panda de atocinados, muy finos ellos, como el Tío Pepe, reaccionarios en activo y hombres en pasivo,

como todo deponente o polirrizo. ¡Un fraude!, ya está dicho, se ponga como se ponga la hidalguía, que desde que opositó a la vagancia y aprobó (y de eso hace ya unos cuantos siglos), no ha dado más que haraganes sin oficio, mitificando la galbana y el enchufe. Pero no les pregunten por la dignidad o de dónde han sacado tanto cuento. Es más, ellos sabían que más pronto que tarde, se irían apagando como una vela, para sellar de una vez aquello que se olvidó de borrar el tiempo. Atrás quedaría un decorado de cartón piedra, los hechos y parte de la Historia, un territorio turbio, del que Jonás pudo salir al dar el sexto paso, ¡plan!, y, de pronto, ¡plaff!, se topó con el frío y la nieve, ¡pliff!, el hielo y la ventisca, ¡cooooo...!, un termómetro bajo cero..., ¡cojones qué frío!, que le hizo que tintinearan los testículos como platillos de una banda de música: tachín, tachín..., chim-pom. Y esto se debía a que sobre Arcalón, unos cuantos pies más arriba, se encontraban los frigoríficos del Tanatorio Municipal: muertos, tumbas, mármol, flores de plástico, lloros sentidos, otros no tanto, gafas de sol para tapar las

ojeras, autopsias, ADN, luto, plañideras, el velo recién sacado del tinte, bendiciones, extremaunciones, fiambres congelados..., es decir, cadáveres, mullaos que descasaban ya en paz por culpa de la enfermedad, el accidente (los mortinatos en accidente se iban al otro mundo sin que les diera tiempo a asimilarlo), la plaga, la epidemia..., o porque habían tropezado con un sacamantecas o con algún colegita de esos que le pega a las macabras distracciones: que si el juego del rol, el gameboys... Suicidas, lo que se dice suicidas, solamente había dos: uno que se había inmolado contra una fábrica porque lo habían despedido del trabajo sin alegar causa justa y otro que se había quitado la vida por amor, si bien, para ambos casos, la asistente social tenía otras versiones y las explicaba como sigue (muy a su manera): —” Miren ustedes, el primero, el que se estrelló contra el almacén, fue sin querer, pues, según fuentes muy cercanas al interfecto, este chaval, al que muchos conocíamos del barrio, ¿cómo se llamaba?, Or..., Orl..., ¡Orlando!, eso es, Orlando, estaba ensayando con un cohete a propulsión

para su moto acuática y..., ¡boom!, cayó fulminado en milésimas de segundo. En cuanto al segundo, Marcelo, la razón no era otra que se había tomado todo un frasco de barbitúricos. Y contra eso, no hubo nada que hacer ¿Razones? Al parecer, hacía ya unos meses que la chica con la que estaba saliendo, Nensi, no quería mantener relaciones sexuales con él. Y como el muchacho tocaba menos chacina que la de una bicicleta, su calvario se fue agudizando por momentos, así como su tortura interior (el espíritu y la carne, qué cosas...), hasta que, invadido por los celos (como bien saben y dice el dicho: “los celos tienen que ser lo justo para halagar y no para mortificar”), le dio un arrebató y decidió quitarse la vida. Pero ni pretendía con ello imitar a Otelo ni el acontecimiento tuvo lugar en Venecia, sino junto a la famosa tumba de los amantes de Teruel (que también existe, por lo menos en los mapas”).

¿Dónde estábamos? Secuencia equis, interiores, día, Tanatorio Municipal, todo él muy requetelimpio, y brillante, y con una distribución homogénea de las salas, espacios,

pasillos, escaleras..., destacando la sala inferior, una impresionante nave, diáfana, donde retumbaban las voces de los funcionarios, muy próximos a la hilera de neveras grisaluminio. Cubillos para frigoríficos y congelados, o para hibernar, con sus números bien colocados para evitar que nadie les diese el cambiazó (un muerto por otro). Sobre todo desde que se había puesto de moda la resurrección o la reencarnación, y que llamaban criogenización, que podía resumirse en un anticongelante inyectado por las venas para poder resucitar años más tarde y echar a correr. Incluso se decía que a algunos les habían llegado a extirpar el alma para verificar si su dios podría perdonar su último desliz. Cajones, decía, que ora se abrían; ora se cerraban, y donde algunos habían echado hasta el teléfono móvil dentro por si acaso a alguien se le ocurría llamar al muerto.

Al otro lado del cristal, la familia, la tía, los sobrinos, los parientes..., observando el cuidadísimo trabajo del embalsamador de Tutankhamón, que dejaba a los difuntos como la Momia de Egipto o al vampiro de Transilvania

recién levantado. Y también era al otro lado del cristal, o sea al lado de la vida, donde se encontraban las salas de espera, unos chiribitiles con una iluminación de alto voltaje para ver bien la tragedia y la máscara del adiós, y donde recibía un hombre de confianza de la familia, que se encargaba de parar los golpes, de dar la noticia, recibir a los foráneos y conocidos..., resumiendo dar la cara por los demás, pues los demás, en esos casos, no estaban en condiciones para atender a los biencumplidos, que en cuanto llegaba uno llegaban cientos, y que si besos por aquí y por allá, y anímate, hombre, que pareces un espantapájaros en un velatorio... O aquello de alegre esa cara, mujer, que la tienes peor que José Luis, el muerto: ojeras, maquillaje barato...; sin afeitarse, sin dormir... Unos sentados; otros de pie. Pésame, y lo siento, y quedar bien, y no te preocupes..., abrazos, besos, lágrimas..., y, ¡hala!, a rezar el rosario, por los santos y los apóstoles... Pero ni por esas. Y el muerto que no revivía, más tieso que un palo, pues lo habían tenido garapiñado con la perversa idea de que despertara en el año dos mil

ciento sesenta y cuatro, como Woody Allen en El Dormilón...

Un cuarto de versta más al interior o al fondo, el hall, con dos tristes y solitarios butacones, una mesilla baja, un cenicero, y un puñado de miradas lánguidas, los párpados como las tortugas... A un lado, el vendedor de los ramos y coronas de flores: tu esposa no te olvida; tus hermanos que te quieren...; recuerdo de tus compañeros... O esos otros epitafios negros que se suelen encontrar en algunos camposantos, como los que le apuntó Camilo José Cela a Carlos Dávila durante una entrevista: “estaba yo meando a la puerta de un ventorro, de pronto pasaste tú y me cortaste el chorro. Tu marido no te olvida”. Este el primero; el segundo decía: “aquí yacen los restos mortales de la señorita Josefina de Albuquerque Filgueira da Silva. Es la primera vez que yace con las piernas juntas”. Y más productos: crisantemos, claveles, flores baratas, brotes caros, oropeles, la guinda, la última guinda..., demasiada mentira: “puesta la losa, cambia la cosa”, viene a decir otro refrán. Al otro lado, la

recepción, que no era más que un mostrador donde se informaba, se recogían las llaves y los recados, se rellenaban impresos... Un cuartucho para el papeleo, cuando lo elegante sería acudir a la cita con la muerte en pelota viva y con la minuta en la mano (esas tres monedas que habría que darle a Caronte, el barquero de la laguna Estigia, aunque nos llevase a los infiernos).

Bajo la escalera de caracol y un tanto a la derecha del hall, se habían ideado una capilla muy moderna y espartana con unos containers, jaulas en las que reivindicar la fe, ofrecer el amor y cumplir con unos credos, avermarías y padrenuestros. Rito y boato parecidos, no así la ornamentación, que distaba muchísimo de la que tenían las santamarías de Tahull o del Naranco..., y no digamos de la Capilla Sixtina... Y es que aquí el Juicio no era Final, sino rápido, y dependiendo del estipendio que se le diese al capellán: —"El purgatorio son cien euros; el cielo quinientos... ¿Veinte euros? ¿Cómo se atreve? ¡Esto es una afrenta! Veinte tristes euros... Por esa cantidad ni lo juzgo, y

no me refiero a usted, sino a su pariente el muerto. Ése va directamente al infierno. Veinte euros en los tiempos que corren..."

Al fondo y a la izquierda, la Dirección del Tanatorio Municipal, por donde pasaban las actas y el unte, la corrupción y el parné en negro (o las stock options, el manguí en castizo, redefinido como "acuerdos tácitos de comportamiento"). Y..., oígame, por favor, para qué vamos a hacerle venir al director, que seguramente estará jugando al golf, intentando hacerse el hoyo diecisiete bajo par..., y estropearle la partida y el chuletón, y los güisquises..., y más por tan poca cosa, ¡un muerto, ya ves!, pues, la verdad... Si no le importa, me firma usted aquí debajo, justo ahí, eso es, perfecto, y ya le pasaremos los recibos por el banco y... "Usted sí que me da miedo", se decía para sí el representante de la familia al oír hablar a aquel magnate de la muerte con tan pocos escrúpulos. "Éste cabrón es capaz de enterrar vivo hasta a su padre. Con tal que pague...", pensaba el delegado portavoz de la familia mientras echaba el borrón. Y..., borrón y cuenta nueva.

Que pase el siguiente.

El bar... Con tanta sala, despacho..., ¿dónde podía estar el bar? ¿Un bar en un Tanatorio? Sí, ¿y por qué no, chiquillo? Que yo sepa y hasta la presente, en todos los trabajos se bebe o se fuma, ¿no? Y por lógica, y porque ya no quedaban muchos rincones posibles, el bar quedaba en el lado opuesto de donde se encontrara la Dirección: al fondo a la derecha. Y allí lo que había, más que un bar, era una barra, un tablero de formica larguísimo con unos cuantos caballetes. Todo limpio-limpísimo, barato-baratísimo, casi a precio de saldo (para no añadir otro dolor: el del bolsillo), y a buen ritmo, con habilidad y aptitudes... Dos cortados y una manzanilla; tres cañas y un bocadillo de pance-ta; un plato combinado número tres y dos platos números seis; un chichón... Ritmo y buen servicio en aquel bar que era más una barra que un bar, a lo que habría que sumar las máquinas del tabaco y los frutos secos, funcionando sin cesar, también la televisión, y el aparato de matar moscas... Cachivaches a pleno rendimiento, menos el expendedor de preservativos,

que desde hacía dos meses había sido precintado por la Policía debido a unos recientes casos de necrofilia, aún sin resolver. Se barajaban diversas hipótesis. Y se buscaban aficionados a lecturas escabrosas. Un teniente pensaba que el autor debía encontrarse entre lectores de *Mater Amantísima* (la Sonrisa Vertical, 1984) de un tal José Jara, un Ibáñez de pro. ¿Dónde queda eso? En La Manchuela, picha.

Por último, en cuanto al interior del Tanatorio Municipal se refiere, estaba el horno crematorio, al que se accedía por la ya citada escalera de caracol, donde de igual modo quemaban a un inane que cien kilogramos de cocaína, crack y pastillazo, o lo que fuere, siempre y cuando trajesen (requisito indispensable) la vasija correspondiente, la orza, de pino u olivo, griega o de cerámica. Pero el problema, de haberlo, se presentaba a la hora de limpiar las cenizas, ya que si no eran minuciosos, sucedían cosas muy raras, como que estuviera toda la familia reunida frente al televisor y se escucharan ecos de otros muertos procedentes de la vasija donde estaban las

cenizas de la abuela, allí, en el aparador, y, joder, qué susto, la abuela que vuelve, no me digas..., ¡ay!, si se entera de que ya nos hemos gastado la herencia..., pero luego resultaba que no era la abuela la que volvía, sino un montañero, escalador de catorce ochomil que quería estar en el programa especial de Al filo de lo imposible... Del interior, al exterior.

Secuencia trece, exteriores, Tanatorio, día. O sea, las afueras del recinto, la calle. Y fuera, en la calle, se encontraba la entrada, que venía a ser una puerta con una marquesina; un guarda jurado con placa, pistola, porra y gorra; unas escaleras laurencianas y renacentistas, además de la necesaria y obligada rampa para minusválidos; un aparcamiento que se extendía entre docenas de pinos, que se pasaban la mañana hablando con los postes de la corriente eléctrica tal que en El bosque animado (sí, no se extrañen: unos pinos que hablaban con los postes de la luz); un trozo de pavimento de asfalto pintado con rayas amarillas y donde los taxis estaban colocados en batería y los taxistas en círculo, a la espera de clientes,

unos de mirones y otros en la timba diaria, continua, de doble sesión, y en la que corría el dinero...; también mucho extra, gente que iba y venía, salía y entraba, de marear la perdiz, de hacerse o dejarse ver para salir en la foto..., ¿permiso?, es un segundo, quieto, quieto, quieto..., ¡flash!, gracias, mi amor... Y es que fuera era donde estaba la prensa y donde se hacían las entrevistas a los allegados, amigos y familiares del famoso de turno que se había ido al otro barrio, si se dejaban, claro, porque casi siempre estaban de uñas o de toñas. Y era allí también, en las afueras del Tanatorio, donde venía el apretón de manos con los agentes de la funeraria, con los del seguro..., no se preocupe usted que nosotros nos encargamos de todo, incluso de la mortadela y de Filemón, la realidad de los entierros en la España de hoy, de ayer y de siempre, la España cañí y pintoresca. Adjudicado. Éste es el número del nicho y aquel el cajón. Y el muerto al hoyo, el vivo al bollo...

¿Dónde estábamos? A todas éstas, ¿dónde se encontraba Jonás? Unas pis-

tas: interiores, día, una alcantarilla en la que hacía un frío que pelaba... ¿Recuerdan? ¿Sí? Pues les sigo apuntando: era cuando Jonás, de pronto, se dio cuenta de que sobre la gruta se hallaba el Tanatorio Municipal y, entonces, como haciendo replay, por su mente comenzaron a pasar todo un tumulto de imágenes, voces, situaciones... Por supuesto que el relato continuó durante unos instantes en su memoria, no así en la realidad, ya que debemos recordar que Jonás se había quedado congelado como un muñeco de nieve, pensativo. Pero también debemos verificar que en cuanto volvió en sí y cayó en la cuenta de dónde se había quedado, no dudó en echar mano del dedo índice, el único que todavía no había sufrido los efectos de aquel crudo helor, con el que pudo pulsar el botón verde de un enorme microondas. La puerta se abrió y Jonás se introdujo dentro de aquel invento, girando sobre sí mismo como una peonza. Sus ojos se quedaron a un centímetro del panel de mandos. Fue de nuevo su dedo índice el ejecutor de las órdenes: ahora, Jonás pulsó el botón amarillo de arranque. En

seguida aquel artefacto se puso en marcha, proporcionándole calor de pecho ajeno, y qué gustito, ¡joder!, unas milésimas de chajuán, treinta y seis o treinta y siete, nivel corporal, y paulatinamente, con la torrefacción, fue pasando de estar entelerido e inmovilizado a un estado de gracia y temple, de tibio tirando a encendido, con punto y tono (que no punto de cruz o petit point), y salió del microondas como nuevo. Ahora bien, como había quedado claro, las temperaturas estaban siendo muy serias o muy severas y, como Jonás no quería más sustos, decidió ponerse una piel de oso y unas gruesas botas embadurnadas con grasa de foca que había muy cerca de la entrada. Más caliente que una patata asada en albal, se encomendó a los dioses de las grutas y los hielos, Tielus y Arpegis, tal y como indicaba una inscripción hecha en una piedra plana que colgaba de la techumbre justamente a la salida y a un metro escaso del microondas, y echó a andar.

La luz de la linterna resbalaba sobre el hielo, y esos destellos creaban una atmósfera casi irreal, virtual, de contrastes e

impresiones, donde un vidrioso reflejo, formado por blancos y turquíes, venía a destacar entre todo un collage de empastados colores. Pero lo que parecía la superficie de alta mar, no era sino la superficie de Arcalón, la gruta de los hielos. Jonás sujetaba con fuerza la linterna. La luz, sin embargo, embriagada de tequila o de colonia, continuaba navegando en alta mar o en Arcalón. Una y otra vez insistía en resbalar sobre el hielo, en vacilar, en galopar por aquella impresionante carpa de helados pitorros, que, en inimitables y graciosas formas, recubrían la techumbre de la alcantarilla, lo que venía, en cierto modo, a reducir su excesiva altura. Arcalón era alto, aunque no delgado. Sus anchas y gélidas paredes no serían fácilmente doblegadas por las turbulentas y pestilentes aguas, en el deshielo. Y con el deshielo, un perfecto hueco en las alturas por si a Jonás se le volvía a ocurrir o le daba el barrunto de comprobar de nuevo la situación en aquel día de huelga: ¿Habrían cambiado las cosas en este intervalo de tiempo? No podía saberlo. Fue mirar hacia arriba y ver el hueco, y... a pesar de estar

muy alto, subió los peldaños más rápido que si fuera un clon de Spiderman. ¡Clack! ¡Ya está! Repitió casi al milímetro la operación de la vez anterior. De nuevo, volvió a encontrarse con el asfalto, los rayos del sol, manzanas de edificios, un pequeño parque, la plaza de los toros... La situación era muy parecida pero el lugar distinto: otras calles, otros ámbitos. De la huelga... Seguía triunfando con ese noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento. Así que de la fauna o del Fauno de Goette, ni rastro. Todo era alquitrán y adoquines, aceras, en la calle Santa María la Real de Irache, torres de ocho pisos que rondarían los cincuenta y tantos años, construidas sin ton ni son, al ritmo de la emigración de entonces, sin guardar un equilibrio estético, colmenas baratas para la plebe que venía del campo a trabajar de lo que fuera, torres entre alguna que otra casa baja en ruinas que seguramente en sus días sirvieran de residencias de verano de personas con posibles, y entre col y col, un almacén de telas que había logrado evitar el traslado forzoso a uno de los tantos polígonos industriales donde las empre-

sas se arremolinan entorno a un restaurante y una gasolinera, los empresarios se pasean con un Mercedes y cualquier becerro de oro (incluida la piñata), donde los trabajadores acuden en masa, a la misma hora, tras haber desertado de algún sindicato, con el miedo en el cuerpo por la hipoteca del adosado, las empresas de trabajo temporal y los contratos basura, su vida pendiendo de un hilo o de un déspota, otra vez a vueltas con el miedo, el símbolo de todo esclavo. Una casita, unas torres de edificios feos y enfermos, un almacén..., un fábrica muy artesanal de zapatos y botos (votar/botar), un taller de reparación de automóviles, y junto a él, el rascacielos, un módulo de diecisiete alturas de acero y cristal, un pegote en toda la manzana, una cacicada como tantas, el edificio de oficinas por antonomasia, cristales ahumados u oscuros, ocultando lo que tras ellos se cocina, empresas y holdings financieros de postín, de pega, de dar el sartenazo, el blanqueo del parné, todas con nombres o nomenclaturas en inglés, vigilancia extrema (te miran hasta las pestañas), nada de intrusos o moscones que

entorpezcan la labor, y las chicas paseando sus cuerpos en trajes de chaqueta muy ceñidos, discretas y amantes, del vice o del amigo del presi, por la pasta la bisutería y el Porsche, por todo un poco, vivre la vie, con la pituitaria empolvada y notándose ya los efectos secundarios de la harina (chasquidos de mandíbula), y mucho hablar por el móvil en pose macarra, pantalón y chaqueta y camisa Hugo Boss, y de ahí a Armani (Georgio), y el peluco en la derecha, para marcar diferencias, que todo esto ya habrá un alguien o muchos alguien que lo paguen, señorita Alicia, y aparece la tronca al trote como una yegua salvaje por las praderas, con tacones de aguja, pisando fuerte, con armas de mujer, una Melanie Griffith embaucadora y lista, que copia al dictado la orden, taquigrafía (nada de grabadora), rapidez, tanta que en dos minutos ya ha transmitido el fax con el dictamen del señor Jorgito Camps. ¡Diecisiete plantas! Ese edificio no era más que un pegote con diecisiete plantas. Y la fábrica de zapatos en plan familiar, el tío, un sobrino, la cuñada del sobrino, y una chica nigeriana, madre, libre y

feliz, todo a un tiempo, a la que no le importan los horarios, acostumbrada al maltrato en el sentido amplio. Si la fábrica funciona, ella tendrá trabajo y podrá salir adelante. Lo sabe. Y por eso se aplica y ha aprendido muy deprisa, a pesar de ser casi analfabeta. Y el tío la cuida como si fuera otra sobrina, y la cuñada como si fuese una hermana, y el chico (el sobrino) como si fuese un chocolate riquísimo de comer. Y así todo se queda en casa. No así en el taller de automóviles, en el que los cuatro mecánicos son extranjeros: un polaco, un rumano, y dos ucranianos. En principio, todo bien, pero hay mucha inestabilidad: un mes, y se marcha uno. Viene uno nuevo, y se marcha el que ya tiene unos meses de antigüedad. Y así es muy difícil llegar a enseñarles el oficio. Y tampoco es por el dinero. A veces la trifulca puede empezar por una discusión a cerca de lo más inverosímil: por un partido de fútbol, un cigarrillo, un par de cervezas... Claro que detrás de eso hay toda una ideología, una manera de entender y estar en el mundo, distintas naciones, diferentes lenguas... Y cada cual, ya se sabe, defiende lo suyo. El del

taller, Eugenio, cuando se marcha algún empleado al que le ha tomado cariño, siempre suelta la misma frase:— ” ¡Un taller..., un taller...! Lo que tenía que haber montado era un club de alterne! ” .Y éstas son algunas descripciones de algunas partes y trozos de la manzana en la que todas las costanillas, pasajes y callejones adyacentes se unen a la principal formando una sola vía pública, aludida aquí como el mismísimo Real Monasterio Cisterciense de Navarra, la misma que divisa Jonás desde el pozo segundo de la alcantarilla, por el que se halla asomado, con medio cuerpo fuera, las pupilas como de gato, atento a cualquier vicisitud o pequeño movimiento, pero nada, no se mueve ni una rama de los árboles, como si el viento se hubiera sumado también a la huelga. Luego, un tanto alejado y cuesta abajo, está el parque, que, más que un lugar tapiado y cercado, parece un edén o un Villa Médici velazqueño e impresionista, un frondoso pensil que contrasta con el resto de los alrededores y su entorno, como si hubiera sido levantado en un sitio equivocado, una ruzafa de paseo y meditación, de leerle

poesía al niño en vez de nanas como si se tratara de un primer sentimiento, ayudándole a dormir la siesta del borrego, media hora antes del biberón, el niño que está en la cuna de su cochecito y el abuelo que le recita a Pablo del Águila, a Blanca Andreu... Y mañana los clásicos. Y al día siguiente los franceses, Las flores del mal de Baudelaire en un jardín maravilloso, haciendo música con las palabras, que es a fin de cuentas lo que viene a ser la poesía. Jardines de piedra, un busto de Espronceda próximo, entre fuentes, un sauce, dos robles y un seto formado por unos rosales florecidos, mermelada de rosas rojas y espinas, frente a unas escalinatas coronadas por una tribuna donde suele tocar los domingos por la mañana la orquesta, en el epicentro del parque de don Miguel de Mañara, en honor al personaje de una obra del escritor y político español nacido en Almendralejo. Y desde aquí, y por último, nos vamos con la música a otra parte: a la plaza de los toros. Justamente en el lado contrario del parque, en sentido norte, se levantaba desde hacía casi un siglo la plaza de los toros, donde

llevaban treinta y nueve años sin dar un rabo. El último, en mil novecientos sesenta y cuatro, se lo dieron a Palomo Linares y casi se puede decir que le costó la retirada: que si no había sido justo, envidias, críticas a desmano... Las dos Españas frente a frente, el sol y la sombra, e incrustada en los tendidos una fila de japoneses que miran pero no ven, o mejor dicho no entienden la faena, el arte, la tragedia, o ese tipo de tragedia, pues ellos tienen la suya propia, el kabuki, sobre la que ha girado todo el teatro contemporáneo. Siempre a las cinco de la tarde. Sol y moscas; rito y un escupitajo de sangre sobre un suelo de arena o de plástico, según la disposición que se tenga viendo la corrida. Y entre el tercer toro y el cuarto a merendar, mientras la ira vuela hacia el palco presidencial y una paloma picasiana se posa sobre el mástil de la bandera. El odio discurre por los desagües y el lujo y los puros y señores engominados y los mantones de Manila por la barrera y la contrabarrera. Dos Españas cortadas por un tajo de sol o de sombra, según se mire, separadas por la Historia, incapaces de

reconciliarse, de unir sus gritos y sus palmas, excepto cuando el torero, pies juntillas, se manchaba la taleguilla de sangre. Y entonces sí: todos a una. Y en el quinto de la tarde, por aquello de que no hay ningún quinto malo, otra vez el revuelo, el aplauso, la mirada dramática de aquellas gentes moras y gitanas, judías y cristianas. Y hasta aquí y éste era el panorama que Jonás divisaba desde uno de los hoyos de la alcantarilla, donde no había hecho birdy sino algo de panorámicas con la precisión de un búho a pesar de ser de día. Y si no había nada más que relacionar o detallar de aquel entorno ni nada que añadir sobre la huelga, el siguiente paso o actividad era regresar por donde había venido, es decir, bajar los eslabones hasta poner el pie en tierra, o más puntualmente en el hielo de Arcalón.

Jonás inició por enésima vez el camino (a cada tris, ya lo tenemos emprendiendo de nuevo la marcha, echando a andar, despidiéndose y largándose, cogiendo las de Villadiego...). Caminaba muy pegado a las paredes, ya que en aquellos instantes aquello era un

pasa tú, paso yo, un ir y venir de esquiadores que se habían dado cita en la gruta, además de un puñado de corredores de snowboard, el mayor espectáculo del mundo: snowboard-cross, slope-style, freeride, y half-pipe. Muchos que lo intentan; pocos que lo consiguen. “A mí no me cojáis con la cámara, que si me ven... A estas horas, debería estar trabajando”, le decía un ejecutivo a un equipo de televisión que andaba entrevistando a la gente. Éxtasis sobre la nieve, Universiada y Jaca (donde se lo monta hasta la Paca), forfait, gorritos de Cachemire, please, crema de cacao para los labios, otra distinta para la cara, otra más potente para la frente (hay personas que no tienen más que frente), gafas de sol o antiparras protectoras, de marca, please, la repera del no va más, ¡y cómo molan, colega!, vaya gafitas que te has echao, qué chulada, osssea, sin olvidar las botas y los esquíes, o la tabla, más los guantes, el pantalón y un plumífero térmico, todo a juego, oyes, los colores y la tontería, que eso seguirá siendo gratis, de regalo, no así el Martini bianco y las aceitunas rellenas, una comanda por la que el

camarero les había cobrado un huevo y parte del otro, pero igual daba, oyes, porque lo que importaba o contaba era decir que habías estado esquiando en Arcalón, osssea.

Metros más abajo, tras un desnivel no muy pronunciado, un fabuloso complejo que albergaba dos estadios y una playa nórdica que hacía las veces de zoo acuático. Por un lado el estadio A, donde se daba cita la crême de la crême del patinaje artístico mundial, por parejas (Rjurik y Yablonskaia), individual (Ard Schenk), cinco minutos de montaje musical y ejercicios, él y ella, el triple mortal, la danza que continúa...; por otro lado el estadio B, donde tenían lugar los campeonatos de jockey sobre patines, y la bolita (esa especie de pastilla prensada que tanto se asemejaba a un trozo de tabaco masticado) que iba y venía, con los porteros en cuclillas, y varapalo por aquí, ¡piiii!, ¡falta!, y un pase, y otro, y un trallazo contra las vallas publicitarias..., y ya la coge el contrario, la dureza y la rivalidad a flor de piel, el partido al rojo vivo..., toma castaña, y ¡gol...!

Por lo que a la playa se refiere, ha

de decirse que se encontraba a la espalda de los dos estadios y que estaba formada con muchos metros cúbicos de arenas traídas expresamente desde La Calera, más unas cuantas rocas de la Costa Brava, con trazas de marmenor en el que las aguas se echaban la siesta con el permiso de las corrientes y los vientos, del oleaje, el mar/la mar, marinero, marinero, y donde los pinnípedos se lo pasaban a lo grande, todos revueltos, sin ordenar, sin clasificar... Morsas adultas, machos, riñas entre los aspirantes a cubrir el harem de hembras remolonas, y las crías ojo avizor por si aparecía en la superficie de las aguas una aleta de orca que estuviera aún sin desayunar. Un cuarto y mitad de yarda más allá, unas cuantas focas resbaladizas, ágiles, astutas..., que jugueteaban en un mundo feliz pero sin contar con el adelantado de Huxley. Y mientras por los alrededores de la playa unos y otros seguían con los quehaceres que proponía el instinto, allá en la montaña, en la isla más septentrional de cuantas pululaban por entre las aguas como nenúfares, un esquimal indómito con pinta de

Anthony Quinn dispuesto a arrojar de aquellas tierras, tal que un arcángel flamígero, a un presbítero ambiguo y cobarde (Peter O'Toole) que al parecer había rechazado el mejor regalo u oferta que podía hacerle aquel salvaje: pasar una noche de amor con su propia mujer. Y mientras el esquimal maldecía y vomitaba su cólera entre los copos de nieve, de lo más alto de las montañas llegaba el apunte musical y dramático de la película Los dientes del diablo de un Nicholas Ray aventurero.

Y un poco más adelante el iglú, el sustituto del proyecto más ambicioso de la decimonovena dictadura, cuyos gerifaltes pretendieron instalar en Arcalón unos grandiosos frigoríficos para canalizar de una manera eficaz y rápida el inconformismo y la rebeldía. Pero el proyecto no fue viable, por lo que los capitostes se apresuraron a eliminar toda la documentación que pudiera implicarles, y, de la noche a la mañana, aquella retrógrada idea se quedó en papel mojado. Así las cosas, y tras un informe elaborado por el Gabinete Técnico del Ministerio de Obras Públicas, parecía que la

única solución posible era dar de baja Arcalón, llenándolo de casquijo, argamasas, mástique, furrufallas... Pero la cosa no gustó al dictador, ni tampoco a los refugiados de Groenlandia, que presionaron y presionaron. Y ante tanta coacción, el prócer, haciendo una demostración de su prepotencia, tomó las riendas del asunto, y así, por las bravas, no sólo le concedió el indulto a la gruta de los hielos, sino que mandó construir en ella un gigantesco iglú, un megacubito, catedral de catedrales para esquimales, que supuso la envidia tiñosa de toda la vanguardia arquitectónica. Y el resumen que se podía hacer era que recibía multitud de visitas, que lapones y fineses lo seguían tachando de artificial, que sus defensores todavía no habían tomado la decisión de okuparlo, que no por ser liso y cóncavo coincidía con la idea cúbica y espartana de un tal Moneo, ni con el revoltijo de planchas de acero y hormigón del Guggenheim..., y, en fin, que las críticas no dejaban de ser halagadoras y constructivas, excepto las de Farvel, el vigilante oficial, que aseguraba que era un plomo de iglú, apto para

ir a las remesas de cubalibres de madrugada. Opiniones varias y encontradas, las de unos y otros, que hacían que la polémica continuara, bien por entregas o bien por episodios.

—Esto no es más que un estorbo —afirmaba sin tapujos Farvel—.

—Yo desde aquí fuera y en la distancia lo encuentro muy estético —le confesó Jonás, también sin tapujos—.

—Mira, muchacho, mide tus palabras y no me hagas perder la paciencia. ¿Qué entiendes tú por estética? ¡Ah! Y no me salgas con ésas de que todo vale, porque, si por mí fuera, muchas vanguardias estarían enterradas bajo mis pies.

—¡Qué barbaridades hay que oír, con la prisa que tengo! ¿Qué hubiese sido, entonces, de el eslogan “la arruga es bella”?

—¿Arrugas? ¿Te estás riendo de mí, muchacho? Me estás...

El vigilante oficial seguía a lo suyo, cabezón de siete cabezas, intolerante, ramboide, metido en sus trece, o en sus catorce, seguro de que el progreso era destruir, y alardear de haber izado la bandera de la intole-

rancia (llevándole la contraria a D. W. Griffith) con una batahola barata e insensata. Pus y locura en vez de palabras, a eso se le parecía su discurso, extemporáneo y peligroso, la voz y el pensamiento de un vigilante encargado de custodiar unas cuantas toneladas de hielo, fíjate, un individuo que, como muchos otros, se esconden entre la multitud como rectos ciudadanos y que en realidad lo que pretenden es crear la confusión y el caos. Fue por éstas y otras cuestiones por las que Jonás se deshizo en cuanto pudo del señor Farvel, adieu monsieur, addio signore, perdóneme pero tengo mucha prisa y estoy algo cansado. De acuerdo, joven, y yo volveré a mis rondas alrededor del iglú. Buenos días; adiós. Y así fue como cada mochuelo se fue a su olivo, y Jonás, de puntillas, comprobando que no había moros en la costa, se dio el piro y, como una nube que avanza a ras de tierra, se fue aproximando hasta la obra arquitectónica más significativa de la decimonovena dictadura: el gigantesco cubito.

Próximo al iglú, Jonás no sólo se asomó por la rectangular y única puerta, sino

que se instaló en su interior. En esos instantes, la fatiga comenzó a hacer mella por lo que decidió tomarse unos minutos de reposo, tumbado sobre unas calurosas pieles, que abrazó con sumo agrado: presto.

El corretúneles se dejó caer panza arriba. Mientras miraba el interior del iglú en una lenta y descriptiva panorámica, intentaba cazar un moco rebelde, sin demasiado éxito. Lograda la dificultosa empresa, depositó el pegajoso fluido en la boca con la intención de saborearlo, primero, y después consumirlo, como era habitual. Satisfecho por las sabrosuras del mocarro, Jonás comenzó a rascarse su espíritu bajo la máscara del placer. Ante el agrado de las caricias, se quedó dormido. Tras unos breves ronquidos, llegaron los sueños.

Primero le tocó el turno a Laima. La imagen de aquella niña azulada con quien se encontró un día de lluvia a la salida de la estación de trenes, bajo una parada de autobús, pasó a ocupar durante unos instantes las páginas de sus fabulosos sueños. Jonás había ido a Bilbao a ver a su abuela, que estaba enferma;

Laima llegaba en el autobús de Málaga, concretamente de Ronda, de pasar unos días con su familia. La noche en la que se conocieron, más allá de la idea del tiempo, el aire tenía una sonoridad especial, como si fuera una campana que sonaba en el vacío, acercando olores, la intensidad del instante... Se enamoraron a primera vista, como un capricho del destino. Los hechos, a medida que los soñaba Jonás, no seguían un orden cronológico exhaustivo. Tampoco era necesario. Las sensaciones y las fantasías envolvían una realidad y un tiempo, en tanto que la mente titubeaba con los recuerdos, las utopías, los deseos, las ambiciones... Todo se mezclaba por momentos durante la necesaria cabezada que Jonás estaba echando en el interior del iglú. Afortunadamente, aquel atolladero de imágenes, poco después remitió. También la fiebre o el cansancio. Y en la tranquilidad del lugar, por fin Jonás pudo seguir soñando: con Laima, con su vida, con su historia reciente y verdadera. Ambos se habían conocido bajo la marquesina de una fría parada del urbano en una noche lluviosa. Regresaban

de un viaje. Comenzaron a hablar sin cesar de observarse, los nervios bajaban hasta el estómago, aparecieron unas sonrisas..., Laima acarició los cabellos de Jonás, surgió el hechizo... Más de dos horas tuvieron que transcurrir hasta que se dieran el primer beso, que sellaba muchas cosas. Y desde aquel día hasta hoy, nunca faltaron a la cita diaria de la una y cuarto en un vagón en vía muerta de la vieja estación de trenes, que se convirtió en su verdadero hogar y en su destino. Confían en que un día no lejano puedan vivir juntos y romper con la rutina que últimamente había invadido sus vidas. Pero no era fácil. Tampoco era la primera vez que Jonás soñaba que aquel vagón en vía muerta se ponía en marcha rumbo a la eternidad, mientras él y Laima hacían el amor, y un sinfín de zeppelin, cometas, globos..., invadían los cielos de aquella ciudad geométrica y paralizada. Otras veces, obviaba las utopías y se pasaba directamente al culo porque, según él, allí estaba escrito lo más hermoso del mundo. Ya ves, un trasero convertido en bicoca. De una forma automática, casi siempre le sucedía lo mismo.

Entre unos cuantos sueños, intercalaba la furia y el éxtasis, el salchichón rozando el culo, escribiendo en él lo más hermoso del mundo: tanga, tanga.

La simplificación glútea de la vida, sus anhelos o quimeras, y su azulada niña habían detenido excesivamente a Jonás. No podía perder más tiempo soñando y rascándose el espíritu, tan tranquilo. Recapacitó y, tras abandonar la comodidad de las cuidadas pieles, pues la estación de trenes quedaba lejos y el no era ningún halcón alado ni maltés, se levantó, se arregló un poco las ropas, se despojó del abrigo de pieles y de las gruesas botas de caminante nórdico, y abandonó el iglú, así como Arcalón.

V

Traspasado el Meridiano de Holts —divisoria geográfica entre el Arcalón boreal y Tubisne—, de súbito se produjo un brusco cambio de temperatura, que bloqueó la linterna, por lo que Jonás hubo de cambiar las pilas.

Hecho el cambio, y gozando ya de un termómetro mucho más templado, Jonás anduvo un par de leguas por la ribera de un reguero poblado de musgos, líquenes, espina-cas y diversos matorrales, comprobando el desarrollo de la faena en los campos: hortelanos y mano de obra barata, emigrantes, ecuatorianos y marroquíes, principalmente, todos en el tajo,

cargando cajas, inclinados hacia la mata de pimientos, hacia el producto y no hacia su dios monoteísta, entre zanahorias, calabacines, berenjenas y lechugas, porque las fresas se dejaban para las polacas, rumanas y rusas, como en un Ejido andaluz y universal, mujeres que, según la versión más perversa, no habían venido a trabajar sino a robarles los maridos a las paisanas, y entonces venían los celos, los insultos, los divorcios... Todo un problema, destabilizador, como el del riego y los Planes Hidrológicos, que se resumían en el precio del agua (a precio de oro y no al que marcaba la solidaridad). Y de ahí que no parasen de subir las hortalizas y de bajar/caer los melocotones al suelo, y las ciruelas, y los kiwis, y no por maduros propiamente, sino por estar podridos y resecos, como se pudrirían los tubérculos sobrantes después de la recolección si alguien no los cogía... Por eso la gente, en sus horas de ocio, se acercaba hasta allí a recoger migajas. Como Severiana, una anciana que, inclinada a la manera de una yogui, llevaba ya unos minutos rebuscando patatas, kartoffels del Jiloca, pro-

ductos para pobres o viejos, la rebusca, la naturaleza sin distinciones, humanos y perros, patatas que parecían corazones y que no eran más que hidratos de carbono, féculas y escasas proteínas, como escasa, insuficiente e irrisoria era la paga de la abuelita, ¡ridícula!, y por eso no tenía más remedio que bajar hasta Tubisne en busca del alimento más socorrido, las chuletas de la huerta, pues desde tiempos inmemoriales los políticos no habían hecho otra cosa que pasarse la patata, la otra, la caliente, sin que dieran una solución. La abuelita de Heidi, de Jonás o de cualquier ciudadano pobre y respetable, dando el callo y la nota, la más humilde, y una lección de orgullo y coraje..., patatitas por aquí, patatitas por allá..., y el cubo se iba llenando de corazones olvidados en las tierras de labranza por las máquinas y los precios.

Jonás, tras conmoverse al ver la gran interpretación de aquella mujer valiente, siguió caminando por la ribera. Un par de leguas... Observaba el estado de la agricultura, de las huertas, cañas y barro, melodramas de entonces, pues la mayoría no eran más que tie-

rras cubiertas por plásticos, invernaderos, rompiendo el orden biológico y los convenios colectivos, y los sindicatos detrás de la noticia pero sin mover ni un dedo excepto la lengua para decir barbaridades en la TV como barrabases recién salidos de un gallinero, dando informaciones erróneas, ya que a los síndicos y los suyos seguía interesándoles sólo los resultados, embrutecidos por las cifras. Y cuando Jonás se cansó de andar, se detuvo poniendo los frenos ABSL, y asistió en vivo y en directo a una reunión del Tribunal de Aguas, que tenía lugar en las alcantarillas pero junto a un pórtico parecido al del Miquelet de la capital del Turia, muy conseguido. Tras un rato escuchando pareceres, la defensa del derecho que tenía un regante, el correctivo que se le impuso a otro señor..., desde ese punto en el que se encontraba detenido, dio un saltito y cruzó el reguero. Y aunque el saltito no fue de altura sino de longitud, Jonás se plantó en la otra orilla como un paracaidista. Pero no tuvo ningún problema. Ya en la otra orilla, fijó sus ojos sobre la planicie, que se prolongaba hasta los muros del fondo, e

intentó pensar que aquello no era más que una broma, una pesada broma; que cuanto veía no era cierto, que no podía ser, que estaba equivocado. Cuanto más miraba —a un lado; a otro—, más se indignaba al ver todos aquellos objetos esparcidos por la superficie, que parecían haberse multiplicado como los panes y los peces. Tan absorto y estupefacto estaba que no se atrevía a mover un pie ni a hacer una sola mueca. Con el paso de los segundos, fue asumiendo la cruda realidad y cayendo en la cuenta que la verde alfombra, perfecta para la práctica del golf y otros deportes, no era sino una (otra) de las muchas barbaries que comete el homo sapiens del Juan de Mairena cuando se convertía en stupidus, como lo demostraba aquella planicie contaminada, contaminante: compresas y tampones usados; consoladores ensangrentados; bolsas de pipas convertidas en profilácticos; gargajos de tuberculoso; ojos de cristal para juegos de canicas; manojos de miembros ortopédicos; gasas y esparadrapos impregnados de pus; frasquitos milimetrados con líquidos matinales para su análisis; ham-

burguesas de pene de mandril, lechuga y queso, rociadas con un chorrito de jugos pancreáticos; metros de intestino acordonando placetas recientes; trocitos de almorranas; vísceras de todo tipo; pañales olorosos y chorreantes...; y, en fin, exhaustivos componentes de un indigesto lunch/brunch, entre los muros y el reguero, sobre el césped, sobre el mantel o el tapete, todo ahí, desechado y amontonado como si nada, porque sobraba, porque estorbaba, porque molestaba, y la opción era echárselo a los demás o verterlo en una fosa común (¡que se jodan!), encima o debajo, sin, con, sobre, tras..., donde sea, donde quepan esos materiales, que no son otra cosa más que los protagonistas o figurantes de un vergonzoso documento público, de una sociedad: suciedad.

Jonás continuaba su camino y prefería no mirar el atroz espectáculo. Tubisne, entonces, comenzaba a doblarse, viniendo una ligera curva, desde donde un operador, pegado al visor de su Ikegami, captaba el real y esperpéntico drama, como material denunciador. Jonás dobló la curva, y el inesperado

encuentro con la cámara le obligó a mover los brazos para no perder el equilibrio.

—¿Te he estropeado la toma? -preguntó Jonás-

—No, no te preocupes. Estaba probando -le contestó el operador-.

—Si quieres, te ilumino con mi linterna.

—No es necesario. Además, he de esperar a los joyeros, que suelen venir algo más tarde.

—¿Los joyeros? ¿Y qué se les ha perdido aquí a los joyeros?

—¿Perdérseles? Nada. Vienen a buscar.

—¿Buscar, qué?

—Rubíes, esmeraldas, diamantes... Los sacan del fondo del reguero.

—¿Dices que sacan piedras preciosas del reguero?

—Sí. ¿Tú no sabes que sobre Tubisne se alza la mansión del sha Mahmud al-Qadr?

—No, no lo sabía.

—Pues así es. Y en ella se celebran muchas fiestas.

—Pero, insisto, ¿y los relojeros?

—Pues es muy sencillo: los cocineros del petro-árabe adornan con joyas los platos de los invi-

tados. Alcanzado un cierto nivel étílico... Los relojeros, cautos ellos, colocan una red en la parte más estrecha del reguero, y sólo tienen que esperar a que los señores caguen.

—¿Y?

—Botín asegurado.

El operador, que era freelance, aprovechaba el día de huelga para sumergirse en el vientre de la tierra (o de la ciudad), y sacarse con aquel reportaje un dinerillo. Con prisas o sin ellas, debía esperar la llegada de los relojeros. Jonás, por su parte, jugando siempre con el tiempo (el restante, el sobrante...), no cesaba de hacer preguntas. La cámara seguía apuntando hacia aquel espectáculo atroz.

—Tubisne era un impresionante paisaje.

—Este documental que estás grabando, ¿es para la televisión?

—Qué va. Es para una asociación de biólogos que ha programado una serie de conferencias sobre naturaleza, ecología, medio ambiente, ecosistemas y todo eso. Tratan de concienciar a la gente. Al parecer, también quieren pasar una copia a las instituciones.

—Pero luego, todo esto no se queda más que en teorías, en un cuento...

—En una comedia.

—Pero si la comedia es obra de moralistas. Esto será un cuento lleno de personajes con las uñas sucias.

—¡Qué negro lo pintas!

—¡Qué verde era mi valle!

El operador volvió sobre la cámara en cuanto llegaron los relojeros y Jonás terminó de recorrer la parte de césped que quedaba. Caminaba, miraba hacia la izquierda, al suelo... Un papel, otro..., un periódico... Jonás, indignado, le dio una patada al periódico, que terminó por desarmarse, quedando abierto por la sección de Cultura, donde en un rinconcito de la primera página citaba a los escritores que habían sido propuestos para entrar en La Real Academia de la Lengua (la Almudena de la Lengua). En negritas y mayúsculas ponía: Arrabal, Bonald, Umbral... En cursiva, el director de la institución había añadido a aquella terna o triunvirato un dictamen no vinculante: ¡Al!

Leída la sugerencia, Jonás dejó caer las hojas del periódico. Al segundo, volvió a inclinarse para recogerlas, por puro entretenimiento, sentándose en uno de los bancos de madera que había en el césped. Comenzó a hojear/ojear... Y que si tinta contra el sentido común, la indignación ante los sucesos del mundo, el miedo invadiendo deliberadamente las frases y las noticias... Cosas que arredraban y entretenían, porque era sabido que el pueblo soberano preso de la jindama pasaba a ser manejable. Pero, ¡alto!, un pueblo si era manejable no podía ser soberano, pensaría un lector capaz de discernir. ¡No digas tonterías, bocazas, y continúa leyendo!, agregó el político de turno, al que le interesaba un mundo idiotizado para seguir haciendo de las suyas. Próceres con pintas de querubines y progresistas que se rodeaban de gobernantes casposos, mientras osaban afirmar una cosa tan peregrina como ésa de que nadie estaría por encima de las leyes. Y entre tanto los banqueros, la gran y legitimada delincuencia, que no conseguirían reponerse del ataque de risa al escuchar esas

irresponsables e infantiles declaraciones (Del Pozo, dixit). Y Jonás sintiendo añoranza por los momentos históricos que jamás había vivido, por aquella época en la que no se hablaría de reformas o transiciones sino de revolución. ¡La Marsellesa! Pero como no se daba el caso..., todo se quedaba en añoranza y en seguir penetrando en la letra, en aquellas sábanas perturbadoras donde la geografía del poder se extendía como la tinta del calamar, página a página. Letra sucia, nacional e internacional, versiones oficiales de lo acontecido o de los grupos de presión. Todas ellas un manojo de mentiras con las que domar a ese pueblo soberano/veterano, qué coñac, como si de fieras se tratase. Del editorial a la tribuna libre; del apartado de opinión al de economía... No se salvaban ni los anuncios breves en los que un tipo vendía una cama y un ordenador portátil, un chico unos patines, y una modelo hacía saber que prestaba sus servicios a cambio de una cantidad de dinero. También venían los alquileres y la venta de pisos. Total mucho sexo y mucho chalet adosado, mafias a fin de cuentas, como las que moví-

an los hilos del fútbol y que sorprendentemente aparecían en las páginas dedicadas al Deporte en vez de venir registradas y perseguidas en los artículos del Código Penal o el Código de la Risa, porque hay cosas que son de risa, como que tú valgas treinta millones de euros y aquel señor jubilado cobre cuatrocientos setenta con veinticinco al mes. O que el salario de un diputado esté por las nubes y el interprofesional no dé ni para sardinas. ¿Y cómo ha dicho que se llama ese sistema o esa ficción? ¿Democracia? ¡Eso más que democracia es estadística! Por que ha de saberse que la política se hace para los tontos ya que se supone que los listos también la entienden. Bueno, además de conocer muy bien las cuatro reglas: sumar, restar, dividir y multiplicar. Y, por fin, los columnistas, y... ¡Qué horror! Me ha decepcionado usted, literato de postín, pensó Jonás nada más comenzar a leer al primero de ellos. La voz de su amo, serviles, periodistas o literatos que no sabían más que poner el culo en el butacón, la mano en forma de cazo para cobrar, el vaso sobre la mesa para llenarlo de cubitos y whisky, la ventana abierta

para escupir a la calle... Columnistas jónicos, dóricos y corintios, también rococós, de mucha floritura y poca esencia, ya que la verdad estaba cara y era escasa. Papel al peso: un euro por sesenta u ochenta páginas manchadas en su mayoría por la turbiedad, la filfa y las tulliduras, locales y nacionales, lean, señores, lean, desinfórmense, y pasen página, por favor, y entonces, al pasar la página, venía la programación de las cajas tontas, teuves públicas, privadas y previopago, la TV de la audiencia/indecencia, oligopolios financieros y de opinión con una parrilla donde asan la basura, en la que algunos periodistas ponen la cara y el gesto y son capaces de dar la noticia que sea y al revés, y no por ello se rasgan las vestiduras o se marchan a sus casas cabizbajos y apesadumbrados, con la conciencia intranquila de no sentirse fieles y limpios (claro que para eso han sido educados; como si a alguien lo educan para matar, que va y mata). Les importa un bledo. Venden lo que sea; eso sí, dosificado: cada día un poco de cicuta televisiva e información rancia. Y, palmo arriba, palmo abajo, ése

era el periódico que Jonás leía en Tubisne.

En ésas que le dio por girar el cuello como una jirafa y, no muy lejos del banco en el que se hallaba, descubrió la entrada de una cueva: Altamira, mírame. Como era muy atrevido (y no menos curioso), decidió entrar. No llevaba ni una docena de metros, cuando se topó con Atapuerca, las edades del hombre y todo eso..., y que, pensado fríamente, no son más que las de la infancia, porque de alguna manera siempre estamos reviviendo la infancia. También, al hablar de Atapuerca, podemos estar hablando de un estado mental. Y entonces ésta se multiplica en muchas atapuercas: en las casas, en las calles, en el comportamientos de los ciudadanos..., ya que, a pesar de la modernidad, el ser humano no había avanzado. Con lo que cabría preguntarse si modernidad no sería un sinónimo de incultura. Lo cierto es que se confundían los términos: tecnología, avance; humanidades, retroceso. Pero de lo que no había ninguna duda era sobre aquella realidad pintada por nuestros ancestros: un bisonte que huía del cazador, un ciervo..., una

raya, un arco, una flecha... Todo pintado con sangre, como la Historia misma, la de los unos y la de los otros, por mucho que se empeñase la Gauche Divine en desmentir, en mitificar lo evidente, o en decir que en aquellos países y en estos ataban los perros con longanizas y se comían churros con chocolate. Y luego, cuando los telones se elevaron, a tragar saliva. Hubieran estados más guapos callados y mirando cómo la vida y la obra de nuestros antepasados caminaba a la par en aquella cueva, en aquellos años difíciles y duros, de penas, de luchas, de una odisea en la tierra y en el espacio, al ritmo de Strauss y Zaratrustra, a golpes de quijada de burro para domeñar a los rebeldes, aceituneros altivos, con la voz y el tiroriro adormecedor de Paco Ibáñez en el Olimpia de París, lleno hasta el anfiteatro, porque, a quien le preguntes sobre aquellos luchadores por la libertad, que, dicho sea de paso, luego cambiaron por un buen despacho y los sueldos de escándalo, a cuantos les preguntes, todos te dirán que estuvieron allí, ya fuere en el mayo del 68 o después, de recital en recital, de

Leo Ferré a Lluís Llach, afrancesándose, llenando sus bolsillos de bohemia y pedanterías, militando sin militar (si todos estaban allí, París en aquellos instantes debería tener al menos unos veintitrés millones de almas, ¿no?)... Años después, unas cosas las tiraron en el trayecto de vuelta (eso suponiendo que hubieran estado en aquel París hechicero) y otras las olvidaron nada más llegar. ¡Libertè, libertè...! ¡A la Bastilla! Si Rousseau levantara la cabeza... Y ya de vuelta, más tonadillas de poetas que se ponían de moda, coreadas a la luz de las llamas de miles de encendedores de gasolina, con un fulag al cuello adquirido en el Mercado de las Pulgas (¡Palestine, Palestine..!, coreaban), recordando a los vecinos de butaca durante el descanso del concierto que ellos tenían guardada para la posteridad una fotografía en Montmatre, rodeados de amigos y militantes, de estudiantes de tesinas en La Sorbona costeados por la familia o por papá, que se habían largado hasta allí para aprender el oficio de la retórica y el engaño, y codearse con cuatro exiliados que las pasaban putas o de pena, pero que

les servían de coyuntura para relacionarse con los líderes que más tarde les darían oficio, puesto y relumbrón. Pero a la vuelta (y ellos lo sabían y no hicieron nada), el pueblo seguía en las cavernas, en la atapuerca del pasado, mirando al animal que cada uno llevaba dentro y que cada dos por tres se le escapaba sin que pudiera sujetarlo. Y vinieron las revueltas, hacia palacio, contra el patrón, ¡jea!, que el abuelo Victor/Vitor fue picador allá en la mina, en Mieres, mocina y qué guapina yes, y no quedaba otro remedio que luchar o competir, Víctor o Victoria, la película, el triunfo con Stallone y Pelé, entre otros, y algunos hombres buenos. Y eso mismo pensaba Jonás en aquellos momentos, que algo debía de cambiar en Tubisne, o en aquella sociedad en la que le había tocado vivir. Y mientras le daba al pesquis no cesaba de mirar aquellas pinturas rupestres: qué venado, qué hembra preñada..., qué pintores... Sí, todo muy lineal, como se quiera, pero qué fuerza tenía aquel trazo, tanto como la de Belcebú, aquel perro que crió el Tío Cosme en las montañas, donde vivía, en otra cueva, solo, en com-

pañía de su perro, una perdiz y dos sisonos, allá en la Tagardilla, en el valle del Manil, como un bucólico universal, otro, un Dersu Uzala enigmático y eterno, qué sana envidia, y una vida acorde con el pensamiento y con los hechos, con el hacha y el beatus ille, y sin la necesidad de tener que hacer el ridículo presentándose a las listas de los Verdes por el Ayuntamiento, ecologistas de papeleta, o de pedir el 0'7 en tanto viven como dioses, lameculos, marxistas en coches de cuarenta o cincuenta mil euros... , y ya coloco a mienmano, el meu germá/yermá de Antonio Burgos, y me voy de montería a Ciudad Real o a Cazorla, y luego pido por una ciudad limpia, y que el personal recicle, y que plante árboles, pero, ¡ay!, si por un casual el bosque se quema o se desborda el río, entonces ya no serán de todos sino del pueblo, que es el que tendrá que ir a arreglar el desaguisado, pues nosotros bastante será que les ofrezcamos la logística y hacer unas cuantas llamadas, créame. Y así se sucedían los discursos, y los monólogos, y toda la palabrería en la mente de Jonás, en tanto que seguía casi hipnotizado

con aquellas pinturas: Altamira, mírame. Porque como decía De Gregorio la geografía ordena y la Historia obedece. Y el tiempo apremia. Y fue justamente ahí, al oír esa frase en off, cuando Jonás recapacitó y salió de la cueva a la carrera. Hizo los cien metros lisos en siete segundos sesenta milésimas, respiró, y se secó el escaso sudor. ¡Qué atleta! Había llegado a la linde. Antes de proseguir, miró hacia atrás, detuvo la mirada sobre aquel infernal facsímil y con el pie puesto ya en la siguiente alcantarilla y el brazo en alto como un camarada, se despidió del operador, que estaba a lo suyo: ¡Ha sido un placer!, ¡hasta luego!, ¡que te vaya bien...! Los relojeros, ni se inmutaron: con tantas joyas, relojes suizos (la Suisse, Switzerland..., one point/un pun, el país neutral por antonomasia, qué trola, che, si es donde se guarda el dinero más sucio del mundo, y el dinero, como se sabe, no es neutral/natural y siempre anda manchado de sangre), relojes suizos, repito, Rolex/Trolex, becerros de oro en miniatura... Los cubos a rebosar: el niño, la mujer, la muchacha de servicio... A destajo, a toda prisa... Separar, lavar, secar..., y

al saco ¡Qué manera de reciclar! A continuación, Jonás puso el otro pie y ahí te quedas Tubisne.

VI

La cloaca Paidós vino a estrellarse en el rostro de Jonás convertida en un revoltijo de galletas y chocolate, palomitas, cacahuetes, gusanitos, chicles, globos, serpentinas, polvos de colores..., incluido un gargajo verde de algún zangolotino tuberculoso que voló como un OVNI ¡Toma piñata! La cara como un clown, la camisa hecha un asco, el ojo a la virulé con aquel gapo que parecía tocinillo de cielo a la menta o gelatina dulce... ¡Qué marranada y qué asco! Paidós, más que una cloaca, era un liceo multidisciplinar (Universal School of struggle) que no respondía a unas raíces concretas y clá-

sicas ni a unos cánones, y mucho menos a ideas preconcebidas, pues a los pocos segundos de aterrizar en ella, fuere quien fuere el osado, pasaría a calificarla como la caverna de la chiquillada y el desconcierto, o lo que es lo mismo un nido de macucos y gurruminos, que, según edades, se distribuían en tres zonas (Lionel, Tomaldi y Príamo), hasta donde descendían los pitusos, muñequitos y chofistas de misa y olla con la ayuda de un inclinado tobogán: con acervo, con prisas..., ¡toma codazo!, a saltos, a empujones..., camino de las aulas, en las que los púberes entraban a tumba abierta, dejando caer los libros en el pupitre como si fueran un estorbo, un lote de papeles absurdos, a punto de comenzar la clase, un instante de traca, de silbidos, tronco, qué blusa más guay, tío, y a mi me mola tu carpeta, y a mi tus botas con cámara de aire, y qué pasada, y qué pantalones tan raperos..., qué guachis, joder, y qué gafas de sol tan fashion, qué monas, y ahora nos toca con don Fernando, el de Mate, qué rollo, porque de no ser así, nos dábamos el zuri a ver lo que pillábamos, pero lo tenemos muy

mal, gafitas, todo el día con las putas clases... Salía el gilipuetas de Matracas y entraba el pesado de Lengua, don Aquilino, que estaba loco y más salido que las maracas de Machín, y se pasaba todo el día pendiente de su empalme (y no el de Barcelona, al que llaman Ensanche), de colocársela a un lado, el izquierdo, ya que la perindola es como una de esas serpientes amaestradas que suelen tener una cadencia muy definida, como si de una desviación divina se tratase. Y terminaba don Aquilino, que, antes de marcharse o de borrar la pizarra, se volvía a colocar la guinda masculina, y llegaba la Beni, doña Benita o doña Beneficencia (el nombre iba por días), la nazarena de aquellos bodoques, además de ser la inconfundible profesora de inglés, y no por su labia, sino por su cuerpo, que era ¡explosivo!, como podían comprobar todas las mañanas del mundo los veintitantos cuadrúpedos del aula 2bis a los que durante casi una hora la guiri les enseñaba discretamente más de un kilómetro de piernas, tremendas, tanto que los escolapios no sabían ya qué pensar, porque aquello más que un par de jambas con

fundamento era un desafío a la libido. Y detrás de la una el otro, el sotanosaurio o el tutor, la Religión con nota por mucho que diga la Constitución a cerca del laicismo, y que no me entere yo, sí, señor director, que es considerada como una de las tres o cuatro Marías. Nada de eso. Mientras yo siga siendo quien soy el que quiera aprobar la Religión no le quedará otro remedio que aprenderse de memoria La diáspora de la Iglesia. ¿Entendido? ¡Sí, señor! Y de las Marías a las Pepas, y el desfile de profesores que seguía hasta la hora de comer y también por la tarde, como quedaba especificado en el tablón de anuncios: horarios, clases, algún decreto, fotocopias del BOE..., y muchas ofertas de ventas, trabajos, servicios... Vendo Aprilia 50cc; precio a convenir. Compro Nikon última generación en perfecto estado y lo último de la música hip-hop en cedés. Busco perrita caniche pelo blanco que atiende por Charlie; se recompensará. Inglesa nativa (no confundir con Glenda Jackson) daría clases de inglés a cambio de un poco de romanticismo: interesados llamar al teléfono 630 28 13 09. Chica rumana

se ofrece para..., ecuatoriana, dominicana... Y así, el tablón de anuncios se convertía en un inmenso mapa de muchachas que se ofrecían para la limpieza o la cocina, canguros, nurses, fregonas, recogeniños, ayas, nodrizas, asistentas, doncellas..., gracitas morales haciendo de fregatices que gritaban con voz de pito lo de ¡señorito, señorito! y que a buen seguro obligarían al mismísimo López Vázquez a refunfuñar la archiconocida frase de ¡Cómo está el servicio!, sobre todo en las películas, puesto que la Gracita Morales del teatro era otra bien distinta, como apuntara Fernando Fernán Gómez, que no sé en qué página de un libro o en una entrevista venía a de decir que Gracita, cuando trabajaba en el teatro, antes de comenzar la función de la tarde, se asomaba por una rendija del telón, miraba la sala de butacas, y, al ver a las señoras, porque el teatro de siempre fue una cosa muy de señoras, decía: —"¡Ya están aquí las hijas de puta éstas!".

Paidós no tenía nada que ver con ese colegio público que cofundara Francisco Lara con otros profesionales y que atendía por

C.P. Palomeras Bajas, un centro donde educaban para que los chavales fueran libres, y uno de los escasos modelos de autogestión escolar en el que se implican los profesores, padres, alumnos... Palomeras era una comunidad educativa. ¡Y sin recreo, que ya era decir! Paidós el reverso y el despropósito. ¡Qué contratos! Esto venía a ser una “Rebelión en las aulas” provocada y consentida, con los pobres maestros obligados a hacer de domadores, añorando ser sustituidos en aquel tinglado por un puñado de marines o por un dómine cabra que lograra sujetar las ínfulas de aquellos potrillos, que olían más a soberbia que a Nenuco. Bebés, párvulos, adolescentes... ¿Élites o satélites? Cada cual con cada quien, de la guardería al preescolar pasando por las garigolas donde se adoctrinaban a los estudiantelos (“Semos estudiantes; nos puede abrir”, dice un goliardo, a lo que el ama de la posada contesta, tras la rejilla de la ventana: —“Estudiantes y semos?”), barbipungentes, pascasios, boys scouts que se movían entre la necedad y la violencia, calabacines diciendo groserías que no dudaban en

mostrar su arma blanca reglamentaria o ir a su taquilla a por la recortá, porque de siempre al craso le gustó disparar al tuntún, o dejar la mano tonta a su libre albedrío y sin control, imitando en su respuesta al animal que se halla acorralado. Sin embargo y como contrapartida, desde medios muy próximos al Ministerio de Educación y Ciencia, se decía que Paidós debía ocupar un destacadísimo lugar en la preparación de los futuros mandatarios y pulchinelas, tanto a nivel nacional como internacional.

Opiniones y valoraciones, cuando estaban a punto de salir de clase unos, los más mayores, mientras otros, los peques, disfrutaban ya del recreo. De Lionel a Príamo pasando por Tonaldi, del preescolar a la ESO, la OSA, OSE o como le quieran poner (llamarle a la enseñanza casi como a una marca de detergente, ¡qué cosas!). Bachilleres y adolescentes, todos en un mismo molde, niquelados por el pánico, pasados por el tubo, allí, en la tubería de la maldición, en aquel chiquero laberíntico..., de punta a punta... ¡Rinnnggg! Ahora sí que sí... Jonás dejó de limpiarse el escupitajo, evitando

llamar la atención. Pero no lo consiguió. En cuanto los muchachos comenzaron a salir al patio y lo vieron allí detenido como un pasmarote, se fueron hacia él.

—Hola, ¿quieres disparar a la diana? -preguntó uno de los chavales-.

—No, gracias, yo tiro muy mal— contestó Jonás-.

Una contestación escueta y rápida podía servirle de estrategia para no entrar en ese juego peligroso de preguntas y respuestas. Se hizo el remolón, dio un giro de ciento ochenta grados y se puso a mirar hacia otra parte, el este, por donde salía el sol, la verdad o la fumata bianca de las cocinas, el humo formando una burbuja que le ayudaba a ocultarse de aquella multitud de mocosuelos y pouppèes, niñas rollonas y marmotas, el copín del destete y los albores de la vida. Y así, envuelto en nubes de algodón como un ángel exterminador o una aparición fantasmagórica, dio dos zancadas tal que un ganso de las marismas y se plantó detrás de un edificio calatraveño en el que se hallaba la Secretaría. Y mientras terminaba de

limpiarse las manchas y los restos de flemas, escuchaba a los funcionarios hablar sobre aquella cloaca, pros y contras, información privilegiada, de primera mano, que le darían una idea más exacta de cómo era el lugar en el que se encontraba. Pero antes necesitaba relajarse. Suspiró profundamente y se fue dejando envolver por los comentarios de los funcionarios, que ya no eran los de la galbana, sino elegantes Dolce e Gabbana, opositores en condiciones, cuyas palabras salían volando por las ventanas abiertas, y la mayoría ya estaban con el bocadillo, la pulguita, el café, la infusión, el tentempié de la mañana, más mujeres que hombres, taquimecanógrafas y economistas, datos y dinero, delincuentes morales, y mucho cansancio psicológico en aquellas oficinas, también en los rostros, que intentaban enderezar hacia la sonrisa con el comentario marujil de lo que habían visto la noche anterior en la tele o los affaires del fin de semana. Compras, salidas, cenas, visitas... Luego, entre líneas, entre bocado y trago, el comentario jocoso y pendenciero acerca de tal profesor o mandamás, sobre los

chicos..., que si Marcos Lafuente era hijo del presidente de tal petrolera y Daniel Morcillo de una diputada de los Verdes, y Lorena Masiá sobrina de un conocido restaurador... Comentarios y contradicciones que se aireaban a la hora del desayuno en la Secretaría, además de una retahíla de palabras convertidas en verbo y sátira, catilinarias de funcionarios, mujeres y hombres que necesitaban echar la madeja, las objeciones más impulsivas, hablar y comer, acciones inevitables como lo era trabajar, tres cosas a la vez en un mismo sueldo y contrato, como toda trinidad, que le llegaban a Jonás en distintas voces y modos, panegíricos que provocaban la tos y de pronto salía disparado de la boca el trozo de tortilla, que obligaba a beber agua y a soportar unos golpecitos en la espalda. Es que te pones como una fiera, Magdalena; sí pero es que si no grito y digo esas cosas reviento, y, la verdad, prefiero toser, porque esa gente no merece nada mejor que el insulto. Anda, bebe, mujer, y no te sofoques, que te voy a contar un chascarrillo; dime, dime... Y todo volvía a su ser y el resto de buró-

cratas a lo suyo, excepto uno de los cagatintas que se quedaba apoyado en el quicio de la puerta, fumándose un cigarro y sacándose los restos de comida con un palillo, y una oficinista muy gorda, la Espe, que se echaba al suelo como podía, y que con verdadero esfuerzo y un tremendo pechugón conseguía llegar a diez flexiones, cuerpo tendido prono, arriba, abajo, sin tocar ni rozar el parqué, una, dos..., y no había hecho más que terminar y ya estaban todos los compis irrumpiendo con un aplauso merecido y unánime como si de una medallista olímpica se tratase: ¡Bravo Espe! ¡Tienes más coj..., perdón, más ovarios o lo que sea que el caballo de Espartero! Demasiadas emociones, sobre todo al ver cómo una persona se superaba a sí misma. Todo en unos minutos, en Secretaría a la hora del bocadillo y..., que si pásame unos Dina-4, Pepe, y que si eres un pesado, Marianín... ¿Os habéis enterado que nos van aumentar el 4% de la paga extra? ¿Nooo...? ¡Sííí....! En la próxima ya vendrá el aumento. Ay, pues yo con eso le voy a comprar a mi hija la muñeca de trapo que le había prometido. ¿En

ASÍ? No en Navidades. No, si te estaba preguntando por la tienda... Me da igual una que otra, ASÍ que ASÓ. Mira, rica, yo quiero una señora muñeca y no un robot. Y las bromas te las guardas para el cabrón de tu marido. Sin insultar, Susana. No te pases que todas tenemos reproches bien guardados, ¿eh? Además, mejor tener cuernos que no colesterol. Venga, dejadlo ya. No..., si yo... Y la refriega se quedaba en agua de borrajas y el trabajo que continuaba, entre ordenadores y máquinas: la de taladrar, la de las grapas, las de escribir (una vieja y mecánica, y otra eléctrica), la de encuadernar, la fotocopidora, el escáner, la trituradora de papel... Las máquinas, el hombre y el tiempo, ¡qué disyuntivas!

De pronto, Jonás comenzó a ver que junto a los párvulos, en vez de profesores o vigilantes jurados, se hallaba un ángel de la guarda que parecía una aparición. ¿De dónde había salido?, se preguntaba. Un tipo que le recordaba a aquel otro que venía dibujado o pintado en aquellos cuadros que había colgados en las paredes de las habitaciones de

muchos hogares de los años sesenta..., en los que se representaba a unos niños jugando a la Gallinica Ciega y, muy cerca de ellos, en actitud vigilante, aparecía un espíritu o un adonis que procuraba que no cayesen a un aljibe próximo. ¡Qué similitud!, se decía Jonás, sin cesar de mirarlo. A veces lo confundía con el Miguel Ángel de Buonarrotti y al que sólo había que darle un martillazo en la rodilla para comprobar si era real y estaba vivo, y otras, como si de pronto cambiaran los esquemas, este ángel tenía unas trazas de tía que se asemejaba más a una barby de Pronovias que a un guerrero enviado desde los cielos. Y a las pruebas podemos remitirnos: si todo transcurría normal, perfecto; pero si los niños (un suponer) no se estaban quietos con la simple y estática presencia del atalayero, quien aparecía era Roberta, una señorita con más tildes en sus órganos sexuales que la capital de Aragón (que se acentúa en todas: Zárágózá), labios de pitiminí y una cabellera estropajosa poblada de rulos de plástico, mandando regocijo (primero mezzo forte, a continuación forte y después fortísimo) calma y

orden, ¡compórtense!, por favor se lo pido, no me gustaría..., achiss, perdón, no me gustaría, repito, actuar de otra manera, pero, ¡por la memoria de mi padre y del presidente de la fundación de este colegio!, ¡juro que si no os estáis quietos...! Si lo conseguía, todo resuelto, y el testigo de vigilancia volvía a manos del querube travestón, pero si no lograba calmar los ánimos con sus arengas, llamaba al tío del Saco. Y esto era así porque sabía que ésa había sido otra de las quimeras históricas con las que asustar y, de algún modo, domar a los chaveas díscolos. ¡Que viene el del sacooo! Y el rebaño se aquietaba. Y no por la forma de ejecutar, de impostar la voz (piú mosso, dulce, perdendosi...), sino por el fondo, lo que suponía evocar a una figura que representó el miedo y el pánico en muchas infancias, la idea de un ogro convertido en un viejo hombre, un vagabundo, el Sam europeo, el gandul eterno, el pobre legendario, el sucio, el malo, el oncle... O se comportaban o en unos minutos, llegaría, los raptaría cual Quasimodo, vírico y clónico, los metería en un enorme saco y se los llevaría al campanario de

Nôtre Dame. Y de esta manera fue como acalló a la chiquillería. En seguida, la paz perfumó de nuevo la atmósfera, lo rancio comenzó a oler a azahar, y la serenidad reinó entre los nenes, que volvieron a sus juegos y danzas..., ¡ay!, vamos, salta pollito, muy bien, ¡ajo mi niño!, corre, corre..., ¡bravo!, bien por mi rapacejo..., ¿y qué quiere mi amor, eh?, ¿qué quiere esta cosita...?, caray con el chiquirritín, no se está quieto ni un momento (maldecía en voz baja el celador afeminado), y ya le tiraba de las orejas, o imploraba al Santísimo, pero ni por ésas, porque los niños no tenían conciencia de lo que suponía una oración, y menos una plegaría tan ñoña como aquella, oye rico, no te burles de mí, mamarracho, desagradecido, y las quejas que proseguían y el desmadre también, en el patio, a cien pies bajo el asfalto, en los sótanos metropolitanos, en una tierra furtiva en la que daban tres cosechas al año: legañas, mocos y meados. Y el cacorro sucumbiendo ante las agresiones verbales de los churumbeles, pidiendo auxilio o S.O.S, aclamando al Samur y a los loqueiros, de infarto, llévenme, por favor, se lo supli-

co, enciérrenme para toda la vida, yo sólo quiero ser feliz, una ayuda, sáquenme de aquí, porque yo no soy dueño de mis actos y me temo lo peor. ¡Socorroooo! Y allí y así (esperando la llegada de la ambulancia y una camisa de fuerza) se quedó aquel angelito, entre la locura y la necedad, como un Luwig II de Baviera, víctima de aquellos bitongos irreflexivos y crueles. Por eso, Jonás, abstrayéndose por unos momentos de la proximidad de los chicos de aquel colegio privé e elitista, se encomendó de nuevo a las alturas, y por la escalinata de hierro llegó hasta la calle como un ladrón o un gato persa. La situación, realmente, era la misma o parecida que la de vez anterior, en otro tramo de la ciudad, un kilómetro más atrás, palmo arriba, palmo abajo; un bis prolongado de otros intentos: una caída de brazos que rayaba el cien por cien de la inactividad. Y de nuevo el asfalto, el rey sol, una calle perpendicular y dos paralelas, más una plaza, como célula madre o nexo de unión de una barriada de pequeños burgueses.

Las paralelas no eran dos barras donde ejercitarse como atletas sino dos calles

de diseño, parejas y uniformes en colorido y simetría: una con un prohibido circular a la derecha; la otra, a izquierda. Salida y entrada a una barriada de clase media. Visto de otro modo, se asemejaba más a un circuito de Fórmula-1 que a un barrio entre tranquilo y exquisito. La diferencia estaba seguramente en la ubicación y en sus nombres: la calle de Roberto Tébenes Girón y la dedicada a Martín. Dos hermanos, el uno pintor y el otro fotógrafo, dos paralelas con un trazado calcado al milímetro del croquis, del boceto, entre la vanguardia y la funcionalidad, los comercios, las fachadas, las arquitecturas, y también las farolas, los bancos para sentarse... Todo a juego, incluidas las papeleras, que eran unos conos gigantes y naranjas muy parecidos a un cucurucho de helado, los bancos verdes, en contraste, las farolas negras negrísimas, entrando al trapo de los opuestos, que siempre se atraen, y el resto en marrones (fuertes y claros; de menos a más) y beiges. Paralelas siglo veinticuatro, futuristas, proyectos para llevar a cabo en Marte o Júpiter cuando sean habitables. Calles para burgueses y algún que otro

burger, frívolos y desparasitados, familias de yuppies y dins, el enfriamiento ideológico y la pulcritud y los cuellos abotonados y las mangas de la camisas, todo atado y bien atado en pos del bienestar, el propio, a los demás que..., los demás que se busquen la vida, modernidad e incultura dándose la mano, lavado de imagen, blanca y vacía la memoria, la nostalgia, y la vida. Y al filo, la transversal, la que sube y baja, la calle de Victoriano Rojas Freixas, uno de los mejores cuentistas del otro siglo que vivió con lo justo y murió solo, ante la indiferencia de los que se dicen ser los grandes escritores, muchos ensalzados por los críticos, sus amigos, y los editores, sus amos, cuando esos siervos de la pluma sabían y saben que donde se da realmente la talla es en las distancias cortas, como la daba Monterroso, que escribió el cuento más corto de la Historia de la Literatura. Genio y figura, y una gran calle, larga, y ancha, de sube y baja y en la que hay que detenerse a respirar porque no se puede hacer toda de un tirón. Y abajo la plaza de de María de Portugal, donde sólo hace ruido la fuente y las campanas

de la pequeña iglesia de San Nicolás: tilín, tilón. Todo un lenguaje: ¿A qué tocan? ¡A arrepentimiento! Y allí te podías encontrar a los fieles inclinados, con el corazón jugando al escondite para no enturbiar el pensamiento. El incienso adormecía las conciencias y creaba la atmósfera idónea para la redención. Las faltas veniales iban con el primer rezo. Las otras... El silencio inundaba el recinto sagrado más allá de las bóvedas. Tan, tan, tan... “Abuela, que todavía no es la hora. Es el primer toque”, grita Macarena a su abuelita. Y al otro lado de la tapia, se hallaba la embajada de Austria. Cerrada y escoltada. Poco o nada que decir. Y la mirada que sigue girando, y viene un gran edificio, y otro portero, pero éste uniformado, uno de ésos conserjes que llaman de don hasta al perrito de la señora. Ventanas y pisos, once en total, y en la planta a ras de calle El Imperial, un cine en el que los acomodadores y la taquillera son los mismos y visten igual que el día que se estrenó Lo que el viento se llevó, y donde reponen Perversidad, con un Edward G. Robinson haciendo de cajero de un banco,

tranquilo y gris, y aficionado a la pintura, y una Joan Bennett de ensueño, enamorada de un canalla. La cinta destilaba tufo a perdedores en blanco y negro, a ambición, a sumisión..., un prodigio de película en la que la sensación de pesadilla no se evaporaba de la pantalla en ningún momento, si bien ahora, con los tiempos que corren, esa historia se hubiera mezclado con palomitas de maíz y bolsas de patatas fritas, porque se va al cine a merendar, a cenar, y a dormir, y el personal no se despierta ni con los tiros, que hay muchos, sino con el móvil, y sobre todo cuando encienden las luces de la sala, mientras sale el The end. Y sin nada más que relacionar o detallar, el siguiente paso que le quedaba dar a Jonás era regresar por donde había venido: baja que te baja eslabones de la escalerilla hasta dar de nuevo con la cloaca. Y de ahí a la muralla que separaba Paidós del Conducto de Las Regatas. Dentro de nada aquel sitio le sonaría a chino, sin importarle un pimiento si allí llegarían a sucumbir muchos o pocos puericultores, pediatras y pedagogos, ya que sólo pensaba en volar como una burbuja

hasta la siguiente tubería, que quedaba a un palmo, al lado. Pero antes había que pasar algunos obstáculos, amén de saltar el muro (Berlín/Palestina). Y mientras saltaba, le venía a la memoria Laima, su sonrisa, su piel azulada, mapuche, y le crecían las ganas de vivir, de llegar cuanto antes al vagón en vía muerta, partir a un mundo nuevo, aquel que llevaban en sus corazones, en el que compartir el mismo deseo, la misma luz, la misma fuerza...

Jonás, tras el pequeño sprint, alcanzó la tapia, el punto filipino. A un golpe de vista quedaba la Sala de Calderas, como rezaba la pegatina de celofán de la puerta (¡qué vista la de Jonás!), cuyos timbales de vapor no generarían ningún inconveniente dado que estaban apagados. Cuestión zanjada. Así lo pensó Jonás. Otro de los impedimentos podrían ser los cables eléctricos, excesivamente cercanos al broquel, que dejaban la distancia reducida a un cuerpo y medio. Habría que tener nervios de acero y sortear con destreza. La tercera dificultad podría venir del nido de lirones que había justo en la cornisa de la tapia, pero como

dormían y dormían... Otro escollo podría estar en la casita del perro que había adosada a la muralla (Ana Belén cerraba y abría la muralla cantando, ¡qué chance tienen algunas!). El chuchito en cuestión era un rotweiler con cataplines de avestruz y pintas de playboy, que dormía la resaca o se recuperaba del cansancio acumulado en una noche ajetreada persiguiendo gatos negros y blancos escapados de una historia de Emir Kusturica, o fornifollando tal que un obrero sexual, qué pasada, y qué carajo, pensó Jonás al mirar la vaina del canino. Y lo que sí quedaba claro era cómo dormía, cosa que hacía divinamente, a sus anchas a pesar de las estrechas dimensiones del refugio, por lo que Jonás supuso que lo más conveniente sería dejarlo tranquilo, y pasar de puntillas como un bailarín pasa por una estrofa musical cuando es interpretada ad libitum, a piacere. Y allí se quedó el can. Tras la casita, Jonás se encontró con unas celdillas de abejas empaquetadas en una caja de madera que casi se las traga..., ¡pam!, patada al canto, y los bartolos machos relojeando alrededor del infractor por si en un descuido le

podían clavar el aguijón... Perdón, arrivederci, lo siento... Y sin esperárselo, de repente apareció la reina, que, leído el pensamiento de Jonás (sus intenciones), dijo: —“Sé que tropezaste sin querer; que en tu acción no había dolo. Por eso...”, y mientras pronunciaba el “ego te absolvo”, dio varias vueltas alrededor del corretúneles, ordenó a los zánganos que se retirasen y, cumplida la bendición personal, se introdujo rápidamente en la caja. Jonás no se lo podía creer: ni un rasgón, ni un picotazo. Pocas veces en su vida había visto una retirada con tanta elegancia y sin otra murga que no fuera la producida por el propio roce o frote de la alas de aquellos himenópteros. Encantada de conocerle, le dijo la laminera regia, lo mismo digo, ha sido todo un placer, mis respetos, señora Abeja Maya... Jonás echó a andar otra vez pero, inconscientemente, lo hizo con el pie cambiado. Y así recorrió unos metros más, quizás presintiendo que en menos de medio minuto debía de estar preparado para dar uno de los saltos de su vida, pues se trataba de pasar al otro lado del muro de la vergüenza de un solo brinco, hor-

migón más hierros, símbolo del odio y la humillación, y mural perfecto para los pintores urbanos que lo tenían plagado de graffitis, murales y bocetos, el lenguaje frío y personal de los chicos de la calle, propaganda y protesta, una palabra, un trazo..., agita el spray, grafitero, vamos, dale al aerosol Okuda, Loomit (que venía a ser como Picasso pero con un programa de 3D), Keih Haring, el mejor según encuestas, Pox, y Pixtor, y un hueco especial para muelle/Muelle (RIP, descanse en paz)...., y otras pintadas, escrituras personales e intransferibles: ¡fuera rojos!, ¡muerte fascistas!, pues había arribado la troupe del andamio y el spray, y las paredes se convertían en símbolos de lo ocurrido en la Universidad, en los barrios, en la vida diaria y proletaria, si bien algunas anotaciones no eran mas que ringorrangos, dos palotes y cuatro tachaduras que no había quien entendiera su significado, aun a sabiendas de lo difícil que de siempre resultó interpretar la rebeldía. Firmas, obras, botes de pintura con distintas boquillas, fat cap, trazo fino, y técnica, buen trabajo, chicos. También estaban los anti-

globalización, y otros grupos con sus reivindicaciones y propuestas alternativas. Y que si han pintado un parque y las paredes laterales de todas las casas del barrio/Barrio (León de Aranoa), todo muy naïf, incluso dadá y abstracto, colores fuertes para el inconformismo, brochados, líneas..., entre el punky y los hippies, la generación beat y la heavy, el grunge, nomenclaturas de okupas y tribus de las megápolis, cinturones marrones de las ciudades, arrabales y suburbios, ciudades dormitorio, plebeyos y obreros, colmenas y asociaciones de vecinos, colectivos implicados en la lucha diaria por la calidad de vida y la solidaridad, y por el bienestar y la libertad de sus hijos que se expresaban de aquel modo y de aquella manera en las paredes del muro de la cloaca Paidós. Y el panorama que no cambiaba.

Fue dar Jonás un paso al estilo galápago y en esas aparecieron de no se sabe dónde una pareja de argentinos cargados de bártulos, un micrófono y unos altavoces, una pequeña escalerilla, unas cortinas, bolsas, seis o siete marionetas. En tres segundos, habían

montado el guiñol. ¡Y lo bueno del caso es que no tenían función hasta la tarde!, según le comentaron después a Jonás. Pero de ese modo, tenían tiempo de ensayar, maquillarse, preparar las polichinelas..., y comerse unos tremendos bocadillos (casi medio metro cada uno: salami, mortadela con aceitunas, lonchas de queso, tomate...) acompañados de unos botes de cerveza de oferta (“llévese tres y pague dos”, rezaban los carteles de las gangas), más presión que cerveza, estoy que exploto, Néstor..., ya sé, mi vida, esto es una mierda, che, pero no tenemos otra cosa, Marina, y lo malo es que luego en medio de la actuación, ya sabés vos, con tantos gases uno está a punto de echar el alma... Cómicos y danzantes, artistas de todo el mundo buscándose la vida por las esquinas y las cloacas como si fuesen pordioseros y vagabundos, qué injusticia... ¡Muera el arte! ¡Y las dictaduras! ¡Añade eso, pibe: que mueran las dictaduras! La pareja salió de Buenos Aires en el setenta y siete del otro siglo: el XX. Un arquitecto y una maestra, recién casados, sin hijos..., rumbo a la libertad, o al menos lejos del infier-

no. Volverían en breve, esa era la idea con la que se vinieron a España, la madre patria, pero..., circunstancias de la vida, cuando no era por una cosa era por otra, y así llevaban veintisiete años: sin asentarse del todo en un país, sin unos ahorros para poder volver. Dramas de la vida. Y ahora tocaba seguir, al igual que le pasaba a Jonás, que estaba muy a gusto conversando con aquella pareja de argentinos, pero el tiempo, su tiempo, pasaba rápido como un rayo. La opción estaba más que clara: ciao, gallego; un abrazo, Néstor; y tú, Marina, ánimate. De aquí a la gloria. De vuelta a la Argentina.

Jonás se preparó, se inclinó, miró al fondo, cogió carrera... Y se convirtió en el “hombre-pájaro” de Serzo. En pleno vuelo, dibujó un semicírculo en el aire: bye Paidós, bye school, proyecto, reliquias... Que vuestra memoria se la lleve el viento. Dada la velocidad, algunas consignas, no llegaron a entenderse. No importaba: Jonás había logrado alcanzar ya la siguiente alcantarilla.

VII

Sobre el muelle del Conducto de las Regatas había ancladas muchísimas embarcaciones (canoas, bergantines, lanchas, goletas, pesqueros y motoras), ya que las dimensiones de esta cloaca eran muy adecuadas para prácticas y singladuras fluviales. Desde antaño, todos los días y a la misma hora, se celebraban competiciones. La primera carrera, que ya debía de estar en marcha, todavía no había comenzado. ¿Las razones? El reiterado incumplimiento de lo pactado por parte de la Dirección General de las Cloacas: —"Antes que finalice el año, se instalará una depuradora".

Las turbias aguas, hartas de esperar, llevaban días urdiendo su venganza. En la reunión del domingo, habían acordado el día de hoy para hacer pública su protesta: una y otra vez se estrellaban contra los viejos y mitológicos bloques de hormigón, rugiendo como guepardos y encrestándose en el aire en clara similitud con las serpientes mitológicas; en cada envite, metían su ego en los miles de ojos de aquellas alacenas, como si quisieran derribarlas. Y los muchos intentos que hubo para detener la protesta, no tuvieron eco, por algo tan crucial como simple: por un defecto de forma, ya que llegaron tarde. Poseidón no era capaz de detener a Némesis, ni los diques de argamasa a las aguas, que, una veces parecían fermentar sobre sí mismas y otras arder en su propio fuego.

Jonás descendió por unas escaleras, que le llevaron al muelle, donde los participantes, promotores, gentes de negocios, marchantes, rompesquinas, representantes de grandes firmas, publicistas y público en general, esperaban a que las aguas finalizasen su abu-

cheo, su pita, su manifiesta disconformidad con la citada cabezonería de la Dirección General. Y de muelle a muelle, Jonás tiró todo tieso por un puente colgante y cruzó al otro lado, donde el personal, que no era el mismo pero sí muy parecido y estaba distribuido en unos grupos y corrillos, entre los que se mezcló, charlaba acerca de cosas casi impensables o inverosímiles:

—¿Por qué no esperamos en la taberna a que las aguas pierdan su orgullo? -dijo un marchante-.

—Bien pensado -contestó el rompesquinas-. Y así hablamos con más tranquilidad de dinero. Porque no sé si lo sabrás pero a mí sólo me gusta codearme con plutócratas. O hay parné o...

—Por cierto, ¿de dónde eres?

—De Extremadura.

—¿De Cáceres o de Badajoz?

—Del mismo Extremadura.

—¡Aaaahhh!

Aquellos, el marchante y el rompesquinas, cogieron el camino de la taberna y

Jonás aprovechó el momento para abrirse un espacio entre los grupos y corrillos, buscando un sitio que fuese algo más tranquilo y desde donde poder otear con comodidad no sólo los secretos de aquella tubería, de aquel riachuelo navegable, sino también otros rincones. Se decidió por el finisterre, al final del muelle, y muy cerca del faro. Lo que llegaba hasta allí de las supuestas conversaciones no era más que un murmullo desvirtuado e intraducible, al que no cabía prestarle la más mínima atención.

La ruta de las tabernas se asemejaba al escenario de un mercadillo medieval con sus danzarinas, trovadores, camellos, moriscos, cristianos..., si bien la propia ambientación y otros elementos también tenían algo que ver con la novela picaresca: un poco del Guzmán de Alfarache, mucho lenguaje coloquial, unos cuantos lazarillos llegados de Alba de Tormes, a lo que añadir —evidentemente de otra época— las no pocas afinidades con los barrios castizos de capa y espada, aquel romanticismo decimonónico y los avatares de Luis Candelas (de Lavapiés; en Cuchilleros), de los bandoleros

que acabaron en anarquistas, Goya y los suyos, las pinturas negras, sus fantasmas, las duquesas que se calzó el aragonés, etc. Y no porque la ruta de las tabernas estuviese poco o mal iluminada, sino por el color de las paredes, las ropas de las gentes y la estrechez de los callejones, donde apenas si llegaban los destellos del faro o de las luciérnagas. Entrar en aquella ruta era como entrar en un laberinto oscuro y misterioso. Jonás se había quedado a esta parte, divisando la zona desde el muelle, al final, muy cerca de la torre de vigilancia, lo que le ayudaba a tener una idea casi perfecta de aquel ambiente y su entorno: hombres batiéndose en duelo de pistolas, sables o espadas en un lance de honor; duelistas, Barry Lindon de la mano de Kubrick, y doncellas bañadas en lágrimas, despechadas tras conocer el engaño; rostros cubiertos con el antebrazo y la tela de la capa; sombreros y máscaras, y la imagen invisible del Zorro en la mente de los peatones; antepasados y épocas que no volverán, y un buen número de borrachos hermanados por el alcohol, la torpeza y las ganas de olvidar el

ayer. También el hoy, como les sucedía al marchante y al rompesquinas, por el dinero y la amistad, o a cambio de nada, por el simple placer de beber mientras se mentían como dos gahnápiros, tristes en sus apreciaciones, en sus conceptos, detenidos frente a un músico que tocaba el saxo (tenor para ser más exactos), dispuestos a escuchar una melodía, la que fuere. Un, dos tres, y... una música de sonidos adormilados y provocadores comenzó a salir de aquel instrumento y el erotismo cayó sobre el ambiente como cae un camisón de seda dejando el cuerpo desnudo. Y los dos chispas distraídos en su locura etílica y verbal. De pronto, como un actor que cobra por monólogos, el marchante se volvió hacia el virtuoso, haciéndole entender que si tocaba Extraños en la noche le daría un billete grande y morado, uno de quinientos, con el que tendría para pelarse la pava y comerse un pavo. Anda, estírate por don Sinatra, musiquillo (insistía muy vehemente el marchante), que si lo haces bien le vamos a decir a todo el mundo que eres mejor que el saxofonista de la banda de mi pueblo, que se

llamaba Julián Pencas, y que se sabía de memoria el Hilarión Eslava. Ahora, de ahí no había dios que lo sacase. Yo me llamo Alvarito. Y éste es Maroto, del mismo Extremadura. ¡Ánimo, virtuoso! Y aquel, Terry o Tomás ("en mis discos pone Terry Macardi", les anotó el concertista), más caliente ya que un boniato en el horno, retado por las palabras y la pócima de la botella de los dos truhanes, lamió la caña como un perro bizco y ansioso, chupó la boquilla como si le hiciera una felación al instrumento, se lo colocó entre sus piernas, sujetado por dos manos maestras y limpias y pobres, viento-metal entre su boca y su hombría... Fue comenzar a tocar... Aquel tema sonaba a cabaret, a poesía nocturna, a frenesí, a Nueva York y Walt Witman, al Savoy, entre luces y champaña y mujeres malditas, perdidos en un laberinto de tabernas, felices y convertidos en príncipes por aquella melodía seductora, embaucadora..., mientras un músico se dejaba su nombre por un puñado de euros y un pedazo de honor. Épocas y contrastes en un mismo callejón, en una sola alcantarilla, al final del muelle, y bajo la vigilan-

cia del foco del faro, que parecía una luna soviética y blanca de cuando la Guerra Fría a la que la nave Soyuz, tripulada por Gorbatko y Riumin, le partió para siempre la sonrisa: touché.

Pasaba el tiempo y Jonás continuaba asomado al regato, estudiando aquel peligroso y apasionante circuito. Las barcas viraban despacio e iban colocándose en la línea de salida, sujetadas en el timón por el capitán o su homólogo. La carrera consistía en dar ocho vueltas en las aguas de las Regatas, bordeando los veintidós pivotes blancos, que estaban distanciados entre sí unos noventa metros. El ganador sería aquel que emplease menos tiempo en el recorrido y que rozase menos pivotes. Ambas cosas puntuaban. Los premios iban a ser en metálico, más alguna placa o medalla, como símbolos del triunfo. Era una carrera para promocionar a los jóvenes valores, que, durante todo el año, se habían ido formando en las distintas escuelas náuticas.

El público estaba ya tan inquieto como las turbias aguas, que, agitadas por una

fuerza epicíclica o por un motor de ochenta caballos, seguían estrellándose contra los muros: una ola; otra ola; un rugido... Los grupos se partían; se formaban. Las conversaciones, dada la distancia a la que estaba Jonás, continuaban siendo intraducibles murmullos. Y las aguas que seguían con lo suyo: ¡zummm!; y ¡zummm! Pero donde realmente había un volcán en erupción era en el callejón próximo y paralelo (el de los Hermanos Quintero) a la ruta de las tabernas, debido a la reciente apertura de Fleco's, un burdel de lujo. Y dejando a un lado los flecos, adornos y pasamanerías, y yendo al fondo de la cuestión, lo cierto fue que el marchante y el rompesquinas, encelados, embraguetados como dos dinosaurios por la sensualidad de aquella melodía extraña que les había interpretado Terry, no pudieron resistirse a las tentaciones y se metieron hasta la cocina de ese nauseabundo mundo de traficantes de carne humana, que contaban en sus filas con shinheads y prostis de lujo, lumis y escorts, alguna top-model, valkirias y pseudofamosas de medio pelo que compartían cartel o agencia

con cantantes, actrices y presentadoras de televisión, también con universitarias a las que les gustaban los trapos, las tragaperras y la farlopa y que, al no alcanzarles el dinero que les mandaba papá, no les quedaba otro remedio que prostituirse, sobre todo con el camello, que era el primero en catar a la hembra, dado que ella sabía de buena tinta que traía harina fresca, recién cortada, y que las primeras dos rayas le costarían el primer polvo, fóllame mi amor, todo tuyo, tronca, todo gratis..., una invitación mutua entre colegas, tu me das una cosa y yo te regalo la otra, polvo por polvos, sin condón, sin pasión y con riesgo, cariño, te dejo la última rayita que te estoy haciendo con el DNI caducado sobre el cristal del aparador mientras tú te duchas, un beso, mi amor, muá, muá, ciao..., ciao... Y estos anonadados, embelesados con el tema y las escenas, qué flipe, tío, cuando ellos habían entrado al burdel con intenciones de que les hicieran una buena mamada, pues con el índice de étílico que llevaban no pensaban que pudieran aguantar un primer envite de Conchi o Helena, y menos aún de Jennifer, que

era una trituradora, de ahí lo de la chupada, pues desde un tiempo a esta parte el acto de chingar se había ido devaluando de tal modo que había quedado como una cosa de pobres. Y allí veías a Maroto y Alvarito, metidos en la cocina, rodeados de mujeres que les comían el bolsillo a base de servirles botellitas de Benjamín, la mano por el cuello, y por unos cuarenta euros me pongo el Turbo Diesel, cariño, y entretanto tú te agarras a estos dos volantes y te vas a creer que vas conduciendo un Ferrari, pruébalo, cariño, ¿vamos dentro? Y ya entraba el uno y luego el otro, y salieron desplumados, como quienes pierden una batalla. Sin dinero, los chulos no tardaron ni dos minutos en ponerlos de patitas en la calle (callejón de los Hermanos Quintero), arrojados del edén o del infierno por un matón que nada tenía que ver con el arcángel San Rafael sino con Don Feliso, el dux de un jalfato mafioso y turbio, que en cuanto tenía la más mínima sospecha, le daba un mal fario o le venía a la pituitaria un tufillo rancio sobre una situación concreta, la cual pudiera poner en peligro el vicio y su negocio,

no dudaba en enviar a uno de sus tamarrusquitos a imponer su ley y su orden, pues ha de saberse que el sexo tiene sus riesgos y cierto enganche, pero también su ritmo y disciplina: orgasmo asegurado; que pase el siguiente. Y el Don contento con sus macarras y con sus chicas, ya que siempre estaban atentas, enlustradas, aseadísimas, con el carnet de las revisiones de Sanidad puesto al día y metido en el ligero, los preservativos en el bolso, y la cocaína entre los pechos para que mantuviera el nivel de humedad adecuado. Al cincuenta por ciento, jefe. Me parece muy justo. Ahora bien, la que no cumpla... Y todas cumplían; y con creces. No así el rompesquinas y el marchante que estaban hechos trizas, sobre todo debido a la paliza que les había endiñado el jayán, un portiere di notte que hacía de doberman y apaga-fuegos del hembraje “propiedad” de don Feliso, también de soplagaitas, o de chófer, cuando no de chapero zumbón. Tres en uno, todo tríceps, huesos de trifulca y carne para la trena, te lo dice Patricia, tu potra, a la que le gusta que le susurren los caballos y no un don nadie que

sólo sabe levantar la mano en vez de la verga. Que te atizo... Déjalo ya, Martínez.

Martínez bajó la mano y se quedó mirando a Patricia con rencor y deseo al mismo tiempo. Él la quería y sólo había hecho méritos para perderla. La puerta quedó tambaleante como en el viejo far west. Los dos zoquetes por fin se atrevieron a abandonar el suelo del callejón, apoyándose en las cajas de botellas vacías que había próximas a la entrada del burdel: cocacolas, cerveza el águila, san miguel, mahou, fantas... Ya en pie, no sin ciertos desequilibrios, agarrados como dos mellizos (Mellizo, Felipe: nunca te olvidaremos), dieron el primer paso como unos bebés en su tacataca. Al otro lado, junto al faro que le guiñaba el ojo al mar o a las alcantarillas, Jonás no cesaba de mirar su reloj. Quedaban tres cuartos de hora para la una y cuarto. Si las aguas no se tranquilizaban, era de suponer que no podría esperar más y que se perdería la competición acuática. Todo estaba a punto: los participantes, correctamente uniformados; los motores, en marcha; las embarcaciones, en batería; los cro-

nómetros, deseosos de ser accionados; la bandera que marcaba la salida, sobre la mano del juez y desplegada... A Jonás le quedaban todavía las alcantarillas metálicas 3, 6 y 9. Si quería o deseaba con todas sus fuerzas batir un récord, era más que evidente que no podía quedarse ¿O sí podía? Y entonces aparecieron de nuevo las dudas: que si la carrera; que si me quedo; que si me voy... Debía irse: —"Nada, me voy", se dijo para sí. Pero, una señora lo detuvo:

—¿No tendría usted un cigarrillo?

—Bueno, de acuerdo, el caso es echar humo. Y el humo, como usted sabrá, amansa las fieras.

—No siempre, pero...

—¿Y fuego? ¿Tendría también fuego?

—Sí, cerillas.

—Perfecto. Y así, de paso, me saco una cáscara que llevo entre las ruedas.

—Piensa usted en todo, señora.

—Ya sabe: familia numerosa.

—Me lo imaginaba.

—Usted, corretúneles, ¿sabe lo que es ir por ahí con las alforjas llenas de desencanto y los

ojos abiertos por el desengaño?

—No.

—Pues tiene usted suerte. No sea iluso y deje a un lado todas esas páginas de los sueños.

—Mujer, si dejo a un lado los sueños, entonces qué pasaría con las familias numerosas...

—Hombre, algo se merecerán, digo yo, por cumplir a rajatabla la orden del dios mandón.

—Normalmente nada. La parte idílica de la vida no interesa, señora.

—Qué explicaciones más raras me da usted, joven.

—No hay nada raro. Lo que quiero decirle, a ver si sé explicarme, es que hay que seguir manteniendo la ternura y robarnos si es preciso la luz, y también el deseo, y el trocito de mazapán de la boca, lo que sea y cuando sea, pero, piénselo, por mucho pragmatismo que implantemos en la vida, los sueños no pueden morir.

De pronto, se hizo el silencio. Hubo una pausa. Fue entonces cuando Jonás pensó que la señora era de armas tomar y que si lo que él quería era seguir, lo más sensato sería marcharse cuanto antes. Y en cuanto a la

señora, pues que se quedase allí fumándose el mundo entero y sin boquilla, porque de lo contrario acabarían de uñas, discutiendo por discutir, y que sí, y que no..., que caiga un chaparrón... Y así fue: aquel tostón de tía se quedó allí sacándose las cáscaras de entre los dientes y dándole caladas a un cigarro negro, de marca nacional, y Jonás se perdió entre el público. Todo parecía indicar que la carrera iba a empezar de un momento a otro. Pero antes salir del Conducto de las Regatas como una chispa eterna, debía encomendarse a las alturas por última vez para comprobar lo evidente: cuál era el estado de la huelga. Y para salir de dudas, lo mejor sería subir. Sin pensarlo ni un segundo más, Jonás se encomendó de nuevo a las alturas. Un eslabón, otro..., trepa que trepa... Presionó la tapadera, se ayudó con el hombro... Fue sacar la cabeza y el panorama era muy parecido a otros lugares y tiempos, ya pretéritos, era la representación de la nada, otro bis, o un tris de otros intentos. De nuevo el asfalto (en muy mal estado, todo hay que decirlo), mantel o hule de una estrecha calle de un suburbio de la

ciudad, la calle del Almíbar del barrio del Caramelo, que tantas veces cantara Pasión Vega. Y donde le gustaba vivir y escribir a Margueritte Durás, rodeada de gente solidaria y comprometida, jornaleros y asociaciones alternativas, del Little Italy al Bronx pasando por conseguir cinco concejales en las municipales, María, para sacar a los chicos de la ley de la calle, de las bandas, y proporcionarles estudios, gimnasios, un trabajo digno... Por eso tenemos que luchar ¡y ganar! Adrián sabe lo que quiere y lo que dice. Por nada del mundo abandonaría el barrio del Caramelo, ni la casa del número cinco, tercero-D de la calle del Almíbar, donde la ropa en los balcones hace de bandera multicolor, de gente pobre pero limpia, sin parabólicas en los balcones ni otras señales de lujo. Se conforman con el día a día y un poco de futuro para sus hijos. Por eso había que salir a la calle, o sea ir al centro de la ciudad a manifestarse y ganarle la partida al burgomaestre y al condottiero y sus secuaces, y al esperpento, y a las ideologías trasnochadas, y decir no, desterrar el engaño, denunciar las irregularidades, pedir

unas cuantas razones o una explicación convincente del porqué se instalaba un cementerio, una incineradora y una cárcel en un barrio de obreros, y los polideportivos y los espacios verdes, los campos de golf, se los llevaban a las zonas residenciales. Le repito, aspirante populista: “¿Y quién cree que ganará?”, le preguntaba un anciano del barrio del Caramelo a un aspirante a la alcaldía de un partido de recién creación que se llamaba Acción Ciudadana. “Ganará el dinero”, se decía sonriendo para sus adentros el aspirante. Y es que la calle tenía unas pendientes... Era peor que el Tourmalet o la cuesta de enero. Y no digamos a los del lado contrario, los que bajaban... Se caía un euro del bolsillo en el número siete y a lo mejor lograban cogerlo en el número ciento treinta y tres, eso si no se había llevado por delante a un ciclista, el carrito de la compra (la coliflor, las alcachofas, el apio, las manzanas..., la frutería entera por los suelos... ¡ay, qué desastre!), o se quitaba el pitón del unicornio en una farola, o se chocaba con una chiquilla que quería ser princesa... Y no digamos las aguas o los orines de los perros, y

los insultos..., que bajaban a tumba abierta. Pero tenía su encanto, como su homólogo, Montmatre, aunque para parecersele le faltaría un teleférico, y unos cuantos artistas a modo decorativo, porque muchos pintaban poco y mal pero hacían muy bien de bulto, de rellene para la foto, el turismo, el chauvinismo, oh, la, la, merci, cien francos por este bodegón es una ganga, mesié, y tú te decías “qué malo es el cabrón éste, pero..., bueno le daré cien francos y, al menos, que coma algo porque si no se va a salir por el cuello de la camisa”. Por lo demás, franceses y españoles: ésa sería la única diferencia entre dos barrios: Montmatre y el Caramelo, en la calle del Almíbar (y vuelve a cantar esa chiquilla, Pasión, que no La Pasionaria), un muchacho soñaba con ser torero, la figura más bravía que lidiara en el albero o en la plaza de la vida... Y en una esquina, la faena le brindó a su risueña vecina, la misma que soñaba con ser princesa. Y como los sueños son sencillos y soñar no costaba dinero... Un reloj de golosinas no detuvo el minuterio. El tiempo empujó la vida y..., hubo besos de ter-

ciopelo bordados de amor, de una mujer y un hombre que un día se quisieron, en la calle del Almíbar, del barrio del Caramelo.

Con la competición ya en marcha, Jonás partió. Entre los graderíos y el muelle quedaba un espacio por donde Jonás pudo desplazarse y alcanzar los peldaños de las siguientes escalerillas. Subió las escalerillas. La emocionante carrera hizo que perdiera otro minuto. Le quedaban cuarenta y dos minutos. Era el tiempo límite. No podía detenerse más. Echó la última ojeada a la carrera, nada, un flash, se giró, dio unas cuantas trancadas, atravesó el portón de las Regatas y entró en la zona de las alcantarillas metálicas, o lo que es lo mismo, en su antesala, donde había una inmensa puerta de acero, cerrada herméticamente, que se parecía mucho a la escotilla de un submarino.

Tras un buen rato repasando minuciosamente los alrededores de la puerta, Jonás descubrió una flechita fluorescente que señalaba hacia abajo y a la derecha. Junto a ella, una pegatina, o un cartel, también fluo-

cente, aunque de otro color, con varias indicaciones: —"Sitúese frente a la puerta blindada; no se mueva lo más mínimo; cierre los ojos; cuente siete, respire, y después pronuncie el nombre al contrario: SACILATEM SALLIRAT-NACLA: ALCANTARILLAS METÁLICAS. En segundos, la puerta se abrirá". Leído el cartel, Jonás lo volvió a repasar para no olvidarse de ninguna cláusula, y, acto seguido, se colocó frente a la blindada puerta, cumplió a rajatabla con cada uno de los pasos indicados, y... ¡Pi, pi, pi, pi, pi! Cinco pitidos y aquella gigantesca puerta comenzó a abrirse, descubriendo un túnel, donde, consecutivamente y bajo la mítica regla del número tres (3, 6 y 9; en ese orden), comenzaba el trayecto de las alcantarillas metálicas.

VIII

Los tubos aleatorios, a tenor del trazado marcado en el plano, eran cortos y servían de empalme con la zona periférica de la ciudad. El 3 tenía el color del cinc y gozaba de buen estado de salud. Su iluminación incandescente hacía innecesaria la linterna, que andaba floja de baterías. La limpieza era extrema. Las aguas descendían tan cristalinas que Jonás aprovechó para lavarse la cara y afeitarse, pues su incipiente barba de puerco espín o erizo, que había dejado a medio de rasurar cuando escuchaba la radio y se enteró de la huelga, podía rayar la fina piel de la azulada Laima (un día, los

erizos, al igual que los hombres, sintieron frío e inventaron el amor. Léase, La realidad y el deseo: Donde habite el olvido). Como había que suprimir aquellos pelos..., se puso manos a la obra.

Una vez que Jonás hubo terminado con su aseo personal, regresó de nuevo hasta el zoco, recorriendo una a una las tiendas, pues necesitaba cambiarse de ropa lo antes posible, ya que la que llevaba puesta olía a todo, a nada, que es un olor que tira a rancio.

El conjunto de pantalón y camisa elegido exigió también renovar el calzado, por lo que Jonás se acercó a otro chiringuito que se dedicaba en exclusiva al menester de la alpargata. Suela's, ése era el nombre del establecimiento. En plural y muy genérico. Jonás pasó directamente a la ceremonia de las pruebas: se calzó unas, y que si la puntera..., que no me toca el dedo gordo del pie, que me están grandes; tanteó un segundo par; lo intentó con un tercero; ensayó con un cuarto, y nada; entonces, después de haberse probado unos cuantos, más de diez pares, se metió en aquellos

pies de orangután un par de alcorques muy bien rematados.

La cloaca era un conjunto de redondos canutos de cinc, donde la sonrisa de Jonás se multiplicaba, haciendo que sus mofletes bailaran como borlitas de caoba. Y es que la tienda del zapato estaba situada junto a una galería de arte, entre arcos de medio punto y una hilera de cariátides. Sublime el arte, el precio, el autor de la exposición, y la galerista, una vieja recompuesta para quien el arte era igual que Dios: dinero, espacio, soledad..., y algo excelso. Allí era sublime hasta el silencio. Ahora bien, si por un casual la chica que limpiaba los cristales se había quedado preñada... ¿Qué sucede Virginia? ¡Ah, pues lo siento! ¿Una tía embarazada limpiando la gloria humana? ¡Ni hablar! ¡A la calle con la de la limpieza! ¡Y con la secretaria! ¡Aquí sólo se puede quedar preñada la galerista y si puede ser de un gañán gordo, patizambo y cubierto de billetes mejor! ¡Pero las pobres...! ¡Las pobres no tienen por qué tener derechos y menos placeres! Y es que el arte, o ese tipo de arte, convertía lo prosaico

en sublime, incluida la decadencia, y a la marchante en un engendro de tía, que podríamos traducir o resumir en: traje de chaqueta, peluquín, tacones de aguja y ríos de silicona.

Ya fuera, Jonás prosiguió con el recorrido de tiendas: la última generación creativa de ese estilo fascinante llamado shusi o el hi-tech (basados en la originalidad, la elegancia y la exclusividad) o una de esos comercios en los que flipar en directo con las cámaras digitales para el voyeurismo, o el chirarismo, ya que se había puesto de moda filmar las bragas bajo las faldas, el porno gonzo, meter en cámaras digitales las sexcapadas, o a tu propia mujer haciendo strip-tease, o al Jefe de Policía... Todo esto en las estanterías; en el escaparate era donde se arremolinaba el no va más del pop del siglo XXI: sintetizadores, colores ácidos, modelitos góticos, voces robotizadas... ¡La última tendencia musical!, cargada de ritmos retro que tomaban como referentes el pop de los ochenta, ya fuere el tecnopop o el electroclash. Aquello era la recaraba, la tienda del revival, del glam y el punk, donde vibraban hasta los ladri-

llos y los mostradores y el aparato dental de la dependienta, música de un ritmo frío e implacable, y seguramente deudora de un buen secuenciador. Canciones hechas con máquinas, para máquinas... Música que buscaba la diversión y ese hedonismo que habla de pasiones, de polvos furtivos, de perversiones..., siempre en las manos de Syto, el pinchadiscos o disjokey (dj).

La alcantarilla metálica número 3 era tan corta, menuda o pigmea que en ella se confundían el principio y el fin; se confundía todo: los neones, los buenos clientes, el cleptómano con un repartidor de servicio urgente, los chicos de seguridad con laureados coroneles, el maniquí con el transexual del videoclub, el dueño de la tienda de telas con un mahometano, y el de los frutos secos con el lechero... Aquello era..., nada, una birria, pero ahí estaba lo chocante del caso y la sorpresa: ¿cómo en un trozo tan infinitesimal de alcantarilla podían coincidir la alta sociedad y el glamour, en una mezcla de fachadas, marquesinas y chaflanes? Parecía un imposible pero así era: una realidad.

Buenos días, qué desea ¿En qué podemos atenderle? En nada, gracias. Estoy mirando. Tías con chóferes, sin ellos, de compras, haciendo que el dinero adquiriese su sentido, o sea gastándolo, matando el tiempo, aburridas frente a una taza de té y pastas dietéticas, con el porvenir y el devenir resueltos, asegurados los últimos días del edén, sin saber aún lo que era rascar bola, entendámonos, eso de ganarse el pan con el sudor de la frente (lavoro/laburo), o sea trabajar, así a secas, y para lo que siempre tenían preparada la misma respuesta: trabajar que trabaje Rita. Ellas habían venido al mundo a gastarse las plusvalías, las especulaciones del señor, las irregularidades financieras, las malversaciones y los desfalcos, las propinas de las recalificaciones de terrenos, cuartos sucios del ladrillo y del trinqué, el níquel y los talegos, y también parte de lo ganado en la Bolsa, antes que viniera otro crac. Pero lo que no compraban ni ella ni su marido eran ideas, a las que violaban a diario para que pudieran vivir toda una parrillada de emociones a cuerpo de rey. El marido con la raya del pelo blanca y el

resto entre negro y castaño de tinte, de sesenta para arriba, y la gata, o la pantera, su mujer, de unos cuarenta y pico, lista por dentro y tonta por fuera, él haciendo el ridículo, y ella de serpiente anaconda, enroscándose sobre un vestido color hueso que luego tiraría al suelo para cubrir los cuernos y el precio. Al contado, a toca teja, con cash o dinero de plástico, sin miedo ni escrúpulos a la hora de desprenderse de un parné que jamás había ganado, exceptuando el día que decidió contraer nupcias con una VISA, o con una herencia, o con unos cuantos negocios sórdidos. Jaulas doradas para las ricas-hembras que optaron por cambiar ocho o diez tarjetas de crédito por una ración de libertad ¿Rameras u esposas...? Caray, qué pregunta. Pensemos, por ejemplo, en la muchacha que aspira a vivir bien, tener una familia y casarse como Dios manda, y un día conoce a Álvaro Ruiz, Rafael Pastor..., cualquiera de aquellos Chicos del Preu, o a un empresario surgido de la nada ¡Qué miedo me dan estos señores que son capaces de sacar algo de la nada ¡ Y llega el chico que empeña los libros y toca la pande-

reta en la Tuna de la Universidad, y se casa con Adelita. ¡Qué bien! ¡Qué felices! Ella pasaría a hacer de mamá, nurse, planchadora, lavadora, y él en su papel de marido ejemplar: al trabajo, una reunión, la partida, un viaje de empresa, camisas preparadas, corbatas, también el desayuno, el sexo, los zapatos limpios, la señora para sacarla y darle una vuelta, pero sin que hable, tampoco en las reuniones, no vaya y meta la pata, habla el señor aunque sea un ignorante en potencia, haciendo el papel de padre por minutos, el de marido cada media hora a la semana o al mes, y el papelón de señor a todas las horas: dando portazos, siendo maleducado, brusco con el servicio, violento con la mujer, invisible para sus hijos..., aunque, de puertas para fuera da el pego y se hable de él como de una persona excelente. Eso es lo que se suele decir cuando se muere la gente. Pero, aclaremos, el que es un hijo de perra, lo es siempre: vivo o muerto.

Y mientras las señoras seguían a lo suyo, los paparazzi, insistentes, seguían a la caza de imágenes para el couché del corazón,

y las tiendas abiertas de par en par, y las lechuguinas que iban entrando, picando los anzuelos de los escaparates. Y ya pasaba una damisela al interior, y después otra algo mayor, y a continuación una más joven, y de la bachillera a la suegra, y de ésta a la cuñada, y así en cada tienda, y en cada tramo de acera, compradoras compulsivas, Venus y todo un gineceo, y los trajeados chóferes hasta el forro de esperar, y los guardaespaldas pendientes y al loro del pinganillo, no fuera a ser que llamara la winey houston de turno, y el glamour entrando en los bolsos y en los regalos, todo muy chic, incluidas las dependientas, todo carísimo, por las nubes, tanto o más que la frivolité que se subía por las apoteósicas fachadas de los comercios. Por cierto, ¿y de qué solían hablar? Ellas y ellos, a los que les pone de los nervios que les hablen de Cuba o del cubo de la fregona, ya que sólo entienden de cava y de caviar, que solicitan con sus voces llenas de dinero, que añadiría Scott Fitzgerald. Y Jonás confundido y deseoso de pasarse a la otra acera, pues aquello no iba con él. Y aunque el demonio de la contradicción le

pedía que entrase en uno de aquellos majestuosos pabellones que hacían las veces de shop, y le comprase algo a Laima, por contra él sabía que no podía ser, no sólo porque los precios estaban por las órbitas lunares, ¡de infarto!, sino por principios. De modo que había que olvidarse de los regalitos y cruzar la calle con resignación y orgullo de clase, feliz en el papel que había asumido como ciudadano de otro mundo, entre las utopías, lo alternativo y las beligerancias, como un ciudadano que anhela pisar la decadencia perversa, encontrar un hueco en las sábanas de la libertad para no atravesar la Historia por esos caminos por los que siempre se arrastró la muchedumbre y poder contar junto a Laima una fábula del destino repleta de pequeños héroes. Estaba en ésas cuando, ¡tate!, cayó en la cuenta que enfrente había un restaurante. Por fin podría comer algo.

Se acercó y... No abrían hasta la una, como rezaba el cartel de la entrada. Cabía la posibilidad de esperar, pero... No podía ser; demasiado tarde. “Bueno, no hay por qué preocuparse: me jalaré un bocata en la barra, o un

pincho, una pulga, lo que sea”, se decía Jonás para tranquilizar el apetito, pues en aquellos instantes engullía ficciones con el pensamiento, doblegado quizás por el hambre, tal que los pavos de Manolo en ese dicho tan popular. Fue entrar en aquel figón y le vino una oleada de un olor muy raro, una peste pertinaz, entre fragancias sulfurosas, huevos podridos y unos arenques de varios días (muchos quizás). Era tal el..., la... Le dio tal vuelco el estómago que... Le entraron ganas de echar hasta las tripas. Guá, geztx..., guá... “¿Le pasa algo, señor?”, preguntó el camarero. No era nada. Unas náuseas inesperadas. Había que tranquilizarse. “¿Mejor, señor?”, volvió a preguntar el chico de la barra. Parecía que sí. Mas, a pesar de la gazuza que tenía y que aquel momento parecía ya superado, no por ello se lanzó a pedir cualquier cosa. De buenas a primeras, comenzó a encontrarse desganado. Aun así optó por un descafeinado con leche (se trataba más de pagar un canon por haber entrado y sentarse en un taburete, que las verdaderas ganas de tomarse un refresco o un servicio caliente). ¿Fría, templada,

o...?”, preguntó el fámulo. “Templada, por favor”, le contestó Jonás. El azúcar, ssuuuu, en un sobre; las partículas de cafeína atenuadas en un segundo sobre, y todo listo para remover: unas vueltas a izquierdas, al contrario... (esto va según manías). Miró la taza. Primero con recelo, hasta que osó dar un sorbo. ¡Uhm! Leite, Galicia calidade ¡Qué rica! Y entre sorbo y sorbo, su mirada se iba perdiendo por los rincones de aquella casa de comidas o merendero, fisgoneando todo lo que estaba a la vista, del techo al suelo y de una pared hasta la chimenea, vislumbrando en el recorrido algunos, por no decir bastantes, testigos del escaso recato y muestras de la insidia que allí reinaba (desde mugre, grasa, tiznajos o pelusillas a la total dejadez), lo que le llevó a pensar que aquel era uno de esos sitios donde en vez de ponerte, te echaban de comer. ¡Un cocido madrileño! ¡Marchando! Y Jonás, mosqueado, porque se imaginaba al camarero dándole vuelta a los garbanzos como si le diese vueltas al bombo de la lotería de Navidad. ¡Qué destrozo! ¡Qué pasada! ¡Qué pena! Y con el último sorbo del desca-

feinado, cruzaban por su mente muchos homenajes merecidos e imprescindibles: ¡Lardy! ¡El Bocho! ¡Qué cocido! Y la imaginación que seguía volando y con ella la nostalgia: en un plato hondo, la sopa, el caldo con sus sabores (destacando el del hueso de caña de vaca) y un puñado de fideos cabellines en su punto de cocción para evitar que se convirtieran en harina, y la cuchara que iba y venía, pausadamente, en un claro ejercicio de muñeca y en una prueba infalible para medir el pulso; en otro servicio llano, o playo (como gusta en decir en algunos sitios), los garbanzos, el repollo, el nabo, la zanahoria, la patata... Bien presentados los nutrimentos, distribuidos correctamente como trozos de un puzzle; y un tercer recipiente el resto de los componentes del puchero: un pedazo de pechuga de gallina, un cacho de morcilla de arroz, una rodaja gruesa de chorizo, una porción de una punta de jamón serrano, una rebanada de tocino, unos retazos o un pequeño fragmento de carne de morcillo... “¡Me va a explotar la mente! ¡Qué delicioso...!”, soñaba Jonás acodado en la barra. Por el

momento, no le quedaba otra alternativa que conformarse con el descafeinado, a menos que su osadía no le llevara a hincarle el diente a un plato precocinado por el chef o los servicios secretos (nunca se sabe: ambos aliñan muchas cosas), con lo que pasaría sin duda alguna y directamente a urgencias de cualquier hospital para un lavado de estómago. Lo más sensato era dejarlo ahí y marcharse. Jonás descabalgó del taburete. Miró el platillo de las vueltas y, tras reflexionar, sentenció: —“Nada de propina”. Cogió las monedas sobrantes y dio un hasta luego seco.

Ligero de equipaje y de dieta, prosiguió su recorrido por la alcantarilla metálica número 3, feliz en su caminar, silbando una vieja canción y oliendo a chamusquina, o a otra cosa (lo de Jonás y su pituitaria era...), ¿qué será?, ¿a qué huele?, y comenzaban las preguntas, ese tipo de interrogaciones que no cesan de invadir nuestra mente, una y otra vez, repetidamente, hasta el infinito. ¿A qué olía en aquellos momentos en el canuto 3? “¡A cerillas!”, le sopló un vagabundo que estaba tendi-

do sobre un cartón que había en el suelo de la explanada, terminando de comerse unas lentejas con arroz: moros y cristianos. Y sin más pasos, Jonás se detuvo para conversar con aquel vagabundo: informaciones manipuladas, temas escurridizos...

—Buen provecho —intervino Jonás—.

—Gracias, muchacho —respondió el vagabundo—. Son de bote, pero con un puñado de arroz cambia el sabor, y se pelean menos. ¡Y no parecen todas iguales! Con lo del arroz, pasan desapercibidos los tamaños.

En aquel trocito de alcantarilla olía a mil cosas (incluido el estofado de legumbres), pero sobre todo a fósforo. De ahí que muchos vagabundos hubieran optado por irse hacia otros tramos menos contaminantes. Pero sabían que no estaban seguros en ningún lugar del subsuelo. En los últimos años, habían envenenado...Entre las aguas que se filtran y se mezclan con las potables... Una tragedia. Todo empezó por la idea de acabar cuanto antes con una plaga de cucarachas. En todo el alcantarillado público se utilizaron pesticidas que no tar-

daron en provocar graves alteraciones en el sistema nervioso. Hubo múltiples casos de intoxicaciones con órganos fosforados, raíces del pelitre, que provocaban afectaciones al sistema respiratorio, endocrino, inmunológico... “Sí, sí, le escucho, ¿pero por qué dijo usted antes que se fueron de aquí al no sentirse seguros”, quiso indagar Jonás, haciéndole esta pregunta al vagabundo. “Soy Blas, pero todos me dicen Wendy”. Hecha la presentación, la palabra de aquel mendigo pasó a invadir aquel metro cuadrado en el que se hallaban. Primero fueron las fumigaciones, pero meses más tarde fue la llegada de algunos chicos díscolos de los servicios de inteligencia. Se presentaron como médicos, pero lo que salvó a Wendy fue su astucia, pues era capaz de oler a un espía de la Cuesta de las Perdices a cien metros de distancia. Lo supo en cuanto llegaron. Más que por las trazas, por la maneras de dirigirse al grupo de pindongos y zoqueteros. Su acento, el tono chulesco, las manos blandas, la barba de unos días, el pijo fláccido..., señales de los hijos de perra, que son nueve (las señales, no los tipos). “¿Y

quienes formaban el grupo?”, intervino Jonás. “Los de esta alcantarilla éramos once”, le aclaró el gallofero. Y tras la pregunta y respuesta respectivas, la trama y la atención continuaron por un tiempo bajo la techumbre de las cuevas de la ciudad, al ritmo pausado que imponían las circunstancias, el olor a fosfatos y el propio Wendy, que era una persona tan parecida en su físico y en su voz a Don Antonio Garmendia (poeta, músico), que lo tenían muy confundido a Jonás. No podía dejar de escucharlo pero tampoco de hacerse preguntas respecto a aquella figura: “¿Y no será él? Hace tiempo que ya no lo oigo en ninguna emisora de radio. ¿Habrás sido este su final? ¡No puede ser! ¿O sí? Pero este viejo no tiene acento andaluz...”. Y así estuvo un rato: interrogándose. Y también atento a las palabras de aquel hombrachón. El viejo tunante no se sabía la vida y milagros de todos, pero sí de los más allegados, de sus amigos (los once del Apocalipsis), como Antón que había sido un hombre muy leído, abogado, que en su carnet de identidad había puesto como dirección la alcantarilla número 3, junto al res-

taurante. Y Juanillo, que según podía recordar Wendy, se pasaba las horas junto a la lumbre y siempre estaba con la misma monserga: que había que hacerle un monumento al cerdo ya que había quitado más hambre que enfermedades la penicilina. O Eugenio Braojos, al que le había dado por llevar los calcetines de colores diferentes y ocho o diez relojes distribuidos en sus muñecas y brazos: uno con la hora de Canarias; otro con la hora oficial y peninsular; un tercer carillón parado en los minutos exactos y el día (no constaba el año) en que murió su adorable mujer; otros dos de juguete, para despistar; un sexto muy cantarín que se ponía en marcha o se disparaba en el momento justo que tocaba tomar la pastilla y un séptimo cuando correspondía echarse el trago de anís. También estaba Albertín, que era de un pueblo de la sierra de La Tagardilla, concretamente de Pinilla de la Hoz o Pinilla la bravía, con setenta bares y una sola librería. Pero ya no podía contar con ninguno de ellos. De la noche a la mañana, desaparecieron. ¿Huyeron sin despedirse? Unos tipos como Antón, Juanillo, ¿se marcharían sin

decir adiós? No era creíble. ¿Y dónde se metieron? ¿Y por qué no habían regresado en todo aquel tiempo? Muchas preguntas sin responder. Wendy tampoco quería deslenguarse más de la cuenta, y no por Jonás, sino por los servicios secretos. Deseaba terminar los años que le quedaran de vida con tranquilidad. Triste, pero en paz, aunque él jamás perdonaría a quienes se llevaron a sus amigos para sacar de ellos a la oveja Dolly, utilizándolos como conejillos de Indias, en experimentos con humanos. De once que eran, como un equipo de fútbol, el apocalíptico, quedaba él solo, y todavía no daba crédito: no encontraba una explicación lógica, ni sabía cómo o por qué se había librado. Quizás todo se debiera a la infiltración de la noticia en la prensa. Eran unos sucesos que parecían inverosímiles y difíciles de creer, pero bastaron unas cuantas pinceladas para que se detuviera ahí la caza de aquellos zangones. Dos días más, y tal vez el viejo Wendy no lo hubiese contado.

Entre explicaciones e historietas, Jonás y Wendy habían estado detenidos el uno

frente al otro un rato. A estas alturas se miraban a los ojos como si se conocieran de toda la vida. Puede decirse que los aproximó la verdad. No hacía falta estar en el mismo sitio para tener muchas cosas en común. Muchas personas seguían unidas a lo largo de la vida por un hilo invisible que les iba llevando hasta lo más esencial: unidas en la distancia, que suele decirse. Eso mismo les sucedía a Wendy y a Jonás. Y seguramente que sería para siempre. Adiós, viejo; hasta luego, muchacho. Gracias por tus historias; gracias por escucharme. Y Jonás continuó subiendo aquella rampa, que por diminuta se hacía interminable. Nada más terminarla, llegó un recodo, de nuevo a la derecha, y por fin una plaza, un lugar un tanto más abierto, donde desembocaban cinco callejuelas como cinco ríos, cinco brazos de un pulpo, diagonales y perpendiculares, y la línea recta, que venía a ser la quinta además de la salida de la plaza, cubierta de unas finas nieblas que daban un toque de sfumatto al ambiente. Las otras cuatro coincidían con los bares y tribus gays, y una manera diferente de entender la vida: la tribu de

los osos (el oso Yogui y sus amigos), con barba y vello a discreción, gorra y tirantes, y la camisa de cuadros como cualquier leñador de Alaska (Canadá, no la de Los Pegamoides); los Leather, equipados totalmente de cuero y ropa industrial (metalúrgicos de CC.OO., de donde proviene el demonio, según los más ortodoxos del nacionalcatolicismo); la tercera ley urbana era la de los fashion victim; y por último, las musculocas, partidarias de las relaciones de amo-esclavo: ¿qué quieres que te haga? ¿Te pego con el látigo, te araño con los brazaletes de púas...? No. Hoy me toca maltratarte a mí. Pero después seré todo tuyo y podrás hacerme cuanto desees. Necesito sentirme un pelele en tus manos.

Pluma sin aves y sin lagunas acotadas, sino en cuatro callejuelas atestadas de sujetos sin su artículo determinado y mucho verbo, muchas declaraciones llenas de sentimientos, de deseo, en combinación con los celos, con el lado imposible del amor. Parejas anudadas, entrelazadas, unidas en un beso, separadas, todo un ramo de encantos desple-

gados en el cortejo, el arrullo... ¿Qué tal? Llámame, perezoso, o me enfadaré. Te quiero, príncipe, Prince, egoísta, que eres incapaz de quererme unas milésimas, que es lo único que te he pedido en toda mi vida, y, sin embargo, ¿qué me ofreces, qué me das? ¡Nada! Ni tan siquiera un simple beso al despedirte ¿Acaso hay otro? ¿Dímelo? ¿Hay otro, Paolo? Y la afirmación provocaba lágrimas, desencuentros, desamor a raudales. Y las tribus que subían y bajaban, no en las estadísticas, sino por las callejuelas, rumbo a la plaza de la alcantarilla número 3, confluencia de las leyes urbanas y del mundo gay, o del mismo mundo en sus distintas versiones: hombres off, vital o metrosexuales, heteros haciéndose pasar por cuatrerros, y mucho lacito rojo en las solapas. Travesías humanas camufladas en pinturas y un idéntico latir en aquella plaza ovalada, a mitad de un viaje, de idas y venidas, de búsquedas de identidades, de rechazos, de romper con lo establecido y superar complejos, a fuerza de tener fuerzas, de aportar unas bocanadas de aire respirable en un ambiente que antaño era

rancio, a las puertas de los pubs y de la vida, exponiendo cada uno sus esplendores y sus fracasos, sin miedo, sin disimulos ni tapujos, y apoyando sus anatomías sobre las paredes de aquella plaza rocambolesca, original, tolerante, homosexual y libre.

Sonaron unas persianas, un voyeur en la penumbra ante la despedida, los besos... Paolo fruncía el entrecejo porque a su novio Joel por fin se le había iluminado la mirada. Los dos se viraron hacia sus respectivos adentros como dos girasoles o dos geranios recién regados por la saliva incandescente, perfilándose ambos para el arrullo y el juego de amor, de nuevo como los erizos. Y de igual modo se encontraba Jonás: dispuesto a seguir la estela de Laima. En algún instante sintió verdadera pereza para marcharse de aquella plaza fresa y chocolate que revivía con el ritmo de los cuerpos, pero una vez que cogió el ritmo de la blanda y húmeda arena, todo fue muy rápido. Salió del ágora oval. Fue bordear la plaza, de frente, sin titubeos, y enseguida enfiló la calle lineal, la cinco, todo tieso, siguiendo las pautas

y las reglas de un terreno desconocido, con sus ojos clavados en la vertical, al fondo, que era una incógnita, pues no se veían más que brumas y nieblas, humo de bote o del que se filtraba de las tuberías del agua caliente.

Haciendo caso omiso a los efectos especiales y echándole un par o un poquito de cada cosa a aquel norte que se insinuaba con añublos y confusiones, se armó de coraje, retó en un lance el trazado septentrional, y sin más parlamentos, concesiones o desmayos, atravesó el sfumato de aquel cuadro como un galán Gastby y pisando con garbo: ¡la Garbo! Y en cuanto atravesó la cortina gris, rápidamente se puso a sacudirse las gotitas que aquellos vapores góticos habían dejado en sus ropas, evitando así coger un resfriado.

Fue andar unos metros (¡ná, una chuminada!) y hubo un cambio radical en el ambiente: atrás quedan los vapores, aislados por una línea transversal verde oliva por la que también se filtraba cierto silencio. El final de la cloaca metálica número 3 era un bellissimo patio andaluz de cuyas paredes colgaban macetitas

de flores y pasiones..., gardenias en claro noviazgo con los jacintos, los caracoles adheridos a las hojas de la hierbabuena, los claveles para el Cristo de los faroles y tan limpios como la fe, y el agua de riego que los bendecía que provenía de un pozo mozárabe o una noria de la que tiraba un burro chico (Platero). Y el suelo de pedrería, de cantos rodados de ese río del sur que es navegable hasta el Atlántico. Un patio moro de la morería, cuidado hasta en el mínimo detalle: la fuentecita con su pila para beber agua cristalina con la mano como un bereber sediento, los farolillos de forja, y la barandilla de la escalera también, no así el entoldado, formado por una parra dionisiaca de pura cepa, moscatel para ser más concretos, racimos de uvas blancas, granos redondos y lisos, y un gusto sumamente dulce. Y en todo el centro, como un pequeño volcán, la rejilla del desagüe, dos mecedoras y una mesa, mimbres, cañas y cristales, y un olé por bulerías para ese rincón o ese altar a la belleza, donde el califa, cubierto por cierto desencanto democrático, leía y reflexionaba esperando la llegada de la

Tercera República en la tendría reservado el puesto de presidente honorario de un estado federal. Mas, cuando todo parecía indicar que la alcantarilla terminaba justamente ahí, en el patio andaluz, en la misma frontera con la tubería 6, Jonás se encontró con un gimnasio: Delta Park. Fitness . Piscina, atletismo y Dx3/deportes, y ensaladas de arroz, maíz y lechuga, y zumos de zanahoria y naranja, todo frío, en frío, rumiando una vida planificada y los asistentes con caras de ascetas arrepentidos. La moda, salud, yogures y alimentos preparados, ruedas de camión y sucedáneos, comprimidos y cirugías, como lo mandaban los modelos líderes de opinión. Cinta a la cabeza, pulsera amarilla en la muñeca donde dice algo así como “levi strong” (vive duro, un eslogan de tantos u otra frivolidad para aburridos), más el chándal y las zapatillas, la bolsa o la mochila, y a empezar por los ejercicios cardiovasculares, siguiendo con una tanda de abdominales para quitarle unos centímetros a la tripa fofa, sin saber que es justamente ahí, en la panza, donde reside la fuerza, como la del juez Sansón residía en su

cabello. Y después sesión de rayos uva y a pesarse, pieles tiznadas y peso mosca (¡A la calle los del Sumo!), y las básculas que trinaban, porque el personal eludía las mantecas y los michelines. Y Jonás a verlas venir, entre si paso y me asomo o me voy, y la modelo que entraba, y la azafata, y la señora, entre el aeróbic y Jane Fonda, para mantenerse en forma, que no en Fama, cuando ha de saberse que las chichas siempre tuvieron mucho que ver con los hábitos, independientemente de nuestra propia naturaleza o de los biberones con los que se nos cebó. Y los clientes que iban llegando con cuenta gotas, preparados para darse caña, azote y garrote vil, una y otra vez, y vuelta, y así hasta que sus figuras se asemejaran a la de Cristo tras la Pasión. Sudores, mareos, agujetas, tirones... Había comenzado la sesión, presidida por una inmensa fotografía de Stallone en calzoncillos rojos, tal que Tony La Motta en Rocky y..., ¡qué pasada! “¿Y yo me pondré igual?”, se decía Jonás, lleno de asombro. Barras, espalderas, pesas...; siete segundos en este aparato; cinco en aquel otro; y uno, y

dos..., atrás, adelante... Mujeres en la bicicleta tirando de auriculares para no perder ripio de la telenovela; marujas con más problemas que un libro de matemáticas, dándole a las poleas; hembras de flexiones, en el salto y la danza, a lo suyo, preparándose en cada minuto para el momento de la acrobacia; tíos en las tumbonas resolviendo el Sudoku del día; androides con una neurona fija y otra de vacaciones...Y a escasos metros, dos pipiolos con la cabeza más gorda que Caín, con poco pelo, saltando de cuerda en cuerda, como si las cuerdas fuesen las lianas, con cara de pocos amigos, que no abrían la boca ni para bufar. Más al fondo, adolescentes que brincaban y bailaban; niñatos que bromeaban dándose palos; muchachos que se ahuecaban como pavos reales; púgiles que se movían por el ring en presencia del mismísimo Bruce Lee y sus secuaces: gritos, golpes, hostias..., y como si nada. Todos tan concentrados, tan sonámbulos; clientes bulímicos, anoréxicos, vigoréxicos... ¡Aquello era un infierno! Lo mejor sería largarse, pensó Jonás. Estaba a punto de... cuando de pronto apareció

toda una cohorte de circes, petimetres, cazurros, rajabroqueles, además de todo un elenco formado por rambos, hombres de hierro, cuerpos de fibra, task group o fuerzas operativas, agentes, detectives, guardaespaldas, escoltas, pistoleros a sueldo, que venían a ser los centinelas de seguridad de unos cuantos mandarineros que, sabedores que viven al límite, dan prioridad a su seguridad: coches blindados, itinerarios cambiados, y un cerrojo para la memoria. Todo aquello a Jonás le pareció demasiado turbio. Sintió como un rechazo instintivo y de repente dejó de asomarse por los cristales de aquel gimnasio. Y además borró del disco duro cuanto había visto. Salió de aquel infierno y al segundo paso (“qué curioso, si estaba al lado y no me había dado cuenta”, se dijo para sí) se topó con la tubería número 6.

IX

El conducto 6 también tenía un corto trazado y pertenecía a la zona periférica. Todo era también, menos el color, que tiraba a dorado, y la iluminación, que resbalaba en el estucado del metal produciendo un resplandor de bolos arménicos, muy vistoso. Sobre el agua, varios cisnes y media docena de patos se ejercitaban nadando una romanza germánica, que era vocalizada por los cantores eunucos del coro, farinellis, orfeos y polifemos, Concerto en do menor, de Nicola Antonio Porpora di Galuppi. La belleza de aquellas voces se prolongaba hasta las ramas de los cipreses, inclu-

so hasta las mojadas plumas de las palmípedas. Pero Jonás no estaba en Viena, sino en el canuto metálico número 6, que tenía un dorado tan conseguido que daban ganas de ponerse a fundir la tubería y hacer con ella lingotes, o flanes. Pero era tan escaso el tiempo que le restaba para encontrarse con la azulada Laima que no hizo ni un mínimo intento por reducir la tubería a tabletas de oro. Por hacer, lo único que hizo, viendo el majestuoso paisaje en el que se adentraba, fue aminorar la marcha.

Cuando las voces blancas corearon el primer fragmento, Jonás, embargado por un empíreo alborozo, cerró los ojos y, moviendo su cuerpo de una forma sinuosa, desigual, se dejó llevar durante unos instantes por aquellos envolventes sonidos. Era como soñar despierto, como si él fuera uno de aquellos cisnes que, en parejas de alarmante colorido, danzaban sobre el agua.

Finalizado aquel primer y envolvente fragmento, Jonás volvió en sí. Entonces, los vocalistas y danzarines formaron dos líneas paralelas, y se inclinaron de una forma reveren-

cial ante Jonás, que se deshacía en aplausos. A medio de la aclamación, apareció por los cielos de las bóvedas una escuadrilla de chicharras. También los bonsáis se sumaron a aquella apotheosis. Aquello parecía una página añadida, irreal, de cuento de hadas. Siguiendo la estela de Galeano, podríamos añadir aquello de que la belleza es bella si se puede vender, así como la justicia es justa si se puede comprar.

Tras las reverencias, los eunucos, los cisnes y los patos, se acercaron a saludar a Jonás, que, echando rodilla a tierra, se apresuró a besarles la mano. Los comediantes y juglares, prestos, con una sutilísima amabilidad, le invitaron a levantarse: —"Alzati; non sei un rifardu" (levántate, no eres un extraño). Esas fueron las palabras que el portavoz de los artistas dirigió a Jonás. ¿Lo del italiano? Quizá lo utilizó para no herir la sensibilidad de Jonás, por aquello de ser un idioma muy meloso. Después, el mismo portavoz, ya en castellano, le comunicó una decisión unánime: todos deseaban bailar y cantar de nuevo en su honor. Jonás aceptó gustoso. Comenzó el piano. Las palmípedas carga-

ban sus gestos de elocuencia y poesía, y adornaban sus cuerpos con alegóricas figuras, muy cerca de parecer divinas. Aquel testimonio al que Jonás asistía como invitado de honor en el canuto 6, no precisaba palabras. Tan sólo el beneplácito de un corretúneles que no tenía tiempo ni hábito, que disponía de veintisiete minutos para llegar a la parte norte de la ciudad, para batir un récord sobre la azulada Laima. Sólo veintisiete minutos. Ni una vez más sonó el piano o los eunucos volvieron con otra romanza. Los cisnes y los patos, como asustados ante tanto silencio, se acurrucaron junto a Jonás.

—Toma, son para ti -dijo un cisne-.

—¿Y esto? -preguntó Jonás-.

—Son dos plumas.

—¿Es un recuerdo?

—Es nuestro recuerdo.

—¿Y qué os puedo ofrecer yo? ¿Eh...? No se me ocurre... ¡Ah! Sí, esperad; ya lo tengo: tomad, mi linterna.

—¡Oooh! ¡La luna blanca!

—La luna centinela de los sonidos ciegos de la música que sonará en el ocaso decrepito mar-

cando la decadencia, el punto final.

—No te olvidaremos nunca, corretúneles.

—Yo tampoco.

Jonás se puso las plumas sobre su cabellera y, como un cheyene guapo y limpio, atacó el espacio que quedaba, todavía embadurnado por aquella fascinación tan elegante y original. El eco de la música reverberaba en el techo de aquella cueva de tipo kárstico, entre estalactitas y estalagmitas, que le hicieron traer a colación y recordar una letra muy pegadiza de una cancioncilla que decía “agáchate y vuélvete a agachar, que los agachaditos no pueden bailar h, i, j, k, l, m, n, a...”, en un rincón inconfundible que oscilaba entre las cuevas de Artá en Capdepera y las del Drach en Manacor, con el añadido del lago Martel, al gota gota, de turismo por las islas Baleares o por las cloacas de la ciudad, a pie, evitando el lago y sus barcazas en las que recorrer más de cuatrocientos metros hacia las entrañas de la tierra, de donde salía fuego y purificación, como salía de la alcantarilla número 6, de manos de unas monjas de clausura que

habitaban un monasterio formado por unas cuantas covachuelas sucesivas y en batería, interrelacionadas entre sí, las moradas, no así las moradoras, sobre todo cuando estaban dedicadas a la oración, que era un quehacer exclusivo, individual. Y allí te veías a las célibes e impolutas tras las rejas, encerradas de por vida, con Dios Padre, por Èl, sin Èl, a solas con su sombra y su promesa, cumpliendo los votos y la palabra que en su día le diera su familia a la abadesa (¡estrágos de la pobreza!). Un zoológico de seres humanos enjaulados como ejemplo de castidad, entrega y amor (¿qué dice el diccionario acerca del amor?). Buenos días, cómo estamos. Y las confesas a lo suyo, y entre rezos y cánticos, la limpieza, el aseo personal... Y como el tiempo era muchísimo y gratuito, lo aprovechaban en hacer dulces y mantecados para vendérselos a las confiterías y pastelerías de la zona: yemas de Santa Gema, artaletes, bocaditos de la reina, capuchinas, manjar de los ángeles, almendras garrapiñadas, pellizcos de monja, rosquillas tontas y listas... Un entretenimiento y un negocio, como todo lo que tenía

que ver con el más allá, que siempre fue algo intangible, etéreo y recóndito... Con aquel olor tan irresistible... ¡Ufff, qué rico todo! Pero Jonás no se podía saltar su particular ramadán, ya que si por un casual se le despertaba de nuevo el hambre, podía llegar a comerse las estalactitas, una monja cruda o un trozo de hierro de las ventanas de aquel monasterio en el que encerraban a los individuos para que se enfrentaran en un tête-à-tête, de poder a poder, con la divinidad. Y entre los saludos a sor Águeda (la cual no se dignó a devolverlos, ya que acababa de comenzar a rezar el gloriapatri del cuarto misterio del rosario), y los múltiples olores (a pastelería, lejía y amoníaco, sobaquina, humedad e incienso recién asperjado por el botafumeiro), Jonás tenía un despiste... Estaba más alelado o zombi que la postulante, cuya mística le había llevado al estado de coma o a un nirvana profundo, por no pensar que ambos se habían metido medio tripi o habían apurado las últimas caladas de un joint, pues no era de recibo semejante encandilamiento, a menos que no se debiera en parte al repertorio gregoriano que

sonaba por obra y gracia de una gramola muy antigua que se divisaba al fondo del pasillo y junto a la cual se podía admirar una pintura descatalogada y de un autor anónimo, con una temática muy concreta de ciertas obras de encargo (una mujer con su hijo en brazos solicitando piedad y clemencia ante la Virgen), pero con algo muy peculiar y digno de destacar y que Jonás descubrió al primer golpe de vista, por lo relevante e inaudito: el cuadro no vendría a tener más de cinco décadas y, aún así, insistía en recopilar tres o cuatro siglos de la historia de la pintura, concretamente de un color, y reducirlos en un trazo, en una pincelada genial e irrepetible, como era la herida sangrante del niño y los labios de aquella mujer. Jonás miraba aquella pequeña pintura detenidamente y no pudo evitar un paseo por otras obras: el Retrato de Hendrickje en la ventana de Rembrandt, la Lucrecia o las Venus de Lucas Cranach el Viejo... De nuevo volvían a estar frescas las lecciones de su amigo Blázquez, que en más de una ocasión le había asegurado que aquel rojo veneciano, había servido de copia en la pig-

mentación de la sangre del Drácula de Coppola y también en Eyes wide shut de Kubrick, concretamente en la secuencia de la fiesta secreta que celebra el Priorato de Sión, donde destacaba ese rojo pasión, de fornicio y cópula, entre el negro de la vestimenta de los señores y el blanco en la de las damas; o en Pillow book de Peter Grenaway, donde flotaba ese teñido carmesí en los ropajes del vestuario... Y el desvarío de Jonás que continuaba y proseguía, no sólo pensando en la capa de Caperucita, sino también en las seductoras comisuras de Eva Green en Soñadores de Bertolucci, y por el color de la boina con la que se paseaba la actriz cerca de la plaza del Trocadero, en las proximidades de la Filmoteca Henri Langlois. Citas y colores inconfundibles, idénticos, óleos y celuloide, como si el tiempo y el color se hubieran detenido en una herida, en una boina, unas ropas o unos labios renacentistas. Distintos materiales; la misma expresividad, textura, fuerza. Y en tanto que la monja rezaba el gloriapatri del cuarto misterio del rosario, Jonás seguía perdido en aquel pequeño cuadrado, una reliquia

ignorada, otro error de la Historia (pensemos en el que se cometió con Julio Romano a favor de Rafael Sanzio y que destapó en parte William Shakespeare, aunque no se le hizo justicia hasta pasados cuatrocientos años), obra de un desconocido, que seguramente se habría incorporado ya a la naturaleza, con deudas y sin gloria. Como tantos.

Terminado el estudio visual, con él también llegaron los últimos compases de gregoriano procedentes de la gramola que había instalada allá al fondo del pasillo. Jonás se retiró de la reja y comenzó a tararear aquello de “caminante no hay camino, se hace...”, cuando le salieron unos cuantos chamanes que habían huido del Metro (la historia se repetía: ¿te persiguen, te incordian, te molestan...? ¿Sí? ¡A las alcantarillas a dar la vara!). La forma de trabajar era la siguiente: colocaban a sus amigos en las entradas del suburbano, cuya labor consistía en entregar un papel pequeño, cutre, como propaganda, en el que solía poner: “Quitar mala suerte, mal de ojo...”; “Recuperación de tu pareja en siete días”; “Gran chamán resuelve todo tipo de

problemas...”. Luego atendían en un rincón al solicitante por la módica cantidad de treinta euros. Era el precio estándar. Así se explicaba Mady Keita (que vestía una túnica azul, la cabeza afeitada, con una especie de rosario en la mano, la mirada perdida), asegurándole que él era un ilustre vidente, un brujo que le ofrecía el beneficio de sus poderes a la gente. Eso sí, nada de fotos: “POLAROID, NO”, ponía en uno de sus cartelitos. Durante la sesión, le decía Keita al corretúneles, repetían unas cuantas veces sus promesas, que venían a ser mentiras para unos y esperanzas para otros. Sin pensarlo dos veces, Jonás puso otra marcha, la directa o la quinta, pues temía por sus frescas almorranas. ¡A correr! “¡Leñe, pero sí es Paco Clavel!”, exclamó Jonás. Mas, al detenerse, se dio cuenta de que aquel no era Paquito Clavel el de Iznatoraf (Jaén), el personaje insólito de La Movida, el inventor del cutre-lux y el guarripop, el tío de las pinzas y los clips, sino un clon o un maniquí instalado en un rincón cantando aquella copla de Juanito Valderrama (don Juan: también RIP) Me voy a hacer un rosario. Un clá-

sico de los aires populares y el verso, que tantas veces oyeron en el casé los camioneros, emigrantes y pescadores. Y allí tenías al clon en su rincón, provisto de una gorra de la Caja Rural, mientras Rosalía, una lotera, pregonaba los números de la lotería, como dando a entender que el número recomendado sería el que iba a tocar. Y así toda la mañana o parte de ella, hasta que llegó Antoñita La Fantástica, amiga de la lotera, que apareció tirando de un carrito de la compra como si arrastrara un tren de mercancías, resoplando para hacerle avanzar, digamos, a su casa, su despensa..., porque en el carrito de marras llevaba todas sus pertenencias. Sin contar con Lena, una perrilla caniche que la seguía a todos lados sin preguntar y sin rechistar: guau, guau “¡Calla, hija! Y saluda a Rosalía. ¡Échate, Lena, échate!”, le repetía el ama. Era dejarse caer la cuza como una morsa, Antoñita le daba dos besos a Rosalía, y de aquí en adelante ésta se olvidaba de vender aquellos cupones que le traían una ruina muy lenta al pueblo, pues su amiga del alma venía con novedades, como siempre, aunque las llevara

escondidas en el bolsillo del mandil. Y cuando no traía noticias, eran cuentos, chismes, o misterios urbanos, como aquel día. De eso hablaban. Mejor dicho, de eso iba el cuchicheo que Antoñita mantenía con su amiga: de fantasmas, leyendas misteriosas, enigmas sobrenaturales. Aquella anciana victoriana bien podría escribir un libro con todas las cosas que le habían ido llegando oralmente a lo largo de sus casi ya setenta y tres años acerca de algunos edificios de la metrópoli: que si unos ladrones saquearon en 1353 la iglesia de San Ginés y le cortaron la cabeza a un anciano, y por eso de vez en cuando aparecía por la nave un fantasma sin cabeza al caer el sol; cadáveres que levitaban y caminaban por los tejados; espíritus en penitencia, esqueletos, gritos humanos, pisadas, y gatos negros que representaban al dios Amón. Historias irreales, desvirtuadas... Cosas de Antoñita La Fantástica, que siempre llegaba con alguna novedad: en la calle Isabel Jimena, en el palacio San Luis, unos restauradores creían oír las voces de unos ejecutados entre 1617 y 1619, en el reinado de Felipe III. Y a pesar del

incendio que se originó hace unos años debido a un cortocircuito y que casi llega a arrasar el palacio, las voces y las quejas de los ajusticiados se seguían oyendo, de tal modo que los restauradores habían denunciado esos hechos paranormales ante la Administración, solicitando también medidas de seguridad ¡Qué miedo! Y cuando Antoñita se ponía en marcha, casi siempre lo hacía con una cancioncilla: — "Brutus mató a César; cesar es no hacer nada; el que nada no se ahoga; el que no se ahoga flota; y una flota es una escuadra". Y si Antoñita se puso en marcha así, sin más, como era costumbre en ella, algo parecido hizo el viajero, el corretúneles, dado que le quedaban unos veinte minutos para llegar a la estación de trenes y batir un récord sobre la azulada Laima. Por tanto, sin más preámbulos, prólogos, excusaciones..., salió de la cloaca metálica número 6, dispuesto a acometer el recorrido de la alcantarilla 9, tercer tubo corto y aleatorio, el último tubo, el final.

X

Si las tres tuberías metálicas eran cortas —como ha quedado repetido—, ésta, la 9, era más periférica, más raquítica, más... Había muchos bártulos y enseres de albañilería. También un sinfín de chirimbolos. Todo estaba manga por hombro. Y si no que se lo pregunten a los obreros de la construcción contratados por Partimax. Obra y batalla diaria, campal: hierros, casquijos, intestinos de una ciudad y un gran espejo de la verdad y de la vida. Una escenografía con ciertas similitudes con el intestino del Leviatán (o el Jean Valjean de Víctor Hugo), el dédalo de las catacumbas,

entre tinieblas, pasadizos de sombras hediondas y piedras húmedas, una metáfora de la vida o una prefiguración del infierno, entre canales que salían o partían de la cloaca número 9, pozos, una telaraña de desagües que venían a ser un incordio para Jonás y un trabajo ímprobo para los albañiles, que no cesaban de darle al pico y a la pala, excavando en el vientre de aquella ballena, entre sudores, un trago de agua y algunas situaciones incomprensibles para tanta nobleza: —"Si llevo veinte años picando y he ascendido ya en tres ocasiones, ¿de qué entré en esta empresa?". Mejor no pensar. O quizás hubiese sido mejor haber secundado la huelga, haciendo una piña y plantarles cara a esos ejecutivos o verdugos berlanguanos sacados del talento de Azcona. Pero que si la familia, la cuenta bancaria, la hipoteca, el coche a plazos, las tarjetas de crédito... Reos del sistema del bienestar (a cualquier cosa le llaman bienestar). No hay nada más enmascarado que la actualidad, oculta bajo toneladas de información. Como diría Mayorga, el actor, con una palabra, con un gesto, puede retirar el velo

que disfraza al mundo. Mucho quejarse pero, al final, la plebe claudica. ¿Por qué? Por sus aspiraciones burguesas. Si cambiara su comportamiento de clase, triunfaría.

¿Estábamos en la alcantarilla número 9? ¡Ah, sí! La alcantarilla 9, amén de todo lo anotado hasta aquí, y además de ser la más corta y periférica, también tenía mucho de particular por ser un confirmado irrealizable proyecto. En un principio se pensó en un museo de Antropología o de Ciencias Naturales. La presidenta del organismo, Aldara Brianda (en celta, Colina Resplandeciente), hizo todo lo posible e imposible, movió hilos, y acabó loca de remate. Terminó sus días en una casa de campo, feliz en su desgracia. Sus ayudantes, se perdieron en uno de esos hormigueros donde se esconden algunos funcionarios, exentos de toda responsabilidad. Sueldo y miseria; rutina-rutinae. Era nombrar el museo, y algunos ya estaban pensando en Parque jurásico u otra ficción. Así que por unas cosas u otras la mayoría de los trabajos se quedaron sin terminar, algunos rematados con prisas, mal y pronto, y la gruta

abandonada a su suerte. La iluminación entraba ya a chorros por las mil aberturas. La limpieza brillaba por su ausencia. Las aguas no eran como las del Guadiana, que aparecen y desaparecen, sino pestilentes. La lista podría devenirse interminable, y lo que realmente quedaba allí eran unos aros de metal que formaban un toldo de casi cuatro metros de altura muy parecido al esqueleto de un dinosaurio, bajo el que se ensayaba la invención o el potingue.

—¿Por qué lado paso? -preguntó Jonás-.

—Por ahí, por entre las mesas -le contestó un chico de batín blanco-.

—Lo intentaré, pero esto está muy estrecho, ¿eh?

—Ten cuidado con los cables que hay por el suelo. Y con los líquidos de la mesa. Si se vuelcan, estamos perdidos.

—Lo peor es la columna de humo.

—Pues agáchate.

Las dos mesas eran los bancos de trabajo sobre los que se apilaban alambiques, probetas, matraces, ebullición, catalíticos, hornos, presión, decibelios, fluidos, y cuantos

abalorios y acciones y sorpresas pudieran concurrir en una caja mágica, en un laboratorio. Aquello era un laboratorio experimental para recién graduados, que, embutidos en sus batinos, pululaban alrededor de las mesas, manoseando los extravagantes cachivaches en presencia del retrato de Albert Einstein, que no cesaba de ejercer un control intensivo sobre cada uno de los ensayos, de las probativas. El marco y la fotografía en cuestión tenía ya sus años y sus telarañas: correspondía a la época en la que el judío liberal visitó España, allá por el mil novecientos veintitrés. Lo que nadie sabía era cómo había llegado hasta allí la susodicha fotografía.

—Sois todos del mismo ramo? -preguntó Jonás-.

—No, aquí estamos físicos y químicos -contestó el chico de batín blanco-.

—¿Y no sería mejor por separado?

—Lo sería, pero...Al maestro Albert no le ha gustado nada la decisión. Yo diría que, del enfado, se le ha ladeado hasta el bigote.

—¿Y por qué las cloacas?

—Por el buen tiempo. En principio, había varios lugares donde elegir. Tras una larga votación, la mayoría de nosotros se decidió por éste. ¿Razones? Quedaba muy cerca del Auditorio. ¿Y...? La otra razón es secreta. No puedo decírtela.

—Vamos. ¿Me tomas por un soplón? Lo que tú me confieses, no saldrá de mí, te lo prometo.

—La segunda razón es un poco inmoral, pero... Te cuento: como Einstein era un melómano empedernido (no sé si sabes que escribió un compendio sobre la música del Romanticismo, entre otras cosas), pues, en cuanto empiezan los de la orquesta, abstraído, se olvida de nosotros.

—No, no sabía lo del Romanticismo.

—El maestro era polifacético: ensayos sobre la justicia, la libertad...

—Entonces, batín blanco, cuando hay concierto, vacaciones, ¿no?

—Descanso, corretúneles.

—Hacer el vago.

—Ser un vago es un don. Deberíamos llamarnos Don Vago.

El retrato de Einstein era ése que hay en tantos sitios, en el que inventor mira a la derecha como si buscara la perspectiva favorable. Porque a Albert, ya por entonces, le importaba muchísimo lo de la imagen. Y como tenía tantas perspectivas... Hay quienes aseguran que más que una pose, era una manera de aparentar que padecía cierta alienación, con miras a desorientar a aquellos vagos investigadores, siempre más atentos a la música del Auditorio que a las Ciencias. De todas formas, teniendo en cuenta las limitaciones del cuadrado de marras, era difícil saber si en aquellos momentos el genio había roto aguas, le picaba la escarpia o le invadían las dudas acerca de los chicos de batín blanco, puesto que llevaban ya unos cuantos días tropezando con los cables del suelo, sin ensayar lo más mínimo, y las cuatro probativas que habían logrado aprender se reducían a echar aceite de oliva en las probetas o en las sartenes, y media docena de huevos batidos, o sea, hacer tortillas francesas, que era la primera lección, de donde no salían. Todo esto bajo el coincidente y repetido metal, el

metal metálico y aleatorio, bajo la perspectiva o la mirada o la pose de Albert Einstein, que tenía sus dudas, que no cesaba de preguntarse por el porvenir de los chicos de batín blanco, que le hacían refunfuñar e inclinar la cabeza y torcer su bigote blanquinegro, porque no era de recibo tanta torpeza, y tanto desinterés por los ensayos. Y él allí colgado y sin poder moverse, ejerciendo de líder y sin saber que el hombre solo, desnudo, no es nada: nadie. Por eso se le vestía de militar o de monje (al ser humano, no a Einstein), de rabino o virrey, de chaqué o blusón, para aparentar o engañar, humanos vestidos de divinos que dirigen la vida con sus manos blandas, blancas y blasfemas, donde va el anillo delator, el anillo de los nibelungos y wagneriano, el exceso. Todo a granel, al granero, o como diría Blake, escogiendo tal como hacen las orugas las hojas más bellas para depositar sus huevos, pero descargando su maldición sobre las libertades. Y esto debería conocerlo el profesor judío, porque él sabía que cada mañana, bien temprano, la vieja democracia desaparecía con el primer sorbo de café,

diluida en su propia mentira, tan antigua, como seguramente sabía que tras las grandes frases, palabras e ideas, a veces no había más que miseria. Pero...

—¿Adónde vas así, vestido de indio cheyene? -preguntó el chico de batín blanco que acompañaba a Jonás-.

—¡Ah! ¿Te refieres a las plumas? Son un regalo. Voy en busca de la azulada Laima -le manifestó Jonás-.

—¿Y vas en son de guerra?

—No precisamente. Voy con mucha prisa.

Había prisa y no eran momentos para hablar, mostrar atención, detenerse a echar un trago de aquellos matraces a la salud del profesor o comerse una tortilla. Había que llegar antes de la una y cuarto. Y no había tiempo. Y por esa razón había que salir disparado y correr sin cesar. Y esto era así ante la amenaza del reloj. Todo debía ocurrir como estaba planeado. Y como así debía ser, Jonás adoptó la postura de un corredor de fondo y esperó la señal de fogueo para la salida.

—¿La azulada Laima es tu hija? -preguntó el

chico de batín blanco-.

—No -le contestó Jonás-.

—¿Por qué no saludas a don Albert y le preguntas por la música?

—Porque no.

—Eres muy seco.

—Tengo prisa, batín blanco.

—¿Y con esa postura vas a conseguir prisa?

—Sí.

—¿Sales ya?

—No.

—Dime una cosa, ¿es guapa?

—¿Quién?

—¡Quién va a ser! ¡Laima!

—Es hermosa ¡Vamos, dispara!

El chico de batín blanco disparó, dando la señal de salida a Jonás, que despegó de aquel semicanuto como un cohete. El tiempo era oro, sobre todo para Jonás, que, sin esperar más, se había dado el piro y había recorrido aproximadamente unos doscientos metros, camino de la estación de trenes. En la distancia, alzó su mano para decirle adiós a Einstein, sintiendo mucho no haberle podido

hacer algunas preguntas: ¿por qué no fue feliz con Mileva, ni con Elsa? ¿Por qué renunció a la Academia Prusiana de Berlín? ¿Que le dijo Pestaña? Pero esas preguntas deberían quedarse retenidas en la memoria para otra ocasión, que seguramente la habría, aunque fuera en otro sitio, en el Limbo... Y al trote como un caballo, acometió los metros que quedaban hasta la meta, perdiéndose rápidamente por el horizonte.

XI

Jonás atravesó el horizonte. Ya nada le haría retroceder. Unos metros más allá le esperaba la reina de sus mundos, el amor hecho grandeza, la esfinge que encendía su ímpetu y su alma sin piedad. La adoraba como a la bóveda de aquel cielo limpio. No se pudo resistir a su imagen y corrió para echarse en sus brazos.

—¡Jonás!

—¡Mi niña azulada!

—Lo has conseguido! ¡Has batido el récord!

—¿Y por qué lo sabes?

—Intuición.

—Pero si todo estaba... Yo no te he di... No podías saber que venía.

—Me lo ha dicho un pájaro.

—¿Un pájaro?

—Eso es lo que se dice siempre.

—Dime la verdad.

—Ha sido Pericote, el ratón. Me dijo exactamente lo que tú le habías dicho que me dijera. Y me advirtió: —“Laima no me preguntes más. No me pongas en un aprieto. He de cumplir mi palabra. Le dije a Jonás que te diría lo justo”. Me dio tu situación, el punto exacto, y añadió: —”Me ha asegurado que en dos horas y unos minutos llegaría; por lo tanto, a la una y cuarto, como siempre, estará aquí”. Le di un beso y se marchó. No sé más.

—Hubo momentos que...

—Te quiero.

—Y yo, desconfiada.

—Te quiero demasiado.

Avanzaron unos metros, abrazados y alegres, hasta alcanzar la portezuela de aquel vagón en vía muerta. Quitaron el candado y penetraron en su interior. En el vagón, que

era como un salón grande de aquellos pisos galdosianos y decimonónicos, Laima y Jonás se enzarzaron en una acción sin tregua.

Participaban del mismo juego y la misma ansiedad. Sonaban las palabras y los cuerpos. Los brazos se arpegian para pellizcar la carne, la corteza, buscando gajos llenos de néctar y de afecto. Jonás pasaba sus manos por el agua deliciosa de la niña azulada, que diría el poeta Al-Mutamid; Laima sacaba de los adentros de aquel muchacho el trueno y la animalidad, y la juventud, porque según ella un hombre siempre tiene la edad de la mujer a la que ama.

—Jonás, ¿y esas plumas?

—Son un regalo.

El vagón en cuestión era uno que llevaba años abandonado. Un tiempo atrás, un amigo de Jonás había dirigido un cortometraje en ese mismo vagón, al que titularon Vía muerta. Laima también pasó algunos momentos en el rodaje. Días después, una mañana, paseando, llegaron hasta allí casualmente y empezaron a recordar cosas, instantes vividos, charla-

ron sobre aquella peliculita, se metieron dentro, se bebieron unas cervezas... Aquel vagón pasó a ser su hogar. Lo decoraron a su gusto, reciclando cosas, con muebles viejos, lámparas, pósters, dos sillas, un butacón, unos cuantos vasos y cuatro cubiertos y platos, un cajón que hiciera de mesa, una caja que sirviera de mesilla y sobre la misma mesilla un candelabro, y para los tabiques unos rollos de papeles pintados de mil formas y colores (entre lo hortera y lo indefinible), y un reproductor de cedés conectado a unos altavoces, y un bote colgado que hiciera las veces de lámpara... Todo muy precario pero muy funcional, dispuesto o distribuido por rincones, como si cada rincón fuese una habitación distinta: el dormitorio, la cocina, el estudio, el recibidor... Era como una de esas roulottes que invaden las carreteras y los campings en el verano, y que parecen casas andantes, robóticas, galácticas....

Era la una y veintitrés del mediodía y, como otros muchos días, el deseo les hacía olvidarse de los ferrocarriles y del horizonte, donde el viento agitaba las hojas de los

árboles y el vestido que Laima había dejado caer cerca de la puerta, por cuyas rendijas entraba una brisa que le hacía revolotear como si fuera un pañuelo de seda o como esas largas sierpes de los juglares que se agitan cadenciosas en lo alto de una lanza.

El erotismo descendía desde las pestañas, bañando las anatomías indias de una inflamada gelatina que atizaba los candiles y las voces y el flujo y el semen. Era uno de esos días que no se hacen constar, ni se borran jamás de la memoria.

—Eres tan hermosa...

—Te quiero.

—Y yo

Las espuelas golpeaban las caderas, las manos en cada punto de deseo, el gemido sobre la madera agrietada de aquel vagón en vía muerta. A lo lejos volvía a escucharse el ruido de los utilitarios, lo que significaba que la huelga había terminado y que regresaría a la ciudad el guirigay, el barullo, la acción, y, con ello, la ciudad recuperaría su estética, su tonalidad. Muy cerca de allí, los altavoces

comenzaron a difundir el nuevo horario de salidas de trenes para la noche: Altarias, Alaris, expresos, mercancías, el AVE...

Laima y Jonás aguardaron a que se ocultara el sol. La oscuridad de la noche invitaba a iniciar por fin el camino anhelado. En esos precisos momentos, en el reproductor de discos comenzó a sonar el mismo tema de Vangelis que sirvió de apunte musical en el final de Blade Runner, cuando Reuter Hauer le pide a Harrison Ford que deseché el miedo para dejar de ser un esclavo. Paralelamente, sin un porqué o una razón entendible, justificable, el cielo fue invadido por un sinfín de dirigibles, que, comandados por un zepelín, en otra odisea del espacio, bailaban un vals mientras iban descendiendo hasta el poblado indio o azulado, donde los jóvenes, abrazados como nunca, reafirmaron su identidad antes de abandonar aquel lugar. Parecían intuir que, como un día dijera Hannah Arendt, los seres humanos no venían al mundo a morir, sino a comenzar, aunque fuera en un lugar desconocido, bajo el mismo cielo.

Momentos después, cuando la realidad se había convertido en metáfora, aquel tren, con un chaca chaca pausado y antiguo, partió rumbo a las utopías al ritmo del sexo y del amor.

No puedo asegurar que este final ciertamente encaje. Igual tiene. Así estaba escrito. A veces se necesita una quimera para seguir viviendo.

Villa de Acuelina 27 de Marzo de 2011

ÍNDICE

VIÑETAS CLOAQUENSES

ÍNDICE

Capítulo	Página
I Salida.....	9
II Conducto Principal	29
III La Vía de los Marqueses	47
IV Arcalón	81
V Tusbine	117
VI Paidós	137
VII Conducto de las Regatas	165
VIII Alcantarilla metálica nº 3	187
IX Alcantarilla metálica nº 6	217
X Alcantarilla metálica nº 9	231
XI Estación de trenes	243

Viñetas Cloaquenses es una crónica ácida y llena de humor de la sociedad en la que nos ha tocado vivir. El autor hace un arriba y abajo para escribir una metáfora llena de pequeños héroes que caminan hacia las utopías. La trama discurre por un escenario enterrado en el vientre de una ciudad imaginaria con la que analiza una realidad embutida en un rabioso presente, utilizando un lenguaje moderno, rápido, coloquial.

El autor ahonda en la crítica hacia la decadencia del progreso en la que se halla sumergido el siglo XXI, proponiendo paraísos y otros cielos en los que comenzar una vida más acorde con la naturaleza y con la evolución de las ideas.

Hay momentos realmente jocosos, magnéticos, así como crudas conclusiones sobre estos tiempos tan confusos que nos ha tocado vivir. **Viñetas Cloaquenses** es una defensa de la vida individual y de la cultura, que han quedado en manos del consumo, del hastío y de las influencias de la riqueza.